

A

G 319

1729

Cham, Feoaa

Chaver de 20 dias

Por 20 dias de
Por 20 dias de
Ufcarne Antea

Lequemos

Embaldos

Cham, y Barbero

Cocharin, y Biocher

Por 31. voceros a 8. quatos

Dinero

Suelar

Por 28. vocos a 8. qu. en Uebr

Para Uenguento, y Uentillas

31. vocos a 8. qu. en Uaaro

Uenguento

Medico, y Barba de Mayo

Suelar

Flower
80 dia
20. 15m

1
 105 30
 1
 7
 3
 15
 26
 162 13

5
 2
 2
 12
 28
 2
 29
 6
 30
 1
 29
 6
 17
 5

127 5

16
 17
 30
 8
 28
 6
 2
 8
 2

Alcanza . 35 . 8

88 2 8
 5 10
 3 18
 2 29
 35 8

931
1729

EL MUNDO ENGANADO DE LOS FALSOS MEDICOS.

DISCURSOS Giuseppe
DEL DOCTOR JOSEPH GAZOLA,
Veronès, Medico Cesareo,
i Academista Aletofilo.

OBRA POSTHUMA,
Traducida fielmente del Toscano.

*Sicut pisces capiuntur hamo, & sicut aves laqueo
comprehenduntur, sic capiuntur homines in tempore
malo. Eccl. cap. 9.*



13.428

Con licencia reimpresso en Sevilla, año de 1729
A costa de Jacobo de Herve, Mercader de libros en
frente de las gradas de la Santa Iglesia,

EL MUNDO

DE LOS DIAS

DE LOS DIAS

DE LOS DIAS

DE LOS DIAS

DEL DOCTOR JESUIN GARCIA

Vladivostok, 1880

En la imprenta de

ORLA KOSTOMAROVA

Tránsito de la ciudad de Vladivostok

Con el fin de proporcionar a los lectores de esta obra una idea más completa de la vida en el extranjero, el autor ha agregado a esta obra un apéndice que contiene una descripción detallada de la vida en el extranjero.

Con el fin de proporcionar a los lectores de esta obra una idea más completa de la vida en el extranjero, el autor ha agregado a esta obra un apéndice que contiene una descripción detallada de la vida en el extranjero.



A LOS MEDICOS BUENOS.



O puedo hacer à v. ms. mayor obsequio, que dirigir à sus manos este preciosísimo librito, que no es otra cosa, que una docta Apología de la verdadera Arte Medica, i una justísima investiva contra aquellos, que hurtando à v. ms. su venerable nombre, i authoridad, hacen inhumano destrozo de las vidas humanas, por hacerse de oro, aunque sea à costa de sus muchos yerros. El Arte, que à Hipocrates, Principe de la Medicina, pareció superior à la brevedad de nuestra vida, para ellos es estudio de quatro dias. En su concepto toda experiencia es certísimo dogma; como si aquella no fuese mui faláz, por la diversa constitucion del

cuer-

cuerpo, lugar, i tiempo, i otras circunstancias, tal vez impenetrables. Sin estudio, i observacion, quieren hacer juicio de las mas ocultas causas: i como à Repartidores de la salud, dan à entender, que la venden, siendo animadas pestes, i lo que es mas insolente, permitidos homicidas del linage humano. Tales son los Medicos, sin ayuda de los quales viviò sanissimo el Pueblo Romano por el largo espacio de seiscientos años; ò por mejor decir, sin tales Medicos se mantuvo el Mundo robustissimo millares de años. Pero no huviera podido conservarse sin muchos Medicos semejantes à v. ms. observadores, digo, de la naturaleza, que con razon juzgaban, i amonestaban, que los Padres, Amas, i Educadores, son los que mas contribuyen à la salud, procurando, que no falte, ni dañe cosa alguna à la tierna edad; la qual crecida en fuerzas, i entendimiento, solo necesita de este, para conservar aquellas: para mantener, digo, el temple natural, respirando aires saludables, tomando buenos alimentos, haciendo exercicio, i viviendo con una decente alegria: i quando todo esto no baste, con-

ful-

sultando à uno de v.ms. que confiando mas de la naturaleza, que de su proprio dictamē, ayude à aquella, i no violento, ni tuerza sus designios. Este libro, pues, que quando reprehende à los Medicos, reprehende à los malos, espero, que hallarà en v.ms. una grata acogida, por haverse copiado en èl aquella alta idea de la verdadera Medicina, que v.ms. tienen, i practican tan dichosamente. Nuestro Señor dè al Mundo conocimiento de v.ms. para que à v.ms. i no à los falsos Medicos sepa apreciar, i venerar para las ocasiones oportunas.

EL TRADUCTOR

à quien leyere.

CAusa admiracion, Lector mio, que una de las cosas, que en opinion de los hombres es la mas aborrecible, sea al mismo tiempo la mas amada. Tal es el engaño. Bien conocido, es abominado; i desconocido, se tiene en sumo aprecio: i es este tanto mayor, quanto el bien, que se busca por medio de él, es en sí mas apreciable. Por esta causa, siendo la salud el mayor bien humano, no hai peor engaño para quien apetece vivir, que solicitarla por los medios, que la destruyen mas. Es tan comun este engaño, que se puede decir, que es de todo el Mundo. Ojala en esto fuesse falso yo; pero lo que digo es verdad, que acredita la experiencia cada dia. Son rarissimas las muertes, cuya unica causa sea una vejez debilitada de puro larga; o por mejor decir, aquel fatal destino, que nos espera à todos. Es preciso, pues, que haya otras causas, que nos acorten la vida, engañandonos estas con apariencias de bien. Tales son los placeres de los sentidos, que, quando no se contienen en la debida templanza, nos azucàran el veneno, i con una falsa dulzura nos hacen beber la muerte. La Medicina, pues, mas saludable, es una templada precaucion, que

que nos conserve la salud, i una dieta con tolerancia, que la restablezca : i quando lo juzgare la discrecion preciso , que entonces nos valgamos de un sabio, i prudente Medico. Aqui està el error : aqui el engaño, que, por ser tan comun , podemos llamar universal. Cada uno piensa, que aquel Medico, que elige, es el mejor, no teniendo mas causa para persuadirselo asì, que creer à otros, que lo piensan; o juzgarlo èl (sin conocimiento del Arte) por apariencias falaces. Este engaño, pues, es el que pretendiò demostrar en cinco Discursos el doctissimo Medico, Dr. Joseph Gazola, Veronès, cuyo solo nombre es superior à los elogios, que se le pueden dar. Veràs en ellos, quanto mas sano consejo es , estar sin Medico , que tenerlo tal , que con su ignorancia destruya nuestra salud , i vida. Veràs, que hai Medicina, i por consiguiente Medicos, que son capaces de hacer, que recobremos la salud perdida : pero que el Medico mejor es cada qual , por mas bien informado de las causas de su quebrantada salud , i por mas interessado en el recobro de ella. Conoceràs tambien la dificultad insuperable de la Arte Medica , miserablemente dividida en tan varias Sectas, no menos opuestas a la salud humana , que entre sì mismas. De donde llanamente inferiràs aquella necessaria consecuencia, de que la mejor medicina es una sabia precaucion;

caucion; i quando esto nõ valiere, i quebranta
da tu salud, desconfiado de ti, quisiere servirte
de otro Medico, que tu Templanza, sabràs, que
debes elegir, al que estuviere mas bien infor-
mado de la naturaleza, al que recetare menos,
i mas hiciere alarde de ser testigo, de lo que la
naturaleza obrare, que no de ser el agente, que
la hace obrar. Esto, pues, i mucho mas, veràs
en este librito, donde, si bien se halla propor-
cionada sal (por tal entiendo la prudencia, con
que està escripto) si tal vez tambiẽ hai algũ gra-
nito de pimienta (digo de una justa indignacion
contra la falsedad de los Medicos) no es tal, que
irrite à la razon destempladamente; sino que
solo la mueva à un conocimiento utilissimo
del universal engaño, con que se suele vivir.
Siendo pues tan importante, que conozcan to-
dos à los falsos Medicos, pues de su conoci-
mento depende la salud del Mũdo; me ha pare-
cido conveniente, i aun necessario, hazer ha-
blar en Español al sapientissimo Dr. Gazola. Si
à su nativo estilo (elegantissimo por cierto) no
correspondieffe este nuevo, alguna disculpa
merece por ser extrangero i haver aprẽdido la
lengua en mui pocos dias. Aunque yo entien-
do, que se ha explicado de manera, que parece-
rà Español. Leelo, que bien te importa; i si
tienes prudencia, aprovechate de ella, envian-
do en hora buena à los falsos Medicos, quedã-
dote tu sin ellos, i con la paz de Jesu Christo.



DISCURSO I.
 MAS VALE ESTAR SIN
Medico, que no tenerle bueno.



SIEMPRE fue grande la
 possession, que ha te-
 nido en este Mundo el
 engaño; porque siem-
 pre ha sido igualmen-
 te grande la confianza
 de los hōbres en su sa-
 biduria. Ellos mismos
 han hecho con su opinion de la ignorancia
 virtud; i voluntariamente han convenido en
 tener por hombres cèlebres, ò à los mas en-
 gañados, ò à los mas falsos: de que se sigue,
 que ocultandose con el comun aplauso los
 falsarios, estos triumphan, i hacen caer en su
 red, no solo à los mas candidos, pero aun
 à los mas advertidos. Si el hombre huvies-
 se llegado à conocer en sus principios, que
 no hai otra ciencia, que la naturaleza, i que
 es vanidad todo, quanto fuera de ella sueña
 su

su entendimiento, verà siempre expuesta sin arrimo la mentira, i la ignorancia sin sequaces, i sin complices la malicia: pero como las apariencias hacen sensaciones tremulas de luz en sus mismos ojos, no llega à discernir las cosas, mas que por su dificultad; i con la preocupacion de falsas ideas.

Toda la fuerza del engaño consiste en diverrir el entendimiento humano, para que no se aproxime à la verdad, persuadiendole à no hacer caso de la experiencia; haciendole seguir ciegamente obstinado los vestigios de sus mayores, i que su doctrina, por la servil opinion del respecto, le sea una inviolable lei; viniendo assi à perder la libertad de philosophar, i al mismo tiempo el uso de la razon humana. De esta forma se han hecho monstruosas algunas Ciencias. Educase con los errores de los antiguos la adolescencia de los modernos; de que succede tomar possession de tal modo aquellos de el juicio tierno de estos, que llegan à hacerse, quando adultos, firmemente obstinados: i ciegos en su misma ignorancia, à manera de topos, no divisan despues aun los objectos mas luminosos

sos de la verdad. Todos estos son efectos de
 el engaño, en que incurrieron los antiguos
 Philosophos, todos sus sequaces, i por ven-
 tura nosotros mismos, si en la averiguacion
 de las obras intrinsecas de la naturaleza nos
 dexamos llevar de Platon, de Aristoteles, ò
 de qualquier otro Author, con discursos va-
 gabundos, i engolfarnos presumptuosos en
 el oceano mas abierto à nuestra imagina-
 cion; logrando con esto, hacernos perder
 todos los rumbos de la verdadera Philoso-
 phia. I no es de maravillar, que tanto se haya
 propagado, si se observa, que muchos to-
 maron, ya una derrota, ò ya otra; ò segun
 el color del habito, que vistieron, ò segun
 el Maestro, que los conduxo en una, ò en
 otra secta: haviendo llegado la educacion, i
 la diciplina, al desprecio, à que le destinan
 las razones de la opinion humana.

Poco fuera, si semejantes Philosophias se
 huviesssen contentado solamente con tener al
 humano entendimiento en una ignorancia
 metaphysica, i contenerle en los limites de su
 abstracta, i soñada jurisdiccion: quedaria assi
 el Mundo sepultado ciertamente en un fu-
 le.

letargo; porque siendo el daño, que de aquí se difunde à la humana republica, igualmente fantastico, estaria alsimismo cõprehendida del mismo engaño, aunque en tanto grado, que el gritar en las Aulas, el questionar de voces, i el ostentar conclusiones sin concluir cosa alguna, no sirviera de otro, que de un aparente literario passatiempo à la juventud escholar. Pero la lastima es, que si, *ubi desinit Physicus, ibi incipit Medicus*, esta enfermedad, de cosa de risa en la Philosophia, ha passado à la tierna infancia de la Medicina su confidente, de tal manera, que lo que era solo epidemia de la mente, se ha hecho ya contagio del cuerpo, con perjuicio notable de los enfermos. De aquí es, que poco à poco se ha manifestado tan sensible el daño, que despertando ya la humana prudencia, con el exemplo de muchos desengañados, i experimentados, vuelta la espalda al Peripàto, ha tomado otro rumbo, para llegar con mejor conocimiento à esta Arte, i conseguirla, si no mas util, siquier a menos dañosa. Ello es bien cierto, que por ser este dictamen perjudicial, i de poco util à los Professores, muchos

chos de ellos, unos por mayor facilidad, otros por interés, i otros por no confessarse reos de las curas passadas, no solo rehusan el emprenderlo, sino q̄ procuran el sequito de sus comilitones, i dependientes: i con el apoyo de un popular proverbio de mâtener el credito en el camino trillado, se aseguran confiados en hallar feliz salida. I asì, siendo como son poquíssimos los sabios, que verdaderamente entienden, i llegan con tiempo à mudar de consejo; i por el contrario innumerables los ignorâtes obstinados, ciertamente no pueden ser muchos los de este partido.

Para atajar, pues, i reparar en parte la corriente de este perjudicial engaño, con voz de Misionero de la verdad, entonaré junto al lecho del enfermo aquella sentencia del Ecclesiastès: *Noli esse stultus, nè moriaris in tempore non tuo: (cap. 7. v. 18.)* i por dar remedio à la indisposicion del cuerpo, aplicarè una medicina universal à la del entendimiento, con demonstrar, que el hombre sabio debe pensarlo bien, antes de ponerse en las manos del Medico; porque si este no fuere perfecto, ò no supiere, que lo es, ni puede

conocerlo, será mucha mas razon estár sin él. I si la necesidad de este assumpto me obligasse à hablar mal de los falsos Medicos, esto mismo redundará en mayor alabanza de los buenos; i espero no ser notado de satyrico, ni malevolo: De satyrico, porque supongo discuir con personas virtuosas, que saben distinguir la verdad, de la satyra: De malevolo, porque me defiende San Agustín, afirmando: *Non est malevolus, qui crimen alterius indicat, quia indicando corrigere potest, & tacendo frater perire permittitur.* Con cuya confianza, entro à la prueba de mi argumento.

Si todos, los que se llamán Medicos, fuesen verdaderamente Medicos, ministros colaterales de la naturaleza, sería para nosotros menos molesta la enfermedad, viendo en ellos frequentemente corresponder el conocimiento, i medios de remediarla, al exito de ella: i la naturaleza misma, socorrida à tiempo en su opresion, daría mayor credito à su Arte con la recuperada salud. Pero porque despues de muchas medicinas de ordinario succede empeorarse, i hacerse cronicas las enfermedades, hace creer la experiencia-

riencia, que son mui pocos los Médicos, de quienes se pueda tener necesidad. I assi el enfermo, si es prudente, debe pensarlo bien, antes de ponerse en sus manos; porque si por su desgracia llamasse à uno de los Médicos, de que hai mayor numero, en vez de obtener la salud, por que tanto anhela, vendria à buscarse por si mismo miserablemente la muerte. I en efecto, quantos mueren cada dia desta tan necia enfermedad! Creen muchos, que el recetar bien, es necesaria consecuencia del titulo, i una virtud infusa en el capirote: por lo que cayendo enfermos, se parecen à ciertos pajaros bobos Noveles, que estimulados de la hambre van abriendo los picos à todas las aves, que vuelan en torno, creyendo ser los padres, que les trahen el alimento; pero lo que acontece muchas veces, es, dar con las aves de rapiña, que les quitan la vida. Assi succede à los enfermos ansiosos, i solícitos de la salud, que al pico lisongero del Medico dan luego el pulso, i abren promptos la boca à qualquier pocima; pero los miserables, quando creen beber la salud, se tragan inadvertidamente la

muerte, no haviendo, en dictamen de Plinio, entre todos los engaños otro mas peligroso: *Tam blanda est unicuique pro se sperandi dulcedo, ut cuicumque se Medicum profitenti statim credatur, cum sit periculum in nullo mendacio majus.* (lib. 29.) O pobres ignorātes engañados! No es lo mismo llamarse Medico, i saber medicinar: escribir una receta, i remediar el mal. Para curar una enfermedad, es necesario conocer todo el sistema de la naturaleza; pero para aumentarla, una leve gota de tinta, que cae inadvertidamente en la receta, es suficiente. Ved, pues, quanto importa pensarlo bien, antes de llamar al Medico, dependiendo de nuestra buena, ò mala eleccion, nuestra vida, ò nuestra muerte, i siendo cada qual, el que se labra su destino: *Nam unusquisque est sibi suum Fatum.*

Ahora bien, si cada uno entendiese la mucha dificultad, q̄ hai, para discernir un buen Medico entre tantos malos, tengo por cierto, que cayendo enfermo, se retiraria luego à un rincon de su casa, i lo passaria sin el sufragio de los Medicos, atendiendo solo à los dictámenes internos de la naturaleza, seguro
así

así de no malograr el beneficio de las leyes
 de su gran providencia: porque quien no sa-
 be, que sola ella es el Medico de qualquier
 mal? Esta es una verdad, que la afirma à una
 voz todo el choro de los Medicos; i aun el
 mismo Hipocrates, que mas que otros pudi-
 era tener satisfaccion de su conducta, lo dexò
 advertido en el sexto de sus Epidemias: *Nat-
 ura morborum medicatrices*; que fue lo mis-
 mo, que decir, que la naturaleza de cada uno
 es el Medico de su enfermedad: i que los que
 llamamos Medicos, no hacen otro, que obe-
 decer sus leyes, de la misma manera que un
 siervo à su señor. Decidme, pues, por cortesia:
 Si un criado no entendiese la lengua de su
 dueño, què beneficio tendria este de su con-
 ducta? No otro en mi juicio, sino que quan-
 do le pidiese una cosa, aquel, por no enten-
 derle, traxesse otra. Esto succede à la natura-
 leza de los pobres enfermos, quando dan
 con un Medico, que no entiende bién el idio-
 ma obscurissimo, con que suele indicar, lo
 que quiere; porque en vez de coadyuvarla,
 sirve de obstaculo, para conseguir la salud.
 Pues imaginemos, lo que frequentemente

acontece, que por algun desorden del enfermo le falta aquella porcion de sangre, ò *espiritus*, conveniente para lograr una vigorosa convalecencia; i que el Medico, en vez de añadir aquello, que le falta al enfermo, con los remedios mas propios, lo que hace es, disminuïrlo con repetidas sangrias, ò con medicamentos purgantes. Creereis, que le haria en tal caso una gran merced? Ciertamente podemos decir, que hubiera sido mucho mejor dexar, que obrasse por sí misma la naturaleza, sin asistencia del Medico, mayormente quando las mas de las enfermedades no requieren otro, que la quietud, i el poco, pero buen alimento.

Muchas son las enfermedades, que poco à poco se pueden introducir en el cuerpo humano, de donde nace ser casi infinitas en su especie, pero todas se reducen à estos tres generos, esto es, curables, incurables, è indiferentes. En las curables, la naturaleza no necesita de Medico; porque teniendo ella toda la fuerza suficiente, podrá por sí misma superarlas. En las incurables, siendo el mal superior à las fuerzas de la naturaleza, aunque

à estis se unan todos los Medicos del Mundo, es preciso, que ella sea dominada; i en semejante caso debe la prudencia humana doblar la cerviz al formidable decreto : *Statutum est hominibus semel mori.* En las indiferentes, pues, es mui probable, q̄ sin Medico se curé la mitad; por q̄ teniêdo la naturaleza tâta fuerza para superar el mal, como tiene el mal por sî para oprimir la naturaleza, hace creer, q̄ entrambos quedaràn igualmête vécadores, i vencidos en la palestra. De donde se vê claro, q̄ todo el beneficio q̄ puede conseguir el humano individuo en la eleccion, i afsistêcia de un buen Medico, es en las enfermedades curables, ò en las indiferentes: en aquellas, haciendolas menos molestas, i mas breves; en estas, assegurâdolas del peligro de la muerte. Por el contrario, con la afsistencia de un Medico ignorante, no solo puede hacerse mortal qualquiera enfermedad, sino tambien la misma salud, si, no contento alguno con estâr bien, intentasse con las recetas mejorar de condicion. De aqui se manifiesta, quanto mejor sea mantenerse sin Medico en qualquiera enfermedad, i seguir el puro intento

de la naturaleza, pudiendo temer, q̄ se dè en manos, de quiẽ no sepa cooperar à sus disposiciones: i tanto mas temor debe causar esto, quanto es sin cõparaciõ mas excessivo el numero de los Medicos malos, q̄ el de buenos.

Podrà sin embargo haver alguno, que por la aficion à algun Medico se me oponga, con decir, que mi consejo fuera bueno, en caso de que no se distinguiesen los buenos Medicos de los malos; pero le respondo: que en esto consiste el engaño. Cada uno piensa, que su propria opiniõ es segura; pero es mas cierto, que yerra, no haviẽdo cosa mas falaz, q̄ esta, en la qual pueden contribuir al engaño, no solo la apariencia, i la fama, sino aun los mismos efectos. Acafo es menester mucha fuerza para usar de la extravagante politica, ò sea estratagemas, de hacer que le tengan à uno por grande Medico en la Ciudad? Dios nos libre, que alguno, llevado de la ambicion, quiera engañar al Mundo en semejante empleo: no le serìa difìcil introducirse como tal, no solo con la plebe credula, sino aun con los que presumen de mas cuerdos. Por ventura no se experimenta cada dia, ser el mas acreditado,

i tenerse por mas excelente aquel, que sobresale en despejo , i en afabilidad, i que se acomoda mas facilmente à los genios? Este le busca gracioso, el otro familiar, uno novelero, otro joven, otro viejo; i por el contrario , son poquissimos los que le buscan Medico Medico: i de esta, que debiera ser la mayor circunstancia, por ser la que solo importa, casi todos descuidan , i hacen poco caso de ella. De aqui nace, que, para acreditarse de grande Medico, bastale valerse de estas apariencias, à las quales se juntan el valimiento de los amigos, i el voto de los Cirujanos, i Boticarios, que le imponen la buena fama, i le acreditan digno de el Protomedicato de la Republica: *Quippe Medicorum hic optimus creditur, quem particeps lucri commendat Pharmacopola, vel Chirurgus, qui cum illo colludunt.* Así habla el Author del libro de *vanitate Scientiarum*. Estas no son las verdades, que frequentemente se experimentan? Demos, que haya un Medico verdadero, el qual sea enteramēte aplicado al estudio, nada desenvuelto , taciturno, i que no quiera adquirir fama con otro medio, que el de la vir-

tud: confesfareis todavia, que este tenga grande aplauso? Pues como discernireis los buenos de los malos, si os dexais impresionar de lo que poco, ò nada conduce para ser perfecto Medico?

Veamos ahora, como ni aun de los mismos efectos se puede discernir el buen Medico del malo. Què enfermo havrà de tan perspicaz ingenio, que sin exponerse à engaño, pueda con seguridad afirmar, que su mejoría procede mas de las medicinas, que le suministrò el Medico, que de su misma buena complexion? Pero, para hacer vèr esto con claridad, quiero manifestar, que no solo del recetar bien no conocereis al bueno, ni del recetar mal al malo, sino que antes bien al q̄ mas ciegamente cure le reputareis por mejor. I si no, valga la verdad: Adolezcan dos jovenes, que sean de una misma edad, i complexion, de una fiebre terciana causada del frio; i supongamos, que el uno de ellos encuentra la asistècia de un Medico bueno, el qual, nvestigada la frialdad, causal de la enfermedad, con remedios calidos, i diaforeticos, dexandole beber un poco de vino generoso

des-

despues del alimento, en pocos dias le curas; porque con este medio abriò la naturaleza los poros, i expeliò en vapor la calentura. Estè el otro enfermo al mismo tiempo assistido de un Medico ignorante, i malo, el qual, juzgando el calor como causa de la calentura, siendo efecto de ella, le procura refrescar con la casia, jaraves, agua, sangrias; i por ultimo, segùn el abecedario methodico de recetas, que suelen usar en la mayor parte de nuestras enfermedades: hasta que la calentura vâ passando de intermitente à continua, de continua à maligna; i que finalmente, llegando à agravarse hasta lo extremo, ò por la cõplexiõ robusta, ò por la edad juvenil, ò por otro acaecimiento oculto, recobra la salud. Vos no me podreis negar, que poco, ò ningùn caso se havrà hecho del primer Medico; i por el contrario, muchissimo del segundo, juzgando haver sacado este à su enfermo de una enfermedad grave, larga, i peligrosa, causada unicamẽte de su pessimo methodo, i curacion. Con lo que se vè, no poderse de ninguna manera discernir los buenos de los malos Medicos, siendo assi, que estos rece-

tando mal aseguran mas presto su mayor reputacion. I quantos Medicos hai, dice Cornelio Agripa, que adrede, con sangrias, ò otros remedios, llevan los pobres enfermos al extremo, por ostentar una gran curacion, i acreditarse con ella? *Nonnunquam verò medicamentis suis exagitato morbo hominem ad extremum vite discrimen adducit, quo illum tunc absque gravissima, & periculosissima aegritudine liberasse pradicetur.*

Por aqui pueden hacer reflexion aquellos, que son tan aficionados à los Medicos, i obstinados en defenderlos ; que no basta, para probar, que sean excelentes, el decir, que los han librado de una, ò mas enfermedades; sino que es menester demonstrar, que en ellas han recetado bien: porque puede ser, que la naturaleza, no solo aya dominado al mal primitivo, sino aun al que ocasionaron los mal aplicados remedios. No siempre mata una Medicina malamente ordenada, ni una sangria intèpestiva es siempre gravemente dañosa. La naturaleza de qualquier individuo puede resistir hasta cierta cantidad de mal ; i sièdo este pequeño, i el enfermo de comple-

xion

xion robusta, podrá superar esta al que procede de la curacion siniestra del Medico. Pero esto se debe entender hasta cierto termino; porque si por ventura fuesse tal el daño, que unido à la enfermedad, superasse à las fuerzas de la naturaleza, en este caso quedaria esta postrada, i el enfermo perderia miserablemente la vida. Por lo que, quando uno sana de qualquier enfermedad, es mui posible, que suceda por puro efecto de la naturaleza; i que el Medico no solamente no haya cooperado à la consecucion de la salud, sino antes bien por el contrario haya hecho mayor el impedimento.

Ademàs de esto, si, solo por curar algunos enfermos, se debiesse inferir, que sus Medicos son buenos, podria decirse absolutamente, que no havia ningun Medico malo, la qual es proposicion mui falsa: pues si en todas las Artes, tanto Mechanicas, como Liberales, sabemos, que hai Professores buenos, i malos; cõ quanta mayor razon creeremos, q̃ los hai en la Medicina, que es Arte tan dificil, i en que para ser malo basta faltarle una sola condicion de las muchísimas, que debẽ concurrir

en uno, para que sea bueno. Ojalà quisiera Dios, que para beneficio del genero humano no los huviera, ò que no huviera tantos, ò que fuera mayor el numero de los buenos: pero oigo asfirmar al Petrarca con libertad, que en todos tiempos han sido los sabios po-
 quissimos: *Profectò non solùm hodie, sed semper
 raros ingeniosos, rarissimos sapientes fuisse ne-
 mo dubitet, nisi qui nunquàm oculos, vel in ata-
 tem suam intenderit, vel ad antiquam reflexe-
 rit.* I estaba tan persuadido de esto, que escri-
 biendo al Papa Clemente VI. en ocasion de
 estar enfermo su Santidad, le dice: *Yo he mas
 miedo, Beatissimo Padre, à los Medicos, que à
 los accidentes de V.B. por lo que aconsejo à V.B.
 que los arroje de su presencia, considerandolos
 como enemigos capitales. Veluti inimicorum
 aciem, clementissime Pater, intuere.* Aun en
 tiêpo mas antiguo era tan copioso el numero
 de los malos Medicos, que Caton el sabio, i
 Plinio Veronès los aborrecieron de modo,
 que à estar en su mano, los huvieran echado
 del Mundo, assi como los echaron de Italia,
 que estuvo sin ellos 600. años; i creo de la
 prudencia Romana, que lo huviera continua-
 do,

do, si pudiera. Si biẽ Marcial, sintiendo no poderlos herir con los dientes, los mordía cõ la lengua; ya comparádoslos à los Sepultureros:

*Nuper erat Medicus , nunc est Vespillo
Diaulus.*

Quod Vespillo facit, fecerat & Medicus.

Que otro Poeta, Hespañol tambiẽ, vertió assí:

Diaulo es hoi Sepulturero,
i ha poco, que era Doctor:
lo que hace Enterrador,
hizo Medico primero.

Ya motejandolos con decir, que solo vistos en sueños, bastan à matar; como lo expressa en el Epigramma, que hizo à la muerte subita de Andragoras:

Lotus nobiscum est, hilaris cœnavit & idem.

Inventus manè est mortuus Andragoras.

Tam subita mortis causam, Faustine, requiris?

In somnis Medicum viderat Hermocratem.

Cuyo Epigramma traduxo un Poeta Hespañol con igual elegancia:

Cenò Andragoras bañado
conmigo anoche de gana;
i ya muerto esta mañana
en su cama lo han hallado:

Si de tan arrebatado
 fin quieres saber, Faustino,
 la causa qual es, ò exista?
 El sueño de un Galenista.
 Te parece poco mal,
 soñar un Medico tal?

Pero porque yo no debo hacer caso de las
 chanzas de los Poetas en argumento tan se-
 rio, dexarè, que el Oraculo de la anrigua Me-
 dicina Hipocrates , me haga el balance de
 buenos, i malos Medicos, bien seguro, de que
 dirà lo mismo que yo he demõstrado: *Medici
 fama, & nomine multi, re verò, & opere valde
 pauci.* Si queremos baxar à los tiempos mas
 proximos à nuestra edad, han sido tantos los
 Medicos ignorantes , que obligaron à Cefe-
 riel Bovio, cèlebre Medico Veronès, à com-
 poner un libro, intitulado: *Rayo, i Azote de
 Medicos sofistas*; i encendido de la compas-
 sion, zelo, i charidad àcia sus conciudadanos,
 iba clamando continuamente: *O desdichado
 siglo nuestro! O pobres enfermos, en què manos
 haveis caído!*

En medio de todas estas demonstraciones,
 i testimonios, podrá haver alguno , que me
 inf-

inste, como es possible, que sean tãtos los fal-
 sos Medicos, quando estamos viendo, que
 de los enfermos, à quienes visitan, son mas los
 que cobran salud, que los que mueren. I bien,
 què se pretende inferir con semejante argu-
 mento? Acafo, ò que es mayor el numero de
 los buenos, ò que à lo menos de el todo de
 los Medicos, la humana republica, es mayor
 el beneficio, que saca, que el daño? Pues, tan-
 to la una como la otra ilacion, son falsissi-
 mas; siendo mayor, sin comparacion, el per-
 juicio, que causan los malos, que el provecho,
 que puede ocasionar el corto numero de los
 buenos. I si quereis saber, por què son mas
 los q̄ sanan, os dirè, q̄ esto procede de la co-
 mún qualidad de las enfermedades, las quales,
 sièdo por la mayor parte curables, esto es de
 benigna condicion, con facilidad la supura
 la naturaleza: i esto succede, no solo en aque-
 llas Republicas, en que hai muchos Medicos,
 sino ahun en aquellos Lugares, que no se
 afrentan de no haverlos de menester. Antes,
 bien, si queremos creer al Señor de la Mon-
 taña, Author mui acreditado en la Francia,
 alli se vive con mas salud, que en otras partes:

i Adriano Turnebo, cèlebre critico, refiere, haver observado en la Normandía, en tiempo, que se padecía un mal contagioso en muchos Lugares, que en aquellos, en que no havia Medicos, murieron mui pocos enfermos; i por el contrario se libraron mui pocos de los que fueron à medicinar-se à la Ciudad.

Pero sin buscar otras Provincias, no vemos suceder lo mismo cada dia en Italia? I quien hai de nosotros, que ignore, lo que dice Leonardo de Capua, Medico insigne de nuestros tiempos? Sucedió, dice, en cierto Lugar, que no haviendo conocido todavia Medico alguno, quiso el Señor de èl introducir uno, juzgando hacer à los vassallos un gran beneficio. Comenzò el tal à usar de las sangrias, purgas, bexigatorios, i otras medicinas, jamàs alli practicadas, con tal aire, i efecto, que despachando los vecinos, caminaba aprissa el Lugar à quedar desierto. Advirtieronlo los vassallos, i como perros rabiosos se convirtieron contra su Señor, obligandole à echar al Medico de la tierra. Sobre todo esto, quantas enfermedades podreis creer, que convenientemente fomenta

la naturaleza en el humano individuo, no por otro fin, que por dexarle mas sano? No son otra cosa los achaques comunes, de camaras, fiebres, biruelas, i otros, que unas revoluciones internas de los humores, i alteraciones depuratorias de la sangre, en que tiene la natural providencia sus usuras. De aqui es, que los hombres no siempre enferman, porque hayan luego de morir; i aquello, que à primera vista parece mal, puede ser salud: sin que deba causar admiracion, que de la mayor parte de las enfermedades, siendo benignas, i curables, salgan libres; porque no sucederìa asì, siendo de mala calidad, è inclinadas con malignidad à agravarse. Pero quando corren con bonanza las enfermedades, el salir à puerto los enfermos, procede de la templanza de la estacion de la buena complexion del cuerpo, ò como quieren los Astrologos, de la benigna influencia de las estrellas: i en summa, quedan mas obligados à la naturaleza, que al Arte de la Medicina.

Ello es bien cierto, que en este engaño tienen los Medicos afianzado su credito; porque siendo imperceptibles las operaciones

nes

nes de la naturaleza à los ojos del vulgo, si son favorables, las creen efectos de sus recetas; i si son adversas, culpa, i desorden del enfermo: *Sic enim efficit, ut nemo agrotus nisi propria culpa periisse, nemò nisi Medici beneficio restitutus videatur.* (Cor. Agripa.) I esta es la razon, porque no es conocido el Medico malo, ni puede imputarsele culpa. Si el Avogado habla, ò el Musico canta malamente, tienen el oïdo por Fiscal, de lo que se canta, ò dice: si el Pintor hace una figura, ò el Escultor una estatua diforme, luego fiscaliza la vista sus defectos; i en summa, todos los sentidos del hombre son rigorosos censores de las obras de qualquiera profesion: solo la Arte Medica goza del privilegio de obrar ocultamente; por lo que succede, que siêdo sus defectos mas sensibles, por tocar, como tocan, en lo mas vivo, no haviendo cosas evidentes, por medio de las quales se pueda convencer al Medico de ignorancia, ò delito, se vè el Juez precisado à dexasle, que mate sin castigo. *Nulla prater ea lex* (dice Plinio lib. 29. cap. 1.) *qua puniuntur in scitiam capitale, nullum exemplum vindictæ; discunt*

periculis nostris, & per experimenta mortes agunt, Medicoque tantum hominem occidisse impunitas est.

Ya que hemos hecho el balance de los buenos, i malos Medicos, i manifestado ser estos muchísimos, i aquellos muy pocos, no pudiendose distinguir los unos de los otros, por las razones, que ya he insinuado ; què otra cosa restaba , sino decir con el Petrarca, que el camino mas recto, i seguro para recobrar la salud, es el de mantenerse sin Medico? *Nulla est agro rectior ad salutem via, quàm Medico caruisse. (Senil. lib. 5. epist. 4.)* Pero aunque parece teneros persuadido , i convencido con lo dicho ; sin embargo temo , que todavia os admirais, como puedan ser tantos estos falsos Medicos : yo mucho mas me admiro , como no sean muchos mas ; i de que haya hombres de no humilde nacimiento , i de mediano juicio, que, ò desterrados de su patria, ù obligados de la necesidad, para poder vivir se reduzgan à hacer cosas, que deshonren su linage , abandonandose tal vez à cometer hurtos , quando hai un modo de vida tan seguro, i noble , como la Medicina;

mayormente pudiendose aprender, i exercitar con tanta facilidad. Ojalá me viniesse la ocasion de poder yo hablar à uno de estos à solas, como me prometia hacerle bien presto mudar de profesion; i esperaba conseguir lo que no puede todo el Mundo con la opinion de la honra, ni la Justicia humana con el terror de los patibulos! Yo le haria ver, que con solo trocar las armas, con solo mudar de hoja, conseguiria tener cierta la ganancia, i segura la vida. Entretanto podrè decirle por consejo, lo que por investiva escribe el mencionado Autor à un falso Medico: *Vtere funesto privilegio, pretio etiam mortis adhibito?* Con esto à lo menos serian solamente assasinados aquellos que permiten, que se les vaya quitando poco à poco con la sangre mas espiritosa la vida: pues no merece compasion una gente tan obstinada, è inhumana, que exponiendose insensiblemente à esta crueldad, i dexando sacar la sangre de sus venas, se manifiestan incredulos, no solo à la experiencia, que no disciernen, ò à la razon, que no alcanzan, pero ni ahun à la verdad de la Sagrada Escripura, que tan claramente

mente atestigua en el Levitico , que *anima carnis in sanguine est.* (cap. 17.) I tanto mas me jactaria de poder persuadir à alguno semejante resolucion, haciendole demonstracion, de que qualquiera, sin entender de buena Philosophia, de Mathematica, de Chimi- ca, de Anatomica, de Botanica; sin haver estudiado, ni la Diagnostica, ni la Dietetica, ni la Higiaistica, ni la Semiorica, ni la Fisiologia, podrá desde luego meterse à Medico.

I por ventura se necessita de otra cosa, para ser uno de estos Medicos vulgares, que saber de memoria quatro aphorismos de Hipocrates, una docena de textos de Galeno, i algunas otras citas de qualquier Autor clas- fico, con la nomenclatura de varias, i distin- tas enfermedades, cuya teorica se podrá to- da reducir à una hoja? Le bastaria saber de- cir à los enfermos, que la fiebre es un calor extraordinario del corazon: que el architec- to de la hijada, i piedra, es un espiritu lapidi- fico: que la causa de las otras indisposicio- nes procede de la intemperie de las entrañas, ò de corrupcion, ò de pletora: otras veces de calor del higado, ò de obstruccion del

bazo , ò del mesenterio : quando por debilitacion del calor natural, quando de vicio facultativo. Si son hombres , achácarlo al instante à las fumosidades, i vapores, que nacen de los hipocondrios : si son mugeres, que es cosa de el utero , correspondiente à la cabeza; i que siendo, segun Galeno, una calabaza, *tanquam cucurbita magna*, se recogen alli los humores , i se convierten en catarros , flemas, pituita, fluxiones; i conforme al miembro, en que caen, bautizar la enfermedad con su poco de nombre Griego, ò Arabigo ?

En quanto à la practica , se requiere otra cosa, que saber recetar , si es bebida, seis onzas de jarave aureo, ò manà desleído ; i si es de otra forma, una onza de casia, ò de latovaró lenitivo ? Hacer que siga el servicial à la sangria , alternando un pisto de confeccion de jacinthos , al dulce, i el bizcocho ; i finalmente saber prescribir otras poquissimas recetas ordinarias, cuyo methodo diario aprèderà facilmente qualquiera, que no fuere mui duro de cascos. Sobre esto , dar à entender à los enfermos , que se les quiere corroborar el estomago, desopilar el bazo , refrescar el

higado, purificar la sangre , i purgar de los malos humores ; si hipocondriacos, de la melancholia; si cholericos, de la bilis ; si flematicos, de la pituita. En summa, ofrecerles hacer todo aquello, que imaginan ser conducente à recobrar la salud. He aqui epilogada toda la enciclopedia de la secta comun de los Medicos ; i à esto , en fin , se reduce toda su Arte , toda su Ciencia , i toda su doctrina. Iquè mayor riqueza que esta , si con el simple capital de quatro recetas viejas puede qualquiera correr todo el Mundo, i ganar su vida sin peligro alguno ? Con esto creo, que siempre, que os acordeis, quan facil cosa sea hacerse Medico , ya no os causará admiracion la multitud de Curanderos , que vereis cada dia, que exercen semejante profesion: Ermitaños , Herbolarios , Cirujanos , Boticarios, Saltimbancos, Judios: *Fingunt se cuncti Medicos, Idiota, Sacerdos, Judæus, Monachus, Histrion, Raptor, Annus.*

La razon, pues, por què sean tan pocos los buenos Medicos , procede de ser dos los caminos, que conducen à aquella Arte; uno llano, i breve , como he demonstrado ; el otro

escabroso, i difícil. De aqui es ser mui pocos los que por este se fatigan, i muchísimos los que, por huír de el trabajo, se echan al otro; los quales , contentandose con saber solamente cierta superficialidad, por valermé de una frase de Tertuliano , *nominis phantasma tantùm affectant*, dexan de buena gana, que se quiebren la cabeza los menos políticos , i mas estudiosos; bien seguros de que, mientras estos gastan el tiempo en interpretar las cosas de la naturaleza , ellos se adquieren por otros medios las visitas, i se llevan el crédito de la Ciudad. Saben mui bien, que la mayor parte de los hombres , sin hacer estas reflexiones , se dexan engañar de la apariéncia ; i que para ser Medico, basta serlo en la estimación de aquellos. I valga la razón , qué diligencias practican jamàs los enfermos en la elección de Medico ? Muchos , el primero, que les viene à mano ; otros , el que està recomendado ; algunos , aquel, con quien se tiene afinidad, ò bien el compadre , ò el amigo; como si los Medicos fuesen todos unos, i entre el bueno, i el malo huviesse solo una imaginaria diferencia : i de esta suerte pone cada

cada qual à peligro su vida , sin precaver un perjuicio tan notable. Pero no pàra aqui todavia el engaño; pues si empeora el enfermo, tan lexos estàn sus familiares de conocer el yerro, que antes bien cometen otro mayor, con llamar otros Medicos de la misma classe, persuadiendose , que veràn mas muchos ojos, que dos, sin advertir, que en las tinieblas tanto no verà un ojo solo, como cientos; i que la vista de un Medico falso no es otra cosa, que una necia conjetura , que quanto mas se multiplica , tanto mas se le esconde la verdad en las tinieblas de la ignorancia.

Quien no conoce con esto , que poner la propria vida en manos de mas ciegos , es lo mismo que conducirla mejor al precipicio ? Acafo las enfermedades se vencen con la muchedumbre de los Medicos ? Ciertamente los Principes alistarian un Exercito : Pero desde que leyeron aquel lastimoso epitaphio, que hizo esculpir Adriano sobre su sepulchro : *Turbà Medicorum perii* , ya apenas tienen los que bastan para la decencia de el estado , mas forzados de la costumbre , que por el beneficio de la salud : à mas, de que si

es tan difícil escoger un Medico bueno entre tantos malos, quanto mas lo será la elección de muchos buenos ? De aqui se hace creíble, que el servirse de muchos Medicos, ha sido un abuso, introducido por la politica de los mismos Medicastrs , para afianzar su credito en qualquier acaecimiento ; porque siendo muchos los que intervienen à la curacion, ninguno será culpable en particular, i assi pasan por inocente mortalidad los homicidios. De las consultas tambien consiguen muchas ventajas, no solo acreditandose con reciproca aprobacion sus errores, sino multiplicando el beneficio de la mutua correspondencia en ocasiones semejantes : puntualmente como aquellos cuervos , que no siendo bastante su voracidad para acabar con un cadaver , graznan , hasta tanto que vienen otros cuervos al pasto. O, si los hombres pudiesen conocer los negociados, que estos Medicos hacen en sus pellejos ! Quando sanos, les persuaden , que deben purgarse en la Primavera, para tener buen Estio; i con esto pagan cada año un tributo con su propia sangre à esta mala costumbre , i un cen-

so,

so, i obligacion al Medico, que no cancela menos, que con el desembolso de la misma vida. Quando enfermos, hacen que se retarde la salud, con molestas recetas, siendo assi que la naturaleza, por ser robusta, se la franquearia con mas brevedad. Yo sè bien, que no serian tan ciegos, ni prompts en llamar al Medico; i que el consejo, que no alcanzan por ignorancia, lo tomarian por conveniencia: con no llamarlo, ahorrarian de gasto, i juntamente librarian la vida de tantos, i tan evidentes peligros.

Pero porque no sospechen, que estos discursos son engañosos, como abortos de la contradiccion, quiero que los oigan de boca de ellos mismos. Galeno, comentando el libro de las Epidemias, claramente enseña à sus sequaces, que hagan mayor el mal, de lo que èl es en la realidad; assi porque los enfermos no puedan quejarse de ellos, si tan presto no los curan, como porque, creyendo haverlos librado de gravissima enfermedad, sea mayor la paga. *Medicum debere persuadere ipsis agris morbum esse majorem, quàm sit, nè fortè accusetur ab illis, nisi citò fuerint curati,*

rati , & ut ampliozem largiantur mercedem, dum se à malis affectibus credierint liberatos.

(*Com. 5. lib. 6.*) I el Montuo, Autor de la misma secta, dice, que el dilatar la enfermedad, es la cosecha de los Medicos: *Producere mor-*

bos , & egros diu in reditu habere ; vendimia quædam est. Pero què hai que buscar prue-

bas, una mayor que otra , si Domingo Sala, Galenista cèlebre, i Cathedratico en la Uni-

versidad de Padua, explicò, que *Medicina est*

Ars illudendi mundum, & à quâ totus mundus delusus est ; cuya definicion , para que fuesse

entendida aun de los que ignoran la Lengua Latina, traduxo en la vulgar otro Medico:

Bien dice aquel gran Medico primero
De la Ciudad por Antenor fundada,

La Medicina debe ser llamada
Arte de alucinar el Mundo entero.

I bien que todo esto sea tan claro, i manifestado, que el daño sea tan patente , i tanto el

numero de los malos Medicos; con todo esto prevalece à la razon la costumbre, i abier-

tamente se permite à qualquiera practicar esta Arte, de manera, que hacen dudar , si es que los hombres piensan en su salud. Veo

por

por una parte con la vigilancia , que atienden , i procuran adquirir noticias de la menor sospecha de algun mal contagioso , si le hai en alguna Ciudad vecina , i aun distantes; el temor, la formalidad , las diligencias, con que se procura prohibir el comercio, i la comunicacion : i todo esto me hace creer, que el principal cuidado de los hombres sea su propria conservacion. Por otra parte, viendo el poco, ò ningun cuidado, que tienen en remediar el grave daño, que de continuo les causa la turba de tantos Medicastrós, me veo obligado à mudar de dictamen. No advierten, que al mismo tiempo, que los Padres de la Republica se hacen Argos, para precaver un mal mui distante , los vecinos estàn ciegos, para no ver el contagio, que se les entra por sus mismas casas. Pero en la realidad, no ha sido siempre el Mundo tan tierno de corazón, que no haya advertido esta peste domestica ; porque si leemos las Historias , hallarèmos , que Roma lo reparò sabiamente: *Roma, dum fuit optima, prævidit hanc pestem, vitandamque præmonuit.*

Un descuido tan grande mereceria compasion,

passion, quando no fuesse tan sensible el da-
 ño, que acarrea tanto falso Medico à la natu-
 raleza humana. Pero advertid cada dia à
 vuestra misma vista, despues de tantas san-
 grias, debilitados los enfermos, unos tullidos,
 ò contrahechos; otros cortos de vista, ò
 casi ciegos, i otros siempre enfermizos: ve-
 reis à algunos dàr vueltas en la cama, aburri-
 dos de tantos brevages asquerosos; à otros
 pasmados de las heridas de los vesicantes, i
 asados al fuego de las cantarides: à unos co-
 cidos, i passados vivos por alquitara entre
 colchones, i estufas; à otros, que caminan pa-
 ra rificos por su rigida inedia: i por ultimo,
 repatad como, para consuelo de los mori-
 bundos, les procuran echar lastre de piedra
 cordial en polvos, que no pueden servir de
 alegrar otro corazon, que el de el Boticario.
 En summa, tienen puesta su confianza en tan
 crueles homicidas, sin repatar en la infeliz
 experiencia de su daño, en tantos siglos co-
 mo ha, que la tienen los enfermos. I no sè, què
 disculpa podrà dàr la prudencia humana, pa-
 ra justificar semejante estolidez. Con todo es-
 so, es tal la ceguedad, que quanto mas irra-
 cional

cional el remedio , quanto mas asqueroso el
brevage, quanto mas cruel la medicina, tanto
mas se persuaden, que està recetado cõ acier-
to; i entonces el Medico malo, en vez de cas-
tigo, recibe mayor aplauso, i mayor premio.

Por esso montado en cholera Alfonso Lo-
pez , Medico famoso de Carlos V. exclama:
*Infirmos suppliciis infinitis injustè puniūt, die-
ta exquisitissima necant, pharmacis molestissi-
mis replent, crudelibus cucurbitis, & urunt, &
secant; aliaque multa patrant, quæ capere me-
moriam est impossibile: & quod magis indigna-
tionem nobis movet, ab errore, crimineque mer-
cedem accipiunt: ac punitionis loco præmia non
exigua capeſcunt, lucidantur, quòd auxiliis mul-
tis adversus morbos pugnaverint.* I aun no
creais, que pàre en esto la necesidad de tantos
engañados, pues à vuelta de los funerales, no
enjutos todavia sus ojos , si se les ofrece lla-
mar à un Medico, envian con gran estrechez
por el mismo; de manera, que podemos decir
con el Psalmista: *Et, cùm occideret eos, quæ-
bant eum.* (Psal. 77. v. 34.) Pero ya parece
que oigo à muchos parciales de estos Medi-
cos sanguinolentos (porque siempre la igno-
rancia

rancia tuvo la fortuna de tener mas sequaces , que el merito) que como es posible, que haya sido tan nocivo este methodo de medicinar , quando vemos tantos hombres grandes acreditarlo con la practica ; i que ciertamente me veria obligado à afirmar una de dos cosas , ò que son mui crueles , ò mui necios? A este dilema, ni debo, ni quiero responder. Yo sè bien, que Francisco Petrarca, haviendo corrido toda la Francia, i la Italia, i con essa ocasion tratado con diferentes Medicos de essas sectas, preguntò à uno, que conociò estàr mui adelantado en la profesion, por què no practicaba esse methodo? A que respondiò seriamente aquel Galenista, q̄ tenia grande escrupulo de engañar al Mundo con una practica tan perniciosa , i no queria abusar de la ignorancia de los hombres; pues si entendiessen el mucho daño, i la poca utilidad, que les lleva, serìa mucho menor, sin duda, el numero de los Medicinantes: *Supercilio mæsto, & gravi, & amari digno, & ad fidem rei satis virium habente, timeo, inquit, Deo res hominum spectante, impietatem hanc committere, ut credulum vulgus circumveniam capitali frau.*

fraude: cui si notum esset, ut mihi, quàm modicum, seu quàm nihil agro medicus prosit, & quàm sæpè multum obsit, minor, & minus phalerata esset acies Medicorum. Agant sanè, quoniam & agentium impietas, & patientium credulitas tanta est, abutantur simplicitate populorum, vitam polliceantur, & perimant, & lucrentur, mihi nullum fallere, aut necare propositum est.

Siendo esto assi, deseareis saber, por què la Pintura, queriendo symbolizar la muerte, discurriò pintar un esqueleto con una hoz en la mano: le faltaban acaso instrumentos mas nobles, sin mendigar los de la Agricultura? Si yo no me engaño, creo, que quiso, que fuviera de hieroglyfico, para significar, que assi como la hoz siega igualmente todas las plantas del prado, assi la parca, sin reserva de edad, de condicion, ni sexo, corta el estambre de la vida humana. Yo al contrario, si me hallàra Pintor, dexaria con esta rustica alusion à los Extrangeros, i estudiaria en representarla vestida de mal Medico, con el mote: *Æquo pulsat digito*; porque este, recetando de un mismo modo à todos, assi viejos, como mo-

zos,

zos, que tengan un temperamento, que tengã otro, expressa tanto mas vivamente aquella lei de la indiferencia, que en dictamen de Theodoro Prisciano: *Occiditur ager, non moritur*. I quien no conoce, que ha sido una artificiosa simulacion el hacerse retratar con un instrumento rustico en la mano, por parecer à la vista como desterrada de la Ciudad, aumentando assi en la profesion de la Medicina la confianza de su uso? Quando de otro modo, muchos enfermos se negarian à la visita, por no aumentar el temor del original con la copia, si se les representasse la muerte con el habito de la salud. Sin duda hace creer, que ha sido una gran maxima, no comparecer con semejantes insignias, no solo por no contaminar el credito de una opinion tan lisonjera, sino porque haria por sì muy poca guerra, si en la republica del Universo fuesse privada de tan sollicitos Ministros, que hacen contribuirle con tanta honra los mortales tributos de la flaqueza humana.

Son, por ventura, otra cosa muchísimos recípes, que letras de execucion, notificadas cruelmente por los Medicos, à pagar à letra
 vista

vista de un supuesto remedio , quando alojando media botica en un estomago sano, hacen desembollar antes de tiempo la vida al enfermo? A! que ciertamente ha sido arte de su crueldad el valerse de esta Arte. Veà bien , que por ultimo era su jurisdiccion limitada, è hizo , que fuesse infructuosa la resistencia de el hombre à su dura lei ; pues jamás su barbaro imperio , por decirlo asì, se huviera dilatado tan absolutamente de una à otra parte del Mundo ; sino huviesse tenido por complices de su tyranía la malicia , ò ignorancia de profesion semejante. Porque à la verdad, como ella huviera podido nunca cortar con su hoz del trôco materno tantos tiernos renuevos, i robar à la fecundidad sus futuros partos. sin los yerros abortivos de estas; ni como se huviera atrevido por sì à atofigar, i quitar con su ocase los albores de tantos vivientes posibles; i ahun con la propagacion de los descendientes matar la misma providencia de la naturaleza , sin semejante alianza? Ved para todo esto , quanto le han favorecido las fuerzas auxiliares de los falsos Medicos , i que sin el socorro de esta Arte

huviera sido vécida. Vaya enhorabuena con su guadaña à correr los desiertos, ò à los Lugares, donde no conozcan tales Professores: i nosotros, aunque le pese, tratemos de pinrarla mas al natural, esto es, con una lanceta en la mano; que assi à lo menos desengañaremos la vista, en caso, que por nuestra fortuna, ò ignorácia, no podamos al entendimiento: el qual, como si no comprendiera la genealogia de los abusos, cree, que es prudencia el servirse de los errores introducidos, i juzga acertar con hacer, lo que hacen la mayor parte de los hombres: assi, con una necia Philosophia, siguen como los animales, segun dice Seneca, los unos el parecer, i las huellas de los otros: *Pecundum more antecedentium gregem. (de vita beata.)*

De esta sympatica estolidèz se vale la muerte, para introducir en muchos Países estos sus Ministros: i para que no fuesen conocidos de sus obedientes subditos, los bautizò con un nombre, que cõ la hipocresia de su significado, esto es, Medicinantes, sonasse restituir la salud, quando su ignorancia no hace otro, que destruirla; de lo qual advertido

tido Caton el sabio , se viò precisado à clamar : *Irrumpunt in orbem nostrum magno agmine Medici, atque utinam Medici, & non Medicorum sub insignibus Medicina hostes armati.* Afsi, para que menos penetremos el equivo-
co, se dexa caer tal vez algun casual benefi-
cio de las recetas, estableciendo con esto el credito de su engaño : I parece, que estos se valen de la misma estratagema , que practi-
can ciertos vagabundos , los quales con po-
quissimo capital asseguran el ganar ciento
por uno. Van estos à los mercados mas fa-
mosos, i en el sitio, que les parece mas visto-
so, abren una bellissima tienda, adornada de
mil cosas extrangeras, todas dispuestas con
buen orden, i artificiosa perspectiva. Con se-
mejante embeleso de los ojos, i de la espe-
ranza se detiene embobada la gente, i como
cada uno facilmente concibe para sì la for-
tuna, juzga usura arriesgar poca moneda. To-
do el engaño de estos consiste en la cantidad
de letras falsas, que sin proporcion excede
al numero de las verdaderas: de donde nace,
q̃ muchissimos han de quedar precisamente
burlados. Si por ventura se halla alguno bien

librado, he aqui, que á voz en grito se publica su buena suerte, aumentando la ansia de aquellos . que ya estaban dispuestos con el deseo ; i de este modo el uno al exemplo de el otro cõsume su dinero, cogiendo un hombre solo à ciento con semejante artificio.

Asi puntualmente la muerte abrió tantas tiendas en la Ciudad, como son las Boricas: *Postea fraudes hominum, & ingeniorum capturae officinas invenere istas, in quibus sua cuique homini venalis promittitur vita.* (Pl. l. 24.) Observad el orden, i el numero de frascos, de vasos, de botes, de garrafas, de ampollas, i de caxas, en cuyas frentes no se lee otro, que nombres Griegos, Arabigos, i Barbaros. Esto es bueno para un mal, aquello para otro, i lo otro para muchos; no haviendo enfermedad, cuyo antidoto no se encuentre, i lea, à letra vista. Aqui oireis sin avaricia , quebrar las perlas, destrozar las esmeraldas, hacer polvos los jacintos, i otras durissimas piedras , que se juzgan saludables, solo porque son costosas. Aqui vereis traher continuamente de la otra parte de el Mundo drogas peregrinas: bezàres de el Oriente , febrifugos de la Chi-

na, balsamos del Perú, carnes momias de los
 desiertos de Arabia, i muchos vegetables de
 los montes de Congo, i de los valles de el
 Mogor. En suma, no hai rincon de la tierra
 por distante, que sea, con quien no se tenga
 comercio, para que no haya indisposicion,
 por ligera que sea, à que no se juzgue neces-
 sario, con injuria de la Providencia Divina,
 algun peregrino remedio: *Ulcerique parvo
 medicina à rubro mari importantur.* (Ibid.) Si
 despues de esto os encontrasseis en el sump-
 tuoso aparato, i festiva pompa, con q̄ se com-
 pone la Triaca Magna, entonces sì, que os
 quedariais absortos de ver un ciento de in-
 grediêtes, todos extrangeros i de climas dis-
 tantes, de virtudes, i qualidades diversas, pa-
 ra zambullir en la picina de este antidoto;
 epilogando la Botanica de muchas Provin-
 cias en la cantidad de media dragma. De
 donde Plinio, no pudiendo sufrir un engaño
 tan solemne, exclamò: *Theriace vocatur ex-
 cogitata compositio luxuriæ; fit ex rebus exter-
 nis, cùm tot remedia dederit natura, quæ sin-
 gulo sufficerent. Mitridaticum antidotum ex
 rebus quinquaginta quatuor componitur, inte-*

rim nullo pondere equali, & quarundam rerum sexagesima denarii unius imperata. Quo Deorum perfidia istam monstrante? Hominum enim subtilitas tanta esse non potuit. Ostentatio artis, & portentosa scientie venditatio manifesta est.

He aqui como los enfermos, no tanto estimulados del dolor, quanto lisongeados de la esperanza, viendo tanta salud en perspectiva, exponen à la fortuna la vida en manos de los Medicos, cuyas recetas son las letras de cambio de aquellas tiendas; pero como son muchísimos los malos Medicos, es lo mas cierto padecer gravísimo daño. Si por ventura encuentra alguien con el recipe de la salud, *sit plausus intolerabilis*, dice Cornelio Agripa; i esto es bastante, para aumentar la universal confianza en esta Arte, dandole mas honra el dicho de uno, que recibió la salud, que deshonra el silencio de innumerables muertos. Esta es la razon, porque estamos tan dispuestos à engañarnos; damos mas fè à una cosa, que vemos con nuestros ojos; ù oímos con nuestros oídos, que à millares, de las que debemos especular con la prudencia, è inferir con el discurso: basta para des-

lum-

lumbraros, un golpe luminoso de un relampago; i solo unos atomos de luz, que centelleen en torno, nos hacen acreditar de luminosas las mas opacas tinieblas de la noche. Verdaderamente parece, que los Medicos falsos gozan de la misma fortuna, que los Astrologos, à los quales basta, que adivine uno, para quedar con èl acreditados todos sus embustes: *Astrologia proprium est, ut coram vulgo una fortuita veritas etiam publicis mendaciis fidem faciat.* Asi igualmente les basta à aquellos conseguir por dicha una curacion, para justificar con essa todos sus homicidios.

Todo lo ponderado hasta aqui, no es por ventura la misma verdad? Què partido, pues, tomarèmos nosotros estando enfermos? Iremos à ponernos sin reflexion en las manos de qualquier Medico, i con escandalo de la razon humana daremos precipitadamente un reves à la providencia de la naturaleza? Hemos visto, quan dificultoso sea discernir un Medico bueno entre tantos malos, por las muchas circunstancias, en que puede padecer engaño nuestra eleccion; haviendo hecho demonstracion de el modo, con que

engañan las apariencias, que hacen creer, que es, lo que no es : como engaña la fama, i las alabanzas, que dàn à los Medicos, los que cobraron salud, quando pudo ser, como quiere Ausonio, que *evassere Fati ope, non Medici*: Como se engañan los mismos Medicos ; i como nosotros nos podemos asimismo engañar en la opinion propia con nuestro genio, ò con deducir la bondad del Medico de las prerogativas , que nada conducen para serlo; ò con dexar, que prevalezca la fuerza de la recomendacion, ò de la amistad, al merito de la virtud. Todos estos deslumbramientos nos impiden distinguir los verdaderos, de los falsos Medicos ; por lo que, si quisiessemos nosotros ciegamente elegir uno, ahun siendo igual el numero de unos, i de otros, havria tanto riezgo como fortuna en la eleccion ; pero haviendo manifestado ser en tanto excesso mayor el numero de los Medicaſtros, nos vemos obligados à confesar, ser al mismo respecto grande el peligro de quedar engañados. Una reflexion prudente como esta, creo, q̄ diò motivo à Hercules Bentivollo, para cantar assi:

Quan

Quan sabio es el Villano, que assaltado de una fiebre, por mas, que arda, i lo abraſſe, no tiene con el Medico cuidado; ſino, que en la acceſſion, de el fraſco aſſe. Al manà, i al ruibarbo no ha querido, que quitan apetito, i fortaleza; ni en purga, i ſervicial ha conſentido, dexando, que obre en èl Naturaleza.

Con lo que podemos ſentar por concluſion, que no teniendo ſeguridad de buen Medico, es ciertamente mejor eſtar ſin èl. Es mejor, por las dificultades, que hai en diſtinguir los buenos de los malos: Mejor, porque eſtos ſon muchiſſimos, i conſiderabiliſſimo el daño, que pueden cauſar en la vida, i en la hacienda: i ultimamente mejor, porque de eſte modo ſus ſiniſtras congeturas, i atentados, no perturbaràn las diſpoſiciones internas, i chriſis ſaludables de la naturaleza provida; i quando no, tendràn nueſtros trabajos el cõſuelo de haver llegado à aquellos ultimos limites, que no es permitido, que paſſe nueſtra fragilidad: *Conſtituiſti terminos ejus, qui præteriri non poterunt.*

(Job. 14. v. 5.)

DISCURSO II.

LA MEDICINA SIRVE; PERO CADA VNO
puede ser Medico de si mismo.

NO quisiera, que por el discurso antecedente sospechasse alguno, que yo foy algun enemigo de la Medicina; pues recibiria tanto mayor engaño, quanto yo mas que otro ninguno me mōstrarè parte en defender su existencia. I cōmo puede haver nadie, que esto dude, supuesto, que quando no hablasten en su favor las Sagradas Paginas, avogaria en la causa toda la naturaleza, haciendo hablar por ella el numeroso vulgo de virtudes, que resplandece en todas las cosas subluñares. Porque, bien mirado, en què lugar, ò rincón del Mundo, no se halla por ventura la Medicina? En el fuego? Ha! se encuentra una turba de Chemicos, que al calor de sus hornillos la ostentan alquitarada en espirituosas quintas essencias. En el aire? Con solo mudarle preserva las enfermedades de si mismas. En el agua? Parecen Probaticas Piccinas tantos baños, i fuentes, de donde parten cō salud hospitales enteros de enfermos. En la tierra? Continuamente no se halla otra
 cosa

cosa en sus entrañas, sino una oficina de minerales salutíferos; i en su superficie no se ve otro, que una vistosa botica en los huertos, en los prados, en los collados, i en los montes : *Ne silva quidem horridior que natura facies medicinis carent; sacra illa parente rerum omnium nusquam non remedia disponenti homini, ut medicina fieret etiam solitudo ipsa.* (Plin. lib. 24.) Pero mirala volar por los aires, i navegar por las ondas; mirala arrastrar por la tierra, i correr la posta con innumerables especies de animales, en cuyas entrañas se cuecen muchísimos antidotos para beneficio del humano individuo. Por ella florecen las Primaveras, sudan balsamos los Estios, i sazonan tantos otros frutos los Otoños. ¿En donde no se hallará la Medicina? si ella es tan universal, tan abundante, i tan prodiga de sí misma, que ninguno hai, que por miserable, i solitario que sea, que en torno de su choza no le nazca, quanto importa para remediar su indisposicion: *Cum remedia vera pauperrimus quisque cœnet.* ¿Si acaso, despues de tan visibiles, i continuas experiencias, huviesse alguno tan obstinado, que todavia per-

sistie-

())
fistiese en negarla, temeria yo, que por castigo fuese llevado de la fortuna à ser sepultado vivo en los arenales de Armenia, donde, convertido su cadaver en carne momia, fuese obligado con sus efectos saludables à restituírle en muerte aquella fama, que neciamente le havia quitado en vida: i que el veneno de su maledicencia, convertido en antidoto, dando à otros salud, sirviese de clara demõstracion de esta indubitable existencia.

En la historia, i memorias de los antiguos, no hallo, que jamás se haya puesto en duda la Medicina; antes bien fue de ellos tan apreciada, que no quisieron menos, que soñarla primogenita de la Divinidad, fingiendo con Ovidio, que Apolo, i Esculapio huviesen sido sus inventores:

Inventum Medicina meum est; opifexque per orbem,

Dicor, & herbarum subjecta potentia nobis.

En tanta veneracion tuvieron à sus Profesores, que los adoraron como Dioses sobre los Altares; pareciendoles, que el dar salud à los enfermos tenia un no sè què de milagroso, i
exce-

excediessse al poder de la naturaleza : de manera, q̄ para manifestar la grandeza del beneficio, se hicieron idolatras, i erigieron Templos en honor de una Arte tan provechosa en el Mundo. Pero què padron se me figura èste? què extraña metamorfosi es ya la de nuestros tiempos? La Medicina, que en aquella edad quitaba la adoracion à las Deidades, i usurpaba los incienfos de los pueblos (*Comed. de Mons. Molin.*) ha llegado à ser la risa de los reatros, i entretenimiento de los Comicos Franceses. Què mutaciones ha havido jamàs como estas? Passar de los encomios à las satyras? de los aplausos à los apodos ridiculos?

Pero esto no os causará admiracion, quando querais seriamente averiguar la causa; porque al instante conocereis, que esta tan rara mutacion no procede de ser la Medicina una fabula, si solo de la ignorancia de sus Professores, los quales, por no saberla, hacen vana, i sospechosa la misma Arte, con la mala aplicacion de sus remedios. De aqui es, que los Romanos, aunque echaron de Italia los Medicos, no por ello condenaron la Ciencia, segun lo que refie-

re Plinio: *Non rem antiqui damnabant, sed artem.* (lib. 29.) I de aqui nació, q̄ en muchas Naciones, particularmente en la basta Monarchia de los Turcos, ahunq̄ no hai Medicos, se hallan sin embargo fidelissimos observadores de muchas reglas de la Medicina, guardando los enfermos una rigurosa dieta, i usando à menudo de su tartago, i de otros remedios experimentados: *Hæc ratio Romanorum, ac Barbarorum plerumq̄, quæ non in artis vituperationem, sed Artificum solum cedit.* (in *Enc. Medic.*) Así podriamos nosotros, con Cardano, restituirle à la Medicina sus primitivos encomios; i revolver los improprios, è ignominias contra aquellos, q̄ ignorádolo, exercen un ministerio tan difícil. Esta, si yo no me engaño, fue la intenciõ de todos aquellos Autores celebres, que pareció à alguno, que hablaban mal de la Medicina, no haciendolo sino de aquellos, que la professan mal; sin que nadie me pueda hacer creer, que haya hombres sabios, q̄ pongan en duda una cosa tan sensible à la cotidiana experiencia.

Establecida la existencia de la Medicina, juzgo, que por el discurso precedente me

redarguireis, que no podriamos servirnos de los que la professan; i seríamos desobedientes al precepto del Ecclesiastico, que manda honrar por necesidad al Medico: *Honora Medicum propter necessitatem;* (cap. 38.v.1.) siendo así, que todos los Theologos, quando caemos enfermos, nos obligan à ponernos en las manos del Medico, por no faltar à la propria charidad. Está bien. Pero, si haceis reflexion seria sobre las razones insinuadas arriba, será bien conciliarlas con la presente verdad. Siendo cierto, que mandando Dios respetar al Medico, debe creerse, que se refiere el precepto à aquellos, que están experimentados en la Artes de manera, que teniendo vos seguridad de ser vuestro Medico uno de ellos, estais en tal caso obligados à obedecerle, i à honrarle: pero el precepto de ninguna manera comprehende à aquellos, que, por valermos de la phrase de Tertuliano, *Nominis phantasma tantum affectant*: i que no tienen otra cosa de Medico, que el capirote doctoral, i una fama, adquirida à fuerza de industria.

Son instrumentos, de que se vale Dios
para

para castigar la malicia humana; i permite, q̄ se introduzga en la Republica esta honrada peste? dexando por Divina venganza, que assi nos engañemos en la eleccion de Medico, que lleva cubierta con el guante de Esculapio la mano homicida? porque reste dilusa nuestra imaginacion, i quedemos deslumbrados, sin advertir al recipe de los castigos Divinos. Assi fue puntualmente del Rei Asà: *Nec in infirmitate sua quæsiuit Dominum, sed magis Medicorum in arte confusus est.* (2. Paralip.) I si leeis con mayor atencion el citado capitulo de el Ecclesiastico, observareis, que mandò honrar al Medico, hablando en singular; manifestando con semejante aviso, que no todos los Medicos son dignos de honor; i por esso và diciendo: *Honora Medicum. Da locum Medico. Et disciplina Medici exaltabit caput illius.* Con aludir sola, i singularmente à aquel, que fuere verdadero Medico. Pero quando quiere Dios castigar algun pecador, le amenaza, que le harà caer en manos del Medico: *Qui delinquit in conspectu ejus, qui fecit eum, incidet in manus Medici.* (Eccl. 38. v. 15.) en cuyo

cuyo caso se debe creer, que se entiende de el Medico ignorante; pues no fuera castigo el caer en las manos de uno, que supiera la verdadera Medicina.

Ve con esto descurriendo conmigo: por què, queriendo Dios atemorizar los pecadores, los amenaza con hacerles caer en las manos del Medico? Que especie de venganza, ò castigo puede por ventura ser este? No està acafo en su fuerza qualquiera enfermedad; i de su ceño no depende todo el sistema de la humana affliccion? No castigò la obstinacion de los Egypcios con alquerosissimas llagas? No vengò la detencion del Arca en los Philisteos con plagas mui vergonzosas? No hizo correr sobre la cutis de Herodes una turba de animada podredumbre? No diò lepra à la hermana de Moyles? No dexò mudo, i paralytico à Eliodoro; impedido el brazo à Geroboan, leproso el rostro à Ozias; i semejantemente à tantos, como se leen en la Historia Sagrada? Porquè pues amenaza à aquellos, con hacerles caer en las manos del Medico? De necesidad hace creer, que semejante castigo sea sin comparacion mayor,

que otra qualquier enfermedad. *Nil malo Medico perniciosius.* I es la razon: porque muchas enfermedades puede vencerlas por sí misma la naturaleza; pero si à la malicia de la enfermedad se junta la ignorancia del Medico, no puede la vida del enfermo hallarse en mayor peligro. De aqui es, que Dios, para mayor terror de la malicia humana prorumpió en aquella amenaza tan espantosa: *Faciam, ut incidat in manus Medici;* siendo la mayor de las calamidades temporales, que aquel mismo medio, por el qual creíamos recobrar la salud perdida, nos cause la muerte, i por huir de un peligro, demos en otro mayor; de donde vino à decir un Poeta:

Incidit in scyllam cupiens vitare Charibdim.

Qui morbum fugiens incidit in Medicum.

La razon, pues, porque los Theologos, quando nosotros caemos enfermos, nos hacen recurrir à la ayuda del Medico, es, porque estamos obligados à usar de todos aquellos medios, que pueden ser de alivio à nuestra indisposicion; ni debemos descuidarnos de lo concerniente à la charidad con nosotros mismos: Pues de la misma manera que,

incurriendo nosotros en la transgression de los Divinos Preceptos, necessita nuestra alma de un Sacerdote Confessor, que los canzele con la absolucion; assi el cuerpo tiene la necesidad de un Medico, que lo libre de las enfermedades contrahidas. Sin embargo, es bien cierto, que con el Medico espiritual, i el corporal, no corre en todo la misma parriedad; porque siendo la salud del alma de mayor importancia, que la del cuerpo; assi Dios con su infinita Sabiduria, i Bondad dispuso mas seguros, i mas faciles medios para purificar aquella, que para medicinar este; concurriendo en la purificacion de aquella, como soberano Author de la gracia; quando en la curacion de este obra sencillamente como Author de la naturaleza. De manera, que si por ignorancia, ò inadvertencia de el Medico espiritual se comete algun defecto, le corrige, i suple, como principal Author de la medicina de el alma el Archi-Medico Divino; pero si en la curacion de el cuerpo el Medico temporal comete algun error, no tenemos un Corrector dispuesto, i prevenido; porque Dios dexa obrar à las

causas segundas, i sin especial milagro no puede remediarse. Por lo que, si Dios quifiera remediar los innumerables errores de los Medicos, seria preciso, que multiplicasse la sombra de San Pedro mas, que los panes de el Desierto, i que fuesse esta de casa en casa haciendo con cada enfermo un milagro. Pero haviendo dexado à la discrecion de los hombres la Medicina, si los que la professan no saben su buen uso, à proporcion de su ignorancia estará en mayor, ò menor peligro nuestra vida; pudiendo ellos igualmente, ò ayudarnos con un remedio à proposito, ò dañarnos con otro opuesto; de donde dixo Ovidio:

Eripit interdum, modò dat Medicina salutem.

I así nos debieramos guardar igualmente de los malos Medicos, como procurar la asistencia de aquellos, de cuya virtud tenemos alguna noticia. Pero es bien cierto, que por ser estos poquissimos, importa mucho pensarlo bien antes de llamar alguno; para no meterse uno la asqua por su misma mano en el seno, i por su descuido hacerse complice en su desgracia. Por cuya razon, conociendo

ciendo la dificultad de poder distinguir los verdaderos, de los falsos Medicos, se juzga por mejor resolucion, la de estar sin ellos, que exponerse con ellos à riesgo de mayor daño; i del antecedente discurso puede juzgarse, que no por otra cosa repruebo el uso de aquellos, sino por la facilidad de engañarse en la eleccion, segun las muchas razones, que alli se dàn; i porque, para saber con seguridad distinguir los buenos de los malos, era necesario, que cada uno tuviese algun conocimiento de la Medicina; pero si *cæcus non judicat de colore*, ninguno, que no sepa, en que consiste ser perfecto Medico, podrá distinguirle entre muchos ignorantes.

Pues de donde procede todavia (podrá alguno aquí replicarme) que no hai enfermo, que no tenga algun Medico señalado, à quien no juzgue por el mejor de todos los demàs? La razon de esto es, q̄ quando nuestro entendimiento no tiene fundamento, ni conocimiento alguno de aquellas cosas, de que debe hacer juicio, entonces el genio se hace arbitro de la eleccion, i se inclina siempre à aquella parte, con quien tiene alguna

sympathia. Así los enfermos, no conociendo à los Medicos con otra reflexion, que la de la vista, ò de el oïdo, se dexan llevar de su genio particular à la eleccion, quien de este, i quien de aquel, llevados de las prerogativas, ò qualidades personales, que nada tienen, que ver con el perfecto Medico. Esta, pues, viene à ser la razon, porque comunmente son mas acreditados los mas hypocritas, i los mas sagaces, como quienes saben mejor frissar con los genios, i con mas destreza saben llevarse el afecto de los mas. No se puede dudar de esto, porque si de aquellos fuesse conocida la perfeccion de el Medico, solamente se servirian de aquellos, que fuesen escogidos excelentes en el Arte; i los malos quedarian descartados de la comun estimacion. De ninguna manera se observa, que haya Medico tan desgraciado, è ignorante, que no tenga mas, ò menos, sus visitas, i sus apasionados, que le estiman en mas, que à qualquier otro: ni esto puede nacer de otra cosa, que de el genio particular, el qual les figura à todos por buenos; i qualquiera, por mas ignorante, que sea, tendrá una cierta cosa, por la qual agrade à algunos. Este

Este engaño *sympathico*, ahunq̃ no le advertimos en nosotros mismos, se descubre claramente en los otros; i si bien los errores debieran ser igualmente conocidos de todos, pero la pafsion propria tanto nos oculta los nuestros, como nos pone à la vista los de los otros. De donde nace, que cada dia nos admiramos de ver à unos, i otros tan apafsionados por un Medico, que nosotros no le tomaríamos (como solemos decir) para visitar una gata; como por el contrario, se maravillan los otros, viendo la buena fè, que tenemos en los nuestros: i así unos, i otros se ríen de la necesidad de el proximo, sin advertir la propria; perdiendo el tiempo en contemplar los engaños agenos, quando cada uno debiera hacer reflexcion en su propria simplicidad. Si sobre esto se encuentran muchos de una misma inclinacion, entonces crece mas el engaño, fortaleciendose la propria opinion con la pluralidad de votos; i ahun si estuviera en su mano, haria, que aquel fuesse el Protomedico de la Ciudad.

He aqui, pues, como la ignorancia adquiere titulo de virtud; i como aquella fama, que

es puro efecto de nuestro capricho , parece ya un justo reconocimiento de el merito, ò una pura justicia de el entendimiento.

En ninguna cosa se conoce mas la fuerza de nuestro genio , que en esto ; porque si el aspecto de aquel Medico no nos quadra, por mas que administre bien sus remedios, siempre nos parece, que acarrean algun daño; i al contrario, siendo de nuestra satisfaccion, por mui poco , que haga, nos parece , que dà la vida: i quando el mal se agrava, lo creemos puro efecto de nuestro mal temperamento, ò causa de la malignidad de nuestros humores; no entrando jamàs en sospecha, de que haya sido la medicina, la que agravò nuestra enfermedad. Solamente comienza el enfermo à sospechar de su mala suerte, quando le cercan las agonias, i se conoce proximo à la muerte; pero tarde el infeliz advierte el engaño; porque este, si no se procura adquirir à costa de otros, teniendo solo una vida, que perder, es imposible à costa de ella desengañarse. Cõ todo succede en algunos advertirlo à tiempo; porque despues de haver usado de muchissimos remedios, no percibiendo,

ni ahun imaginado el alivio , les hace conocer la experiencia , que estàn mas faltos de Medico, que de salud. De donde nace , que despues de haverse dexado medicinar de unos, i otros, i viendo , que todavia empeoran, maldicen el dia , i la hora, en que se han puesto en manos de los Medicos ; i lo peor es la misma Medicina, la qual no tiene mas culpa, que la mala administracion de los que ignoran su buen uso.

Pero, para que adviertan la injusta maldicion, que echaron à esta Ciencia, i conozcan la ignorancia de aquellos, à quien tenian en tanta estimacion ; permite Dios , que se introduzca aquella viejecita , ò aquel rustico con un secreto, que en pocos dias le vuelve la salud, por que tanto suspiraba. *Constat famigeratissimos Medicos à rustica anu sape victos , illamque unica planta , seu herbecula perfecisse, quod illi cum suis methodicis , pretiosis, tamque decantatis pharmacis non potuerunt* ; como llanamente confiesa el Principe de la Medicina Latina , Cornelio Celso. Quantos se han muerto , porque no supieron los Medicos administrarles el verdade-

ro remedio: i quantas enfermedades quedaron supuradas de la fortuna de una casual experiencia: i otros males fueron curados, finalmente, de una oculta disposicion de la naturaleza misma.

Esta es la causa, porque muchos enfermos, reconociendo el recobro de su salud por invisible medio, se creen reengendrados por un milagro; i sin embargo de ser puro efecto de la naturaleza, con todo esso cuelgan el voto en los Altares, por triumpho de Religion; siendo cierto, que el idiota, por no conocer las fuerzas de la providencia natural, cõfunde muchas veces sus operaciones con los milagros de su fè. No hai duda ninguna, que Dios los puede hacer; pero lo ordinario es, segun el parecer de los mas sabios Theologos, dexar obrar à las causas segundas. Sin embargo es tanta la presumpcion, que los hombres tienen de sus meritos, que à qualquier leve ruego imaginan, que debe abrirse de par en par el Empyreo, i venir al instante las gracias de mano de el Altisimo, juzgando con una corta devocion interesada, alterar todo el sistema de la naturaleza. De
aqui

aquí es , que recobrando la salud en qualquiera grave enfermedad , como fenix , que ha vuelto à nacer de las propias cenizas , haciendo devota ostentacion con el color modesto de un habito , se ofrecen à la admiracion , como merecedores de un milagro .

Pero volviendo à nuestro proposito , ya havreis observado , como el genio hace muchas veces , que parezca ser , lo que no es en la realidad , substituyendo alguna otra particularidad en vuestro Medico , que nada sirve para asseguraros , de que sepa bien todo aquello , de que necessita ; i succede , q̄ ahun- que se os figure gracioso , diligente , mañoso , cortesano , i con otros muchos bellissimos dotes ; con todo esso puede ser un mal Medico ; i otro tanto peor , quanto engaña mas con una buena apariencia . Por esto , pues , se afirma , que para distinguir en qualquiera Profession el sabio de el ignorante , es preciso , que se tenga alguna noticia de ella . Ahora supongamos , que un enfermo sepa tanto de Medicina , quanto baste para discernir los buenos de los malos Medicos ; no hai duda ninguna , que este no se engañará

tan de ligero en la eleccion ; i aunque no llegue à conocer el mejor de todos, à lo menos se guardará de los malos ; i antes , que valerse de estos , si los hallasse todos de un calibre , se medicinaría por sí mismo. Para cooperar à la naturaleza propria , una pequeña bisiumbre, que tengamos de esta ciencia, es suficiente. Porque es una indubitable verdad (conforme al dictamen de el Señor de la Sciambre *lib. 1. Caract. de las pasiones*) que en nosotros hai un secreto conocimiento de las cosas, que conducen à nuestra conservacion; de manera , que con muy corta noticia, que tengamos de la Medicina, podemos con facilidad ser Medicos de nuestras enfermedades.

La Arte de medicinar es una purísima congetura; i nadie mejor, que nosotros mismos, puede adivinar, què tales sean los desconciertos, que pasan en nuestros interiores; pues ningun otro puede interpretar los destinos de la naturaleza propria como los mismos enfermos, con quienes en tan varias sensaciones muy frequentemente se explica. Así las enfermedades se explican mas sensiblemente.

mente con los enfermos; i es mas probable, que estos adviertan las principales circunstancias de su mala condicion mejor, que lo puede hacer ningun Medico por la simple relacion del enfermo. Por esta causa debiò de decir Platon, que, para llegar uno à ser famoso Medico, era necessario experimentar en sì todas las enfermedades; juzgando, que con dificultad podria saberlas con estudiarlas simplemente en sus libros; i quien no conoce bien el mal, i su causa, jamás sabrà remediarle: *Non intellectu nulla est curatio morbi.* Quántas enfermedades han venido à ser por esto el oprobrio de los Medicos, porque todavia ignoran su essencia, i su causa?

Por el contrario, quereis saber, quan facil sea el medicinarle por sì mesmos? Observad todos los animales curarse con el puro instinto de la naturaleza; porque, como quiere Caton: *Sua cuique Natura est ad vivendum dux.* Ella es la primera, que facilita el camino, i los medios de su conservacion. Ni me puedo persuadir, que les falte à los hombres este beneficio; mayormente viendo à menudo muchos enfermos, que abandonados de los

Medicos, i administrandoles aquello, que aperecen, se les quitaron aquellas dolencias, de que estaban oprimidos. Ellos se sienten estimular con ciertos deseos, que assi que los cumplen, se recobran, reconociendo en ello su convalecencia.

Les otra cosa todo esto, que un puro instinto, ò por mejor decir inspiracion de la naturaleza, que hace desear aquello, que les puede ser de alivio? Verdaderamente si los tales enfermos quisiessen en esto tomar antes el parecer del Medico, jamás se cumpliria, lo que interiormente sugiere la naturaleza provida; porque lo juzgarian manifesto desorden el condescender en semejante apetito, por no poder entender, ni concebir con los axiomas de su doctrina escholar, que con medios tan extravagantes fuesen libres de semejante enfermedad. I quantos sucessos de estos se leen en sus mismos libros; i quantos oímos cada dia, que ellos propios refieren en sus familiares conversaciones, haver curado ya à uno, ya à otro, de gravísimas enfermedades con solo haver cúplido el enfermo su apetito. Por lo qual philosophádo moderna-

men.

mente el Padre Malebranch, vino à decir: *Itaque dubium non est, quin sensus nostri sint interrogandi etiam in morbo ut ab iis discamus rationem restituenda sanitatis. (De inquir. verit.)*

Sin embargo podrán aqui replicar algunos, en defensa de el Arte Medica, no negando, que haya un gran numero de casos semejantes, que no se saben, por el contrario, quantos hayã muerto, por no haver obedecido al Medico, i querido fatisfacer sus viciados apetitos. Esto no puede ciertamente negarse; pero tambien es mucho mas probable, que la naturaleza haga apeteçer à los enfermos cosas por lo comun, antes convenientes, que dañosas; solicitando ella, i estando como empeñada siempre en la conservacion del humano individuo. *Natura omnia pro hominis salute agit. (de inquir. verit.)* A màs de esto, quantas veces creéis vosotros, que los Medicos prohiben aquello puntualmente, que debieran ordenar; i quantas ordenan aquello, que nunca mejor que entences debieran prohibir? De aqui nace, que por lo comun los enfermos tienen aversion à ciertos re-

medios, como cosas perjudiciales à su salud; sintiendo interiormente la repugnancia de la naturaleza, i los presagios de su calamidad. Quàtos con esto havrá muerto por haverles obligado el Medico à recibir la sangria, à tragar la purga, ù otro brevage, contra la voluntad de los miserables. Cada qual siente estos secretos impulsos, i parece, que su alma tiene un genero de preciencia de los suceßos futuros; i de ordinario hace ella, que se sospeche anticipado el peligro.

Hai à màs de esto muchas cosas, q̄ aunque en sì sean boníssimas, pero encuentran con temperamentos, à los quales son dañosas; i por el contrario otras, que por lo comun son dañosas, i sin embargo à ciertas complexiones les son antidotos en sus males. Por lo que no debemos maravillarnos, que de tantas cosas, q̄ à nuestro parecer havian de dar salud à los enfermos, les sean algunas las mas perniciosas; i que de otras muchas, cuyo uso juzgamos perjudicial, reciban manifesto beneficio. *Vltima rerum differentie nobis ignote sunt.* Ni toda la especulativa de el Arte Medica puede llegar à comprehenderlo;

i es mas facil, que el enfermo tenga alguna vislumbre con la propria experiencia, i movimientos interiores, que el Medico con toda su congetura: i siendo cierto, que lo que agrada nutre, tanto mejor podrá curar, i servir de remedio; pues no puede haver mejor medicina, que la que al mismo tiempo puede servir de alimento; porque nutriendo las partes, vivifica la naturaleza, i le dà mas fuerzas para superar la enfermedad. Ello es cosa, que no debe dudarse, que hai en nosotros una cierta individual philosophia, con la qual, si quisiessemos hacer discreta reflexion, cada uno vendria à ser Protophyfico de sì mismo: que por esto Tiberio se maravillaba; como huviesse hombre sabio, que se dexasse tomar el pulso de ningun Medico, i no huviesse aprendido à medicinarle por sì en el curso de su edad: *Sibi ridiculum videbatur, quòd vir prudens manum porrigeret Medico, & post tot annos nesciret, quomodo jam sibi mederi debeat.*

El engaño, porque el Mundo no ha llegado todavia à advertir esta importante verdad, i precaver el perjuicio, que se le sigue

à la humana Republica de chuso indiferente de los Medicos, nace principalmente de tres causas. La primera es, que se tiene por dificultoso el saberse uno mismo medicinar; i no obstante, que se vè, que todos los demás animales se curan por si mismos, con todo se figuran, que aquellos tienen mejor conocimiento de sus medicinas, que nosotros; i que por instinto natural saben ellos discernir las plantas mas convenientes à su remedio, mejor, que nosotros las podemos conocer, ahun con la ayuda de la razon. A màs de esto, quando vèn à los perros curarse qualquier llaga, ò herida, creen muchos, que la naturaleza los ha dotado de un balsemo específico en la lengua, con el qual, lamindose, curan: i por ventura, si nosotros hicièssimos lo mismo con la nuestra, succederia lo mismo.

La segunda causa de valerse de Medicos, nace de otra mas simple creencia, i es, el dar nosotros por supuesto, de que ellos tienen todo aquel conocimiento necessario para medicinar bien; i ciertamente nos engañamos; porque de ordinario saben menos los

dicos , que los mismos enfermos. Ellos saben en nuestra opinion mucho mas, que saben en la realidad ; i la experiencia nos hace conocer frequentemēte la falsedad de nuestra opinion. La ultima causa , es el ver, que casi todos se sirven de Medico; i como si nos gobernassemos à ciegas por la opinion comun , el exemplo de los demàs nos alienta para seguir los abusos ; como dice el P. Malbranche: *Ex opinione vivimus , aliorumque exemplum nos facit audaciores.* Teniendo para con nosotros una gran persuasiva el exemplo comun, porque le parece à cada uno, que tanto es mas verdadera una opinion, quanto es mas universal. No hai ninguna duda, en que si los ignorantes no fuesen con grande exceso mas en numero, que los hombres sabios, seria assi ; pero aquello mismo , que à nosotros parece , que acredita la cosa , esso mismo la condena ; ni nada la puede hacer mas sospechosa, como el mayor numero de aprobadores.

La prudencia humana no tiene esta por seguridad, de que aquella opinion sea mejor, que sigue la mayor parte ; siendo assi , que

los malos , de ordinario logran la fortuna de tener mas sequito , que los buenos. Por lo que no conviene atender al numero de sequaces , si solo hacer reflexion en la razon , i la experiencia , hãcia la verdad. El vulgo rara vez se sirve de el discurso: lo comun es, dexarse llevar mas de los sentidos, que de el juicio; como vea exemplar, esto le basta para abrazar, i defender ciegamente todos los abusos : siempre se inclina, donde es mayor el numero de votos : *Ex opinione multa, ex veritate pauca judicat.* (Cicer.) Las bestias hacen lo mismo , porque es uno mismo en ellas el instinto de la naturaleza : Los hombres hacen aquello, que es instinto de la mayor parte de las opiniones. Aquellas obran segun el dictamen de la natural providencia; i estos segun el arbitrio de una falacissima congetura. I assi no conviene avergonzarse con Plinio , si aquellas tienen mejor conocimiento de la Medicina, que tenemos nosotros : *Pudendum est, omnia animalia noscere, quæ sibi sunt salutaria præter hominem;* (lib. 27.) Nosotros ciertamente les haríamos ventaja, si cada uno quisiese emprender la curacion de su proprio individuo. La

La confianza, que tenemos en la Arte Medica, hace, q̄ vivamos descuidados de nosotros mismos; si lo q̄ ella ocasiona es, hacernos mas desordenados, i menos cautos en nuestra conservacion. Que de otro modo, si conociessemos el riesgo, en que nos ponemos cada vez, que nos dexamos en las manos del Medico, bien se yo, que lo pensariamos mejor, i que cada qual viviria mas regulado, i se guardaria mas bien. Se huirian los desordenes, no solo como tales, sino como causa contingente de poder caer en otro peor; esto es, en un Medico, que pueda viciar la complexion con sus nocivas recetas. Finalmente, de un simple deslíz la naturaleza misma puede sacar facilmente en muy poco tiempo: pero si à aquel juntamos los de las medicinas mal aplicadas, darà al traste miserablemente el paciente.

Siguese, pues, de todo el presente discurso, que la Medicina sirve, i es digna de honrar; i que debe usarla, el que verdaderamente la entienda; pero por el contrario, se ha de huir de aquellos, de quien no tenemos certeza, que enteramente la poseen. En su-

ma, que es igual necesidad creer, que los Medicos sean provechosos, porque sea la Medicina verdadera; como dudar de la Medicina, por no ver siempre los buenos efectos de ella, à causa de administrarla mal los mismos Medicos. Luciano no podia sufrir, que ciertos hombres blasfemassen de la Astrologia, por solo, que saliessem falsas las predicciones de algunos Astrologos. Què culpa tiene la Ciencia, si su professor es un ignorante? *Neque enim ob imperitiam fabri ars ipsa culpatur; neque ob cantoris inscitiam ipsa musica parùm est erudita.* (Lucian. de Astrolog.) Lo mismo debe decirse à favor de la Medicina, siendo esta, en dictamen de Hipocrates, semejante enteramente al Arte de adivinar: *Medicina autem, & vaticinatio valde cognate sunt;* (in epist.) Si van errados los Medicos no debe atribuirse el defecto à la Ciencia; siendo cierto, q̄ aunque ninguno tuviesse conocimiento de ella, subsistiria todavia la Medicina.

Por otra parte hemos visto, como la inclinacion, q̄ tenemos, i suposicion, q̄ hacemos en nuestro Medico, pueden engañarse; esta, con hacer presumir, que èl sepa todo, lo que
con-

conduce para medicinar bien; i aquella, con dexarse aficionar de ciertas prerogativas , q̄ nada importará para ser buen Medico. Por esto, para no engañarse en la eleccion de el Medico, es mucho mejor, q̄ cada qual por sí mismo se le busque. De este modo no se expondrá à sugetarse à los Medicos malos; i suministrandole uno mismo à la naturaleza aquello, que otras veces experimentò favorable; i por consiguiente, lo q̄ ella apetece, mas seguramente podrá recuperar la salud perdida. En esto consiste toda la Medicina de los otros animales, q̄ obran por instinto, i ellos harán lo mismo por eleccion; no haviendo camino mas seguro, como discretamente advirtió el Padre de la eloquencia Romana, que aquel, en q̄ sirve de guia la misma naturaleza: *Naturam ducem si sequamur, nunquã aberrabimus.*

DISCURSO III.

DE LA DIFICULTAD DE LA MEDICINA, i del engaño de las mas famosas Sectas de Medicos, i particularmente de los Dogmaticos, i sequaces de los antiguos.

AL que pudiesse enteramente comprehender todo, lo que hai difícil en el

Arte Medica, este solo conocimiento le sería bastante, no solo para amedrentar à qualquiera, q̄ deseasse lograr imponerse en ella, sino tambien para hacer comprehender, quan pocos se hallan en este tiempo, que vedaderamente la posean. Entre los antiguos nadie hubo, que alcanzasse más de esta Profesion, que Hipocrates: con todo esso llegó a afirmar absolutamente, que hasta su tiempo nadie havia llegado à conocer la verdadera Medicina: *Neminem penitus Medicinam novisse*. Pues si los mismos, que venerò el Mundo por Maestros de esta Arte, llanamente cõfiesan, no haverla comprendido; nos veremos obligados à decir, que es dificultosísima, quando no queramos sospecharla imposible. *Ego quidem ad Medica Artis finem minimè perveni, etsi senex jam sim*. Así lo escribe, después de encanecer en el Arte, el Principe de la Medicina, en una de sus cartas à Democrito; pero lo que me causa mayor admiracion, es lo que añade, que ni aun el famoso Esculapio, su Inventor, pudo llegar à saberla: *Quin nec ejus Inventor Æsculapius*. La razon, porque ninguno haya

llega.

llegado à este estado, ya la dexaron escripta en el principio de sus aphorismos, Hipocrates, i Galeno. *Ars longa, vita brevis* : Esto es, que la vida humana es cortissima, à proporcion de la dificultad de esta Arte. Pero si vivieron, el uno ciento i veinte años, i el otro ciento i quarenta, i todavia se quexaban de la brevedad de la vida; què podran decir los Medicos de nuestro tiempo, à quienes cuesta harro trabajo vivir la mitad?

No hai duda, que para tener un conocimiento suficiente de la Medicina, serian menester los años de Nestor, ò que fuesse verdadera la transmigracion de Pitagoras. Si el alma de cada Medico passasse à vivir en otro, i con el beneficio de la reminiscencia Platonica supiesen los postreros en su adolescencia, lo que llegaron à saber en la edad decrepita, los que nacieron antes; con este successivo engerto de conocimientos, me atreveria à creer, que por el discurso de muchos siglos llegarian los hombres al exacto conocimiento de la Medicina: de otra fuerte tendria siempre razon de exclamar el Valercola: *Quis enim tam longævus vel fuit, vel futu-*

futurus est unquam, ut artem omnem plenè teneat. (Enarrat. Medic.)

Quan inaccessible sea la Arte Medica, podemos comprehendelo de las dificultades, con que el entendimiento humano llega à habilitarse en la practica de muchas otras Artes puramente mechanicas, i sin comparacion alguna mucho mas faciles. En què consiste la Pintura, sino en extender quatro colores sobre un lienzo; i hacer una superficie à lo mosaico, mezclada, digo, ò de variedad de colores; para que reverberando la luz en los ojos, retrate las idèas de el Artifice? Què otra cosa es la Esculptura, que debastar un marmol, hasta que represente la imagen conforme al diseño? Con todo esso, quan pocos son los Ceusis, que sepan pintar tan al natural las uvas, que dexasen burlada la voracidad de las aves? O los Praxiteles, que entallen tan al vivo las Venus de Creta, que arrebaten los afectos, de quantos las miran? Pues si en tales Artes, i otras mucho mas faciles hai tan pocos Professores excelentes en sus exercicios; menos sin comparacion seràn, los que tengan entero conocimiento de

de la Medicina, siendo como es una Arte difícil por el juicio, faláz por la experiencia, i peligrosa por la ocasion. No se emplea en cosas visibles, i sobre objectos, que estèn expuestos al sentido, sino en el conocimiento de los males, cuyas causas son tan ocultas, como profundos, è incomprehenfibles los mysterios de la naturaleza.

Por esto creía el doctíssimo Montuo, que para ser verdadero Medico, era menester saber todas las ciencias, i que lo que no pueden muchos comprehender, solo un hombre lo comprehendiese. Los Egypcios por Hieroglyphico de la Medicina pintaban á Esculapio con una barba larguísima, i con un palo lleno de nudos; tan imposible les parecía conseguir su conocimiento, q cada Medico era un Dios en su concepto. De aqui es, que los Griegos Abderitas, creyendo, que Hipocrates havia librado de la peste à su País, expidieron un decreto, concediendole las Sagradas ceremonias de Hercules, *Sacris eleusinis initiatus est*. Así Apolo, Esculapio, i muchos otros fueron colocados en el numero de los Dioses; porque creían, que el conocimiento.

cimiento de la Arte Medica era tan difícil, i superior à la capacidad humana, que si alguno llegaba à tener la fama de grande Medico, al mismo tiempo se acreditaba de tener mas de divino, que de humano.

Pero contra esto me podreis decir: como ès, què teniendo la Medicina toda essa dificultad, haya tantos aplicados à esse mismo estudio? No tiene duda, q si muchos de estos lograsen su exacto conocimiento, seria indicio manifesto de su facilidad; pero no habiendo entre tantos, quien llegue à comprenderla, ni sepa adelantarse, esse mismo argumento hace mucho mas demonstrable su dificultad: que por esso, maravillandose Galeno sobre este punto, dixo: *Mirum non est in tanta hominum multitudine, qui in Medica exercitatione versantur, non inveniri, qui in illa rectè proficiant.* (de ordine libror. suor.)

A mas desto, què argumento puede haver mas fuerte, para probar mejor nuestro asùpto, como observar la multitud de los que han professado este estudio? Pues dividiendose en varias Sectas, unos han trabajado por un camino, otros por otro; pero salien-
do

do igualmente vano el conato de todos, siempre se dexa ver mas claramente, quanto arduo es el estudio de la verdadera Medicina. Tres fueron las que entre todas las demás Sectas adquirieron algun aplauso de los antiguos: pero ya se ha reconocido, estar todas muy distantes de aquella esencia, que constituye unicamente un buen Medico: i es, *tuto, cito, ac jucundè curare*. La Empirica fue la primera, i es la que en el vulgo todavia conserva algun credito; porque muchas veces se ven con una hierva, ò algun otro simple remedio, curaciones de enfermedades tenidas en las demás Sectas por incurables, ò medicadas por el curso de mucho tiempo sin algun alivio. En el numero de los Empiricos, entran tambien todos aquellos, que no entendiendo mas que Chimica, pretenden con qualquier Medicina, que han manipulado, curar algunas particulares indisposiciones; por haver experimentado una, ò mas veces buenos efectos, con lo que suministran. Con todo esso, nunca pueden los tales llegar à ser verdaderos Medicos; porque no teniendo otro, que aquella sola experiencia,

i siendo esta faláz, por razon de las muchas, i varias circunstancias, que cada dia se ven complicadas, es lo mismo, que querer caminar con un pie solo por un camino mui resvaladizo.

El engaño de los Empiricos consiste en la confianza, que tienen de curar con un mismo secreto todos los enfermos del mismo mal, i que la misma receta, que sanò à Francisco, haga asimismo recuperar la salud à Antonio: pero al fin advierten, que lo que sirvió de antidoto al primero, causa daño al segundo, i que no se puede fiar en semejantes casos, de que sus medicamentos sean de provecho; porque la diferencia del clima, de la estacion, del temperamento, i de la edad, causan efectos mui distintos; i ahunq en muchos se encuentren los mismos señales diagnosticos, i por esso à la vista parezca el mal uno mismo; no obstante puede ser la causa diversa, à la qual, sino se le ordena su peculiar remedio, tan lejos està de que sane el enfermo, que antes se aumentarán mucho mas las dificultades de restablecerlo à una segura convalecencia.

La segunda Secta fue la de los Methodicos, quienes creveron, que podian llegar con poquissimo trabajo à ser consumados en la Facultad Medica, i se vanagloriaban de enseñar à qualquiera en seis meses todo el Arte de la Medicina. *Methodici se Artem Medicam sex mensibus educturos profitentur.* (Galen. lib. 1. de dign. puls. cap. 1.) Bastaba à estos saber ciertos principios comunes, i algunas noticias universales, no atendiendo al conocimiento de las singulares, i à las causas de las dolencias. Creian los Empiricos, que estas jamás podian llegar à conocerse; i los Methodicos las juzgaban infructuosas; que por esto son dignos los primeros de compassion, por confessar la flaqueza de el proprio entendimiento; i de otro tanto castigo estos, por despreciar como inutil la averiguacion de las causas. Por cierto, con mucha razon incluyó Juvenal en sus Satyras al Author de esta Secta: *Quot Themison agros autumnus occiderit uno?* (Satyra 10.) dando à entender, que era tanto el numero de las humanas indisposiciones, quanto el de los enfermos, que havia muerto Themison en sola la estacion de el Otoño.

Succediò la Dogmatica à las dos Sectas referidas, i como si naciera la Medicina en las manos de los Empíricos, i despues ceñida en las fajas de algunos preceptos methodicos, lograsse alguna pequeña adolescencia, creciendo por ultimo con la diciplina Dogmatica, pareció, que havia recibido de esta toda su perfeccion.

Es cierto, que à quien considera el orden establecido por los Dogmaticos, para estudiar esta Arte, le parece à primera vista, no poder ser mas racional; porque no reconoce otra guia, que la philosophia natural. Gale-
no authorizandose con la doctrina de Hipocrates, fue quien logró mayor sequito, que ninguno otro; i todavia basta el ser sequaz suyo, para lograr credito de grande Medico. Tanta es la reputacion, i fama, que han tenido sus escriptos, que basta citar un texto suyo, para justificar qualquier homicidio, i para q̄ quede el mayor desatino canonizado.

No tiene duda, que si los Galenicos supiesen, lo que entienden, que saben, serian excelentísimos en su arte. Pero, porque lo mas de lo que saben està fundado sobre fal-
fos

los supuestos, su doctrina es mucho mas perniciosa, que su ignorancia. Las doctrinas, quando son falsas, se apartan mas de el conocimiento de la verdad ; i el saberlas, no es saber, antes bien es quedar mas ignorantes, que al principio. Mas discretamente se opone à la verdad el engañado presumptuoso, que el simple ignorante : este es tal , porque no ha tenido fortuna de conocerla , i aquel cree poseerla, quando idolàtra sus errores ; i así el ignorante , en dexando de ser ignorante, de repente passa ya à sabio; el engañado, para que se haga sabio, es menester, que retroceda al estado de la ignorancia, i procure sacudir de sì todo el engaño, para poder abrazar, i reconocer la verdad. Por esto el puro Galenista supone ser Medico, i no es : vive engañado en la opinion de sì mismo , i con este engaño se atreve à medicinar los enfermos, que muchas veces, quando cree visitarlos mejorados, los encuentra cadaveres.

Si fuera verdad , que solamente fuesen quatro los principios de la naturaleza, i otros tantos los humores de el cuerpo humano, que la calentura fuese un calor extraño, que

en el hígado se fabricasse la sangre , que esta se estancasse en las venas , i que no tuviese movimiento circular; si no fuesen delirios las facultades de retener , de expeler , de co- cer, de atraer, &c. las qualidades, el desperdicio de espíritus; i que por via de calor, se hiciesse en el estomago la digestión de el ali- mento: i ultimamente, si fuesen verdaderos todos sus presupuestos ; no tendria genero de duda, que los Galenistas serian buenos Me- dicos: pues, siendo cierto todo esto , les ser- viria en gran manera, para descubrir la causa de las enfermedades, i el valor de los medi- camentos , en que consiste toda la Arte de medicar. Pero si al contrario muchos de sus Dogmas son falsos , i agenos de razon , i de lo que dicta la experiencia ; será fuerza con- cluir, que ni los Dogmaticos tampoco en- tienden la Medicina,

Por cierto, yo no puedo detener la risa, cada vez, que oigo alguno de estos, que cre- en haver probado bastantemente tales pro- posiciones , para afirmarse en ellas , sin mas fundamento, que mostrarlas en Hipocrates, ò Galeno , no pudiendo jamàs persuadirse, que

que sean falsas, i haverse estos engañado. No se ponen à considerar, si es verdadera la doctrina, si no que miran à la fama de el Author, persuadiendose , que basta poner delante qualquiera authoridad suya, para inferir seguramente una infalible consecuencia. No han llegado todavia à conocer, que las opiniones humanas , desde los primeros siglos, han estado expuestas à errores , i que los antiguos han podido mui bien conseguir mayor veneracion, i respecto , que los que han vivido despues de ellos; pero que no por eso han conseguido sus doctrinas mas verdad, de las que ellas se tenian en su principio. Hasta que los hombres no tengan mayores conjeturas, pueden servir de algo las authoridades; pero si con el tiempo se descubren otras convincentes mas razonables , porquè no se ha de mudar de dictamen? La Philosophia es libre, i el Medico debe ser philosopho, no sectario. No consiste el saber en seguir las pisadas del Maestro, sino en conocer las cosas por sus causas , i distinguir lo negro de lo blanco. Tan capaces somos nosotros de desentrañar la verdad, como los antiguos.

Ni será soberbia estimarnos tanto como ellos; antes bien haremos justicia à la naturaleza, mientras veamos, que nos ha formado à todos con un mismo modelo. Jamàs ha mudado sitio nuestro entendimiento; siempre tuvo en el cerebro su residencia: todavia concurren alli los sentidos à tributarle lo que palpan, i lo que ven. A èl toca despues conciliarlo con la razon. Con que si los hombres siempre han sido unos mismos; porquè han de haver sabido los antiguos, mas que los que les han sucedido? mas los Avuelos, que los nietos? I nos veremos en todo, i por todos tiempos obligados à sugetarnos à sus falsas, i rancias opiniones, i sin otro examen defenderlas obstinadamente? Las ovejas son dignas de compasion, si una và tras de otra, porque los Pastores las guian por fuerza, i les falta el uso de razon; pero que los hombres, absolutos en el genio, i libres en el conocimiento, cortan tras los dictámenes de otros, es una deplorable flaqueza de el humano entendimiento.

De aqui es, que entre los Galenicos, aquel està en concepto de mas excelente, que sabe
rela.

relatar mas aphorismos , i alegar mas copia de authoridades. I es tal la presumpcion, que tienen de si mismos semejante genero de Medicos, que en citando algun prognostico de Hipocrates, ò sea texto de Galeno , abultan entonces mucho mas el emphasis , como si de la Tripode Delphica hablasse algun Oraculo. Todo su caudal consiste en tener buena memoria. Si esta les falta , no saben ya que decirse.

No quisiera, que mientras hago ver la dificultad de la Medicina, con manifestar, que ni aun los Dogmaticos la han alcanzado, me culpen de maldiciente , ò de opuesto à los antiguos. Me harian mui poca merced en formar de mi esse concepto : pues conozco mui bien deberseles à los antiguos mucha alabanza , sin embargo de no haver descubierto siempre la verdad, como tambien deberseles compasion , si tal vez se engañaron en aquellas primeras tinieblas de la ignorancia.

Toda la queixa cae contra los que todavia quieren defender obstinadamente sus errores; porque si Galeno, i Hipocrates viniesen

otra vez al Mundo , se adelantarian los primeros de todos à borrarles de sus libros, i sin verguenza aprenderian muchas cosas , que no tuvieron fortuna de conocer en sus tiempos. No es vileza, dexarse convencer el entendimiento de la razon ; antes bien es prudencia no fiarse de el juicio propio, i reconocer la facilidad, con que nos podemos engañar. No huvieran ellos escripto muchas cosas , sino las tuviesfen como verdaderas; que, fuera de esto, si entonces huvieran conocido el engaño, con el mismo zelo huvieran condenado los propios defectos, como impugnaron los agenos. Pero no puedo sufrir ver algunos, à quienes parece heregia todo, lo que no se conforma con sus doctrinas escholares; i en oyendo impugnar à Aristoteles, ò Galeno, parece que se les podrece la sangre en las venas, como si sus dogmas fuesfen indisputables , i se huviesfen de admitir ciegamente como Articulos de Fè.

En materias pertenecientes à la Philosophia, se disputan tambien los dictámenes de Santos Padres, porq̃ tambien como hombres pudieron engañarse en las congeturas de la

naturaleza. Solo à la Fè debe sugetarse la razon; i esta es la que valientemente censura las cosas naturales, i de cada una puede formar juicio, con la ayuda de los sentidos. Cede la razon à las Divinas; porque las venera como de jurisdiccion soberana; examina menudamente las humanas, porque las juzga como propias. Tal es la soberania de el entendimiento humano, que quanto produce, i posee la naturaleza, està sugeto à la libertad de su discurso; basta, solo, el que sepa desprenderse de la multitud de errores. Por què razon, pues, à penas abre los ojos para philosophar sobre las cosas sublunares, ha de seguir las pisadas de los àntiguos Philosophos? Como podrá rastrear, quales sean las verdaderas, i quales las falsas, si no se dexa à su talento el distinguirlas? Supògamos, q̄ por ventura, nuestros antepassados tuviessen por mui cierto, q̄ nosotros haviamos de abrazar ciegamente sus opiniones, i q̄ se les haria injuria siempre, q̄ no sigamos sus documètos: no fueron acaso los antiguos, los que nos enseñaron à dudar de las cosas? Porquè, pues, si es necessario, no podremos igualmente dudar de sus doctrinas?

Bien es verdad , que no siempre es prudencia el dudar , porque tal vez puede ser pecado de flaqueza, ò de vanidad. Si dudamos por facilidad de genio , es una inconfianza de juicio: Si por tenacidad de la opinion , es una vana idolatria de si mismos : si despues dudamos, por desconfianza, que tenemos de nosotros mismos, esto es valerse de la desconfianza, por antidoto de las propias dudas : si para entender los errores de nuestros antecessores, es hacerse dueños de la sabiduria, con su ignorancia. Assi al Philosopho deben servir los escrúpulos , no de freno, que lo derengan , sino de estímulo , que le induzgan à investigar mas intrinsecamente las cosas de la naturaleza. No hai otra cosa, que mas constituya un hombre sabio, que las mismas dudas: Por esto Ciceron prognosticò de Marco su hijo , que sería , como lo fue, de corto talento , porque observò , que no sabia dudar. Si creemos nosotros, sin reparo alguno , quanto escribieron nuestros mayores, jamás llegarèmos à ser verdaderos philosophos , i por consequencia seremos ahora , i siempre incapaces de entender la

Me-

Medicina. Es esta una cõdicion tan necessaria para ser Medico, que Galeno compulso por esso un libro intitulado: *Quòd optimus Medicus sit etiam philosophus*; porque de ser buen philosopho, depende todo el conocimiento de la verdadera Medicina. Afsi, que de las doctrinas de los antiguos debemos servirnos con cautela, pudiendo tambien ellos engañarse, i estorbarnos con sus juicios prevenidos el hallazgo de la buena Philosophia.

Este excesivo respecto, que han tenido los successores à sus mayores, ha aumentado de todo punto la dificultad de esta Arte; porque los libros enseñan tanto lo verdadero, como lo falso, ni la prensa sepàra las buenas de las malas opinionues: de un mismo modo salen de la impresion las heregias, i el Evangelio. Si esta tuviesse la propiedad de dexar solamente copiadas aquellas cosas, que son verdaderas, en tal caso podriamos à ojos cerrados abrazar todos sus fundamentos; pero como no tiene la prensa esta discreccion, con dexar correr la verdad envuelta entre mil mentiras, viene à hacerse mas escabroso el camino de la sabiduria; à nosotros toca el

dis.

discernir las doctrinas verdaderas, de las falsas: i quan dificultoso sea, cada uno puede conocerlo, de no ver salir buen Medico à ninguno de aquellos, que solamente se aplican à saber, lo que han dexado escripto los Authores antiguos. Entre nosotros, aquel de ordinario es el mejor, que no es tal absolutamente por su merito, sino tal, porque respectivamente es menos ignorante; esto es, porque comete menos errores, que los otros. Con esto, es fortuna de los enfermos, lo que es su menor desgracia, i deben contentarse, en que sus Medicos sean los menos malos, recibiendo el menor mal por el mayor bien.

Si todos conocieffen estas verdades, podrian los Medicos salirse de las Poblaciones à un destierro voluntario, ò mudar de profesion; porque cada uno remediaría sus indisposiciones, mas con la parsimonia, i dieta, que con el peligro, i la esperanza; mas sin tomar nada, que algo, que haga mal, i daño. Cada uno conocería entonces, no ser antidotos las palabras, ni saludables medicinas las promessas del Medico; i assi mismo, que

ni los textos de Galeno , ni los aphorismos de Hipocrates expelen las enfermedades del cuerpo humano ; pudiendo unicamente tener semejante fortuna aquellas recetas, que por ventura se encuentran para desvanecer las causas , i que aciertan à dar ajustado el golpe à medida del mal ; de otra suerte, faltandole alguna condicion, toda medicina al punto se convierte en daño , i perjuicio de la naturaleza. *Mala est Medicina , si aliquid natura perdit, (Pub. mim.)*

Haviendo visto hasta aqui, quan arduo sea el logro de la verdadera medicina , quien podrá jamás creer en su Medico tanta perfeccion, quanta es menester para saber medicinar bien? Sabemos, que un hombre con todo el estudio, i aplicacion de su vida, difficilmente llega à saber formar un zapato, que siempre calce el pie tan justo , que no sea algo mas largo, ò mas corto , demasiado ancho, ò demasiado estrecho: pues quanto mas difficil de creer será, que otro ninguno sepa cortar por sí una receta tan justa, què atine à punto fixo en el blanco de la enfermedad? Esto con la suposicon de saber la grande di-

farenzia , que hai entre la philosophia , que
 ha de menester un artista para hacer un za-
 pato, que à lo menos vè, palpa, i mide el ob-
 jecto; à la de que necessita un Medico , que
 no vè con otros ojos, que con los de una fa-
 lacissima congetura , i que no sabe otros re-
 medios, que los aprendidos de una peligro-
 sa, i casual experiencia. Sin embargo , pues,
 de toda esta gran dificultad, i diferencia, que
 passa entre una, i otra profession; vemos no-
 sotros conseguir à un hombre con mas faci-
 lidad fama de buen Medico , que à otro de
 buen Zapatero. A aquel , para lograr aplau-
 so, bástale la apariencia para preocupar la
 fè de el vulgo: pero à este nada le aprove-
 cha, si no corresponde la obra à la opinion.
 Finalmente, qualquiera sabe conocer un za-
 pato, si està bien trabajado; pero no puede sa-
 ber si una receta es mala , ò buena. Al uno
 cree por ignorancia ; pero al otro censura
 por el conocimiento; que por esto es mucho
 mas facil engañar al Mundo como Medico,
 que como Artífice; i aunque sea mas difícil
 sin ninguna comparacion el estudio de la
 Medicina , con todo puede ser uno creido
 cien-

científico, por más que ignore la verdadera Arte de medicar. Puede aumentar el mal al enfermo, i entenderse, que le hace mucho bien; porque el ser Medico depende mas de la credulidad de la fè, i de la opinion de los hombres, que los creen tales, que no de serlo realmente, como hemos visto en el discurso antecedente.

Pero detengamonos à resolver una objecion, que puede hacerse antes de proseguir el propuesto argumento. Diràn algunos, como puede ser, que no sea verdadera toda la doctrina de los Dogmaticos, si sabemos de las historias, quan grandes Medicos fueron Hipocrates, i Galeno, i quan maravillosas curas hicieron en su tiempo? Si estos tales huviesen leído à Cornelio Celso en el principio del libro primero, huvieran encontrado satisfecha del todo la dificultad. Pueden ser falsas sus doctrinas, i con todo esso haver ellos sabido medicinar. Sè que esto à primer vista parecerà una grandissima paradoxa: pero si queremos descubrir el fondo de la verdad, encontraremos, que la proposicion no contradice tanto, como parece; antes bien, que es mui probable,

Oigan-

Oigínse las palabras del mismo Author: Despues, que la experiencia enseñò à los hombres, lo que aprovechaba, i lo que era dañoso à los enfermos, encontraron diferentes remedios à muchas enfermedades, i despues comenzaron à formar el sistema de su theorica: i así primero fue descubierta la Medicina, que la razon de medicar. *Repertis deinde remediis, homines de rationibus eorum differere cœpisse; nec post rationem Medicinam esse inventam, sed post inventam Medicinam, rationem esse quæsitam.* Que quiere decir, que fueron Medicos prácticos antes, que theoricos. Por lo qual puede ser verdadera su práctica, como fundada en la experiencia, i falsas sus doctrinas, como colegidas de una falacissima congetura. De aqui ha provenido, que los modernos, viendo la fama de sus antecessores, se hicieron sequaces de sus theoricas, i por estas comenzaron à ser Medicos, como todavia permanece essa costumbre en los que se aplican al estudio de la Medicina. El vulgo los llama Doctores antes, que sepan escribir una receta, i excelentísimos, antes de saber, como se cura un sabañon.

Con

Con esto tenemos visto, que aprenden esta Arte tan difícil al revés de lo que la aprendieron Hipócrates, i Galeno. Siguen cō todo rigor, i se instruyen en las doctrinas, que pueden ser falsas, i no se cuidan al principio de la practica, que puede ser verdadera. Siguen à Hipócrates en la theorica: pero muy poco en los remedios, i en lo que él aprendió de una larga, è incansable experiencia. Esta es la razon porque, después de tantos siglos, ninguno ha llegado à ser tan grande Medico como Hipócrates. Si sus sucesores huviessem hecho lo que él hizo para saber esta Arte, tengo por seguro, que muchos le havrian excedido: pero seguirlo en las opiniones, que pueden ser falaces, i apartarse en los experimentos probados, es haver querido ser solamente Medicos de perspectiva, i engañar la simplicidad de la gente con una dorada superficie; hacer, que parezcan mas excelentes los que pueden ser los peores, i abusar de la ignorancia del vulgo para adquirir reputacion, i credito, con universal perjuicio de los pobres enfermos.

No me admiro ahora de ver todas las de-
màs

màs ciencias mucho mas adelantadas, de lo que estaban en sus primeros Inventores. Observad todas las partes de la Mathematica. La Astronomia ha mejorado el sistema de los Planetas, i ha colocado los movimientos de todas sus espheras en ajustadissimas ephemerides. La Optica nos ha ampliado maravillosamente la visiva jurisdiccion de los ojos, i lo que no se podia ver, ò por la distancia, ò por la pequeñez, se ha hecho visible; i pueden descubrirse con telescopios los satelites de los mas remotos Planetas, i medir todas las eminencias del Disco lunar, i con el microscopio hacer anathomia de cada parte de qualquier fenomeno subtilissimo. La Architectura militar se rie ahora de la antigua disciplina. Asì la Nautica, la Mechanica, i todas las otras, estàn ahora mas adelantadas, i todavia vãn adquiriendo mayor perfeccion.

Solo la Facultad Medica ha tenido la mala suerte de empeorar de condicion. Ni esto puede haver procedido de otro, sino de que aquellas han caminado siempre por el camino verdadero, i los sequaces de esta des-

de

de el principio han caminado ciegamente en seguimiento de falacissimas congeturas de otros; i suponiendo muchas mentiras como indispensables verdades, se han apartado del verdadero camino, que conduce al progreso, i complemento de la Medicina. Las que estàn fundadas sobre verdaderos, i estables fundamentos, crecen, i de cada dia mas se dilatan : pero las que por fundamento no tienen mas que la opinion, van variandose repetidamente, i jamàs se aumentan : *Quæ enim in natura fundata sunt, crescunt, & augmentur; quæ autem in opinione, variantur, non augmentur.* Así escribe el gran Bacon de Verulamio. (*Novum. organ.*)

Pudiera ahora referir otras muchissimas Sectas de Medicos, los quales, unos por un camino, otros por otro, han pretendido llegar al ultimo estado de esta Arte : Pero como no puede haver mas, que uno solo, que guie al conocimiento de la Ciencia Medica, todos los otros serân extraviados, i tanto falaces, quanto mas se aparten de el recto, i verdadero.

De esta Babilonia, i diversidad de pareceres,

res, claramente se vè, quan difícil sea la Medicina; porque, quanto mas se multiplican los libros, queda mucho mas confuso el entendimiento humano con la variedad de doctrinas; i si esta Ciencia no huviera sido tan difícil de aprenderse, no huvieran sido sus profesores tan contrarios en concebirla, sino mui conformes en establecer axiomas, i principios incontestables. No hai cosa, que motive mayor desprecio entre los hombres sabios para con los Medicos, como el vè medicinar à estos de una forma, i à aquellos de otra: muchos siguen à Cartesio, otros à Uvilis; quien à Silvio de Boe, quien à Paracelso, quien à Elmoncio, i quien todavia à Hipocrates, i Galeno. Pues si tal vez se juntan para la cura, ò para la consulta de algun enfermo Medicos de diferentes Sectas, entonces el pobre enfermo puede rogar à Dios de todo corazon, que le dè fortuna, de que acierten con el remedio, que ha de hacer bien, porque no haciendose en semejantes casos cosa à derechas, viene à parar toda la consulta en debates, i suele succeder al infeliz paciente

pun-

puntualmente el proverbio al revès, porque *inter duos litigantes tertius moritur.* (Cels. in lib. citat.)

De aqui es, que los esforzados Empiricos pretenden, que su curacion sea la mas segura, i mas provechosa; pero no niegan, que si se pudiesse llegar a conocer la razon *à priori* de la ciencia, en tal caso el Medico racional seria el mas perfecto de todos; bien, que para hacer supuestos falsos, i con estas armas querer entrar à combatir las enfermedades, sea un camino antes pernicioso, que saludable. Pues la experiencia hizo vèr, quando se descubrió el morbo galico, que su theorica valia pocos; i si los Empiricos no huviesen encontrado el palo santo, las unciones del azogue preparado, i muchos otros secretos, de quienes ahora tambien se sirven los otros Medicos, maldecirian todavia los dolientes su mala fortuna. Por lo qual tenazmente creen, que es por extremo imposible la Ciencia Medica; i por esso superflua tanta especulativa, i metaphysica, para sanar las enfermedades.

De manera, que si huviesen de contra-

pesar todas las razones de cada Secta, no sabrian à qual inclinarse, porque cada una parece, segun su sistema, seguir la verdad; i sin embargo, observan, que medicando de qualquier manera se libran, i se mueren los enfermos. I assi no comprehenden, porque se haya de creer mas à Silvio, que à Uvilis, mas à Galeno, que à Paracelso. *Obscurarum verò causarum, & naturalium actionum questionem, ideò supervacuum esse contendunt, quoniam incomprehensibilis natura sit. Non posse verò comprehendì patere ex eorum, qui de his disputarunt, discordia. Cur enim potius aliquis Hipocrati credat, quàm Herophilo? Cur huic potius, quàm Asclepiadi? Si rationes sequi velit, omnium posse videri non improbables. Si curationes, ab omnibus his agros perductos esse ad sanitatem. (Celsus in lib. citat.)*

A màs de esto, no hai duda, que el enfermo estimarà mas, à quien sepa con un ajustado remedio quitarle el mal, que à otro, que le diga, de donde puede haver tenido origen. Poco importa, à quien padece en una cama, saber como se produce la gota, ò

la

la jaqueca, si despues de haver hechado en el cuerpo todos los remedios methodicos, està peor que estaba, i el dolor mucho mas le aquexa. El engaño de los Dogmaticos, ò Galenicos, que se llaman Racionales, està en suponer el ser razon una falacissima congetura, i q̄ es ciencia positiva, una imaginaria hipotesis fuya. Por lo qual Galeno en muchos lugares confiesa, ser mucho mejor fiarse de sola la experiencia, que de una flaca razon. *Multò securiores Medicos esse, qui sola experientia nituntur, quàm qui dilutam illis rationem adjiciunt, ac multò præstiterit nulla, quàm infirma ratione uti.*

Todavia hai ciertos Medicos, que para remediar el desorden, que causa à su Arte la disonancia de tantas doctrinas, procuran conciliarlas: i si los modernos encuentran por la anathomia, ò con alguna propria particular experiencia, alguna cosa incontestable, luego van à buscar en Hipocrates, ò Galeno algun texto, que tenga alusion en la nueva doctrina; i en caso de no encontrarse palabras expresas para el intento, vienen à la postre à decir, que poco mas, ò menos

es una misma cosa ; i está tan distante del sentir de sus Authores, como lo negro de lo blanco. De aquí es, que con tantas glosas, i comentarios, se aumentan mucho mas las contradicciones, i variedades, con las quales multiplican los Interpretes las controversias, i hacen mas dificultosa la Medicina.

Quanto mejor huviera sido, que no huviese havido otra Secta, sino solamente la de los Empiricos ? I quanto mas se havrian adelantado los hombres con la simple experiencia en el Arte Medica, de lo que lo han hecho, valiendose de tantos, i tan desproporcionados medios ? Con la natural Philosophia de lo que aprovecha, ò daña à los enfermos, tendria ya cada clima, i cada Ciudad conocidos sus oportunos remedios, i los Medicos serian mas Medicos por sus curas, que lo son hoy en dia, porque ellos lo dicen ; pues no hai en el Mundo mas seguro Maestro, que la experiencia, i en las Artes conjeturales, la prueba es la que decide toda disputa. *Experientia est omnium rerum efficacissimus Magister.* (Plinius.) Por esto los
Chi-

Chinos medican con la mayor brevedad, i certeza las enfermedades; porque hasta ahora no solo se han valido de las puras observaciones, pero dudando, que un hombre solo pueda saber curar todos los males, hai algunas familias practicas en curar, unas un genero de enfermedades, i otras otra especie, siendoles prohibido entrar en la cura de aquellas dolencias, en que ellos, i sus antecesores no han hecho larga experiencia, i observacion; asi successivamente crian sus hijos, enseñandoles aquellos remedios, que en el curso de tantos años, i siglos han experimentado ser mas propios, i conducentes para sanar los pobres enfermos: i lo mismo practicaron los Egypcios, segun la relacion de Herodoto.

Con esto hemos visto, quan arduo sea el estudio de la Medicina, i quanto ha crecido la dificultad de esta ciencia con la discordia, i confusion de tantas Sectas, que han querido con diferentes, i entre si contrarios pareceres, explicar el sistema de la naturaleza. El idioma, con que ella dà à conocerse al Medico su ministro, no es el que nos fabri-

camos con nuestro capricho, sino el que discretamente puede aprenderse de sus efectos, i de su intrínseco modo de obrar. De otra forma, si no la tomamos por Maestra desde el principio, podremos bien llegar à ser Metaphysicos, pero nunca Philosophos naturales; porque su subtileza sobrepuja cō grande exceso la perspicacia del entendimiento humano. *Natura operatio ipsa per se ineffabilis, recondita, longèque nostra cognitione profundior.* (Galen. lib. de diæt. quod in utero.)

Aquel, pues, serà perfecto Medico, que se harà discipulo de la naturaleza : sus doctri-
nas no pueden dexar de ser verdaderas, i esta es la ciencia por donde un hombre se hace Medico, i sin la qual nadie puede llegar à entender esta Arte. *Natura scientia omni Medico necessaria.* (Hipp. lib. de vet. med.)

Observando la naturaleza, se conocen las enfermedades, i obedeciendola, se sanan. Quando los modernos huvieran llegado à desengañarse de tantas cosas, que sus Maestros suponian verdaderas, i tan razonables, si al cabo la Anathomia no les huviera hecho ver la fealdad del supuesto? Quando ha-

havrian podido conseguir con toda la especulativa la organizacion del cuerpo humano, si ultimamente no huviessem manoseado los cuerpos muertos para mirar los artificios, i las machinas, de que se sirve la naturaleza para mantener, i hacer vivir este pequeño mundo ? Los accidentes, que le combaten, no son mas, que desconciertos de las entrañas, i humores, que ellas engendran, por no cumplir fielmente su oficio. De esta forma crecen las indisposiciones de este tan noble compuesto, i se hacen mortales, al passo, que mas se apartan de aquella lei, que les impuso la naturaleza. Lo mismo conociò Galeno en el comentario de un aphorismo de Hipocrates. *A natura si aliquid recedat, quantus est recessus, tantus est morbus: si parvus, parvus; si multus, multus; si valde multus, lethalis.*

Serà, pues, el conocimiento, que tendrémos de la Medicina, à proporcion de nuestras observaciones; i otra tanta será nuestra ignorancia, quanta será la ciega fè, que presentaremos à las congeturas de otros. No por esso hemos de despreciar la verdad, si la en-

contramos en algun Author: pero debese
 bien reparar, que su fama no nos preocupe
 el entendimiento, de suerte, que las doctri-
 nas falsas tambien nos parezcan buenas.
 Sobre todo debemos considerar la facilidad,
 con que podemos quedar engañados, i de-
 xar en qualquiera enfermedad obrar por si
 misma à la naturaleza, administrandole los
 menos remedios, que sea possible, esto es,
 aquellos solos, de quienes hemos tenido
 mas repetidas experiencias. Con ordenar
 menos recetas, se cometeràn menos erro-
 res, i menos se trastornaràn sus sabias ope-
 raciones; i assi, el que observare estas adver-
 tencias, serà el menos ignorante, ò serà el
 Medico mejor, que los demàs. Por esso el
 prudentissimo Malebranché aconseja à los
 enfermos, se valgan de solos los Medicos,
 que no obran cosa alguna sin motivo, que
 poco se confian en sus remedios, i que no
 son tan faciles, i promptos en ordenar medi-
 camentos, previniendo, que no hagan prue-
 bas de sus caprichos, sino unicamente acom-
 pañan la naturaleza, solo corroborandola,
 quanto les sea possible: debeseles declarar
 el

el animo, insinuando, que se apreciaràn sus visitas à menudo, aunque no sirvan siempre de alivio; porque las mas veces hacen demasiado con no acarrearlos algun daño. *Credo igitur consulendos esse Medicos sapientes, qui temerè nihil faciant, qui de remediis suis nimium non sperent, quique ad prescribenda medicamenta non sint aquè animo promptiores, & cum morbo laboramus Medicum noscere debemus, nihil periclitari, naturam sequi, & illam, si fieri posset, roborare. Ipsi insinuare debemus nobis satis esse rationis, & patientie, ut agrè non feramus, quòd saepe nos invisat, quàmvis nobis nihil levaminis afferat; nam in his casibus illi satis agunt, qui nihil mali afferunt.*

(In illustrat. ad lib. 3.

de inquir. ve-
rit.)



DISCURSO IV.

*EN EL QVAL SE CONTIENEN
algunas advertencias para vivir, i
conservar la salud mucho
tiempo.*

EL mayor afasino, i homicida de los hombres ha sido el deseo de vivir largo tiempo, i de gozar una salud continuas; porque para conseguir esse intento, han empezado con mui falaces congeturas à phantasear, i chimerear muchas cosas, que mas les han sido perniciosas, que saludables. Muchos, pues, que se hallaban bien, por querer hallarse mejor, se murieron, i se acortaron la vida con lo mismo, que creyeron alargarla. O ! si para calificar esta verdad pudiessemos hacer, que saliessem de los sepulcros todos aquellos, que por essa causa murieron ! Sè mui bien, que la muchedumbre de phantasmas, i de cadaveres resucitados havia de ser tan numerosa, que pareceria ya la fin del Mundo, viendose reba-

Illic tantos esqueletos, que à coro lleno ha-
 rian resonar en todo lugar el miserable eco
 de una verdad tan mal conocida. I sin em-
 bargo todavia no advierte el engaño la re-
 publica humana; sino que unicamente se
 duele de su mala fortuna, i cree, que la natu-
 raleza no es la misma, que siempre ha sido,
 entendiendo, que ha degenerado de aquel
 ser primero, en que los hombres contaban
 muchos siglos mas, que nosotros lustros, i
 muchos años mas, que nosotros semanas.
 Dase credito à la edad de nuestros primeros
 mayores, la qual passaba de muchos siglos.
 Pues como despues se ha acortado tanto la
 vida? A la verdad la Justicia Divina siem-
 pre fue la misma, sin alteracion alguna; la
 Divina Providencia siempre es una: la na-
 turaleza, ella por ella, siendo la misma, en
 peso, numero, i medida, que la que siempre
 fue, i que en adelante será. Pero, haviendo
 el vicio variado el modo de vivir, ha hecho
 la vida mucho mas breve, i à la humanidad
 mas debil. Es observacion indubitable, que
 los Labradores, los quales se acercan mas
 al antiguo modo de vivir, son mas robustos,

mas sanos, mas viejos, i menos expuestos à muchas enfermedades, que los que vivimos en Ciudad, muriendo la mayor parte de ellos, mas por desconcierto, i consumidos de las fatigas, que por abatimiento de las indisposiciones enfermizas, i de la frecuencia de enfermedades. Segun esto, despues que los hombres se han retirado à las Ciudades, i han empezado à vivir entre la borrachera, i el ocio, se han hecho tan debiles de complexion, i esta tan delicada, i enfermisa, que qualquier calenturilla los vuelve ethicos, i qualquier alteracion de aire, por leve que sea, los contriba, i echa à perder su salud. De esta delicadeza viene todo el origen de una tan grande mutacion: como tambien buena parte de las calamidades, à que està sujeto el individuo humano: pues siendo todo su estudio complacer à los apetitos, i satisfacer à la destemplanza de los sentidos, ha sido preciso, que los vicios hayan crecido tanto, i consiguientemente con ellos las enfermedades: de donde contaminada la semilla del linage humano, i viciados en su primer origen los rudimentos de la vida,

pas-

paffin las enfermedades à los descendientes; como fuccession hereditaria; i afsi no es mucho, que fe hayan estrechado tanto los terminos de nuestra vida. I valga la verdad. Ahunque fea tan manifiesta la causa de la debilidad, i la brevedad de la vida, de que al presente gozamos; i ahunque fea patente la causa, porque fe han multiplicado tanto, i hecho tan familiares las enfermedades de los hombres: fin embargo, hasta ahora no han pensado los hombres en quitar el origen, porque enamorados, i bien hallados en los placeres, solo han intentado remediar sus malos efectos; imaginando, que es compofsible, fer viciofo, i fano; fatisfacer à la gula, al ocio, i à los apetitos, i al mismo tiempo gozar una perfecta salud, i larga vida. Pero como estas dos cosas fon entre si incompossibles, i totalmente opuestas; la experiencia les ha hecho ver, que el mas dextemplado, i el mas ocioso, es el que primero muere, i el que mas frequentemente es atormentado, de enfermedades. Afsi creyendo lograr una vida robusta, sana, i deliciosa, fe la hacen breve, i achacosa, reduci-
da.

da à terminos de un infeliz reposo. No hai duda , que si no prevaleciesse en nosotros aquella anticipacion de juicio, con que falsamente creemos , que deliciosamente se puede lograr la felicidad de este Mundo; renovariamos tal vez aquel siglo de oro, en que nuestros mayores vivieron pacíficamente; pero la presumpcion, ò mal uso de nuestra razon nos ha acarreado mas daño, que provecho.

Es certissimo, que si desapasionadamente queremos hacer reflexion sobre la manera de gobernarse de los demàs animales, nos verèmos obligados à confessar, que ellos se portan mucho mejor, que nosotros. Pues yo no leo en las historias, que el Ciervo, el Elefante, el Cuervo, i otros muchos viviesen antes mas, que al presente: i es mui cierto, que mantienen el mismo tenor de vida sin boticas, ni Medicos, sirviendose solo de aquellas reglas, que les sugiere cierto discernimiento natural del bien, i el mal, que nosotros en ellos llamamos instinto, i en nosotros discurso. I la razon de todo esto no puede nacer de otro, sino de haverse ellos

go.

gobernado siempre con un mismo dictamen, comiendo, i bebiendo las mismas cosas, i llevando unos mismos vestidos: de donde necessariamente viviendo del mismo modo, i con las mismas circunstancias, tanto los primeros, como los segundos, quiero decir, tanto los antenados, como sus descendientes, los unos naturalmente no podian vivir mas que los otros. Pero nosotros, con andar mudando en todo tiempo de manera de vivir, hemos trocado la largueza en brevedad de vida, i esta se ha abreviado tanto, quanto nosotros mas nos havemos alexado de la sencillez natural, i nos havemos aplicado à las invenciones, artificios, è inconstante phantasia de nuestro genio. Pues como curarèmos los males, que nuestra opinion ha hecho? No hablo aqui de los civiles, ni de los politicos, sino de aquellos solos, que son contrarios al goze de una perfecta salud. Sé mui bien, que por haverlos el uso aprobado, serà mui dificil darlos à conocer; porque à los que tienen el entendimiento preocupado de semejantes anticipaciones, ninguna razon les hace fuerza. Me aplicarè no obs-

tante, à esclarecerles la razon con una tan importante verdad.

Lo que mas me ha admirado, ha sido, vèr tantos Medicos, que han escripto innumerables volumenes, *de tuenda valetudine*, los quales si uno quisiere leer, se moriria antes, que pudiesse aprender las reglas para saber vivir. Esta es una ciencia, de que qualquier animal, inmediatamente q̄ nace, yà es Maestro. Unicamente el hombre no la entiende, porque con los escrúpulos, i dudas de su mente, se ha hecho ignorante. Duda de todo aquello, q̄ tan prodigamente le subministra la tierra, temiendo arruinar su complexion, ò con el sobrado calor, ò frialdad, ò con la demasiada humedad, ò sequedad de sus manjares. I asì con infinitad de phantasticas, è imaginarias qualidades, se han hecho sospechosos los inòcentes beneficios de la naturaleza. Yo al contrario, considerando esto, procurarè aqui enseñar aquellas advertencias, que me parecen necessarias, que las sepa el que desea gozar aquella salud possible, que la prudencia humana puede conseguir.

El cuerpo humano es una machina organiza-

nizada de innumerables partes, i todas ellas, por mas que tengan diferente estructura, con todo esto se dirigen à un mismo fin, que es, destilar los humores, mediante cuya circulacion, i nutrimento, vive el humano individuo. Dos son los principios, materia, i movimiento, de que es compuesto este admirable microcosmo, como tambien qualquiera otra cosa sublunar. La materia es una massa de innumerables, menudissimas, è indivisibles partecitas, à que diò el Criador diferentes figuras: i el movimiento no es otro, que un trabajador à lo musaico de todo lo criado. Este es, el que compone, i destruye los mixtos; el que une, y separa las cosas; el que dà, i varìa las formas; i por decirlo en una palabra, el alma del Mundo, ò la misma naturaleza. Si èl se pone en una semilla, le dà vida, suministrandole toda aquella materia, que despues tiene para ensancharse, segun las tres dimensiones de su especie.

Ahora dexemos à parte à los vegetables, i à los animales brutos, i passemos à discurrir de nuestra vida: i examinandola desde

su primer origen, vendrèmos mas facilmente en conocimiento de el verdadero modo de conservarla. Nace, pues, el hombre del hombre (en lo que toca al cuerpo, de que solo hablaremos) produciendo en el acto venereo, una quinta essencia epilogada de si mismos; y para que no se acordasse de su ruina, la naturaleza le hechizò con el placer del sentido, acrecentandole el deleite, quando el mas se disminuye à si. De este modo passa el humano embrion al utero de la muger, donde ingiriendose, à manera de engerto, con la vida materna, vâ poco à poco fazonandose, hasta que llega à estado, en que pueda yâ vivir introducida el alma. Desde este momento empieza nuestra vida, para cuya manutencion, ninguna cosa es tan conveniente como conservar la sangre en su movimiento natural, è ir restaurandola de las continuas perdidas, que ella hace con su infatigable circulacion.

A este fin el Omnipotente Architecto fabricò dos grandes conductos, por donde entrasse, lo que convenia para reintegrarla. El primero es la carnal, que llaman Traquea,

quea, por donde el aire, q̄ respiramos, entra, i sale. El segundo es el sofago, conducto, por donde entra todo lo potable, i comestible. La vitualla mantiene los humores en su proporcionada cantidad, i el aire su fluidèz, i movimiento, de cuyo quotidiano riego se alimenta qualquier parte del cuerpo. Siendo esto assi, yà havemos visto, que no es otra cosa la vida (sin hablar ahora del alma) que una reintegracion continua, i movimiento de la sangre; pues todas las veces que èl pàra, ò falta, se hace un immobile cadaver el individuo humano. Ahora que conocemos, en què consiste la vida, con facilidad descubriremos todas aquellas causas, que le pueden ser de impedimento, remediandolas, i precaviendolas de modo, que no puedan alterar aquel tan bien regalado sistema de la naturaleza, i consiguientemente nosotros gozarèmos una larga, i perfecta salud. Para comprehender todas las causas habiles, para resolver este tan noble designio, nos dexarèmos de metaphysicas subtiles, i nos serviremos de la mas sencilla, i mas prudente philosophia, haciendo reflexion sobre aquello, q̄ entra, i sale.

Dos son los ingredientes, que aumentan, conservan, restauran, i mueven esta hermosa machina del hombre, aire, i comida. Pero como estas cosas se componen de muchas partecillas eterogeneas, assi tambien la naturaleza se ha organizado varios intestinos , por los quales filtrandose aquellas, que son de su servicio, las retiene, i se sirve de ellas, i à todas las otras las echa fuera, como heces inutilles, i nocivas, yà por una, yà por otra parte, siendo infinitos los poros, i canales, por donde las puede arrojar. Mientras que nosotros respiremos un aire del todo perfecto, i nos alimentemos de buenas viandas, i salgan del cuerpo los excrementos, mientras duren, digo, estas tres circunstancias, se prolongará nuestra vida con una continua salud. Pero si alguna cosa de estas viene à faltar, à proporcion de su falta, irán procediendo las indisposiciones, i enfermedades.

El arte, que es el principalísimo medio, con que vive este microcosmo, por lo regular, es la causa de todos sus males; porque qualquiera minima alteracion de él, es suficiente.

ciente, para poner en desorden los humores, i los principios de la sangre, con cuya buena union, i armonia, se mantiene en salud. Por esto es menester examinar la esencia de este fluido, para que podamos venir en conocimiento de los malos efectos, que puede ocasionar en nosotros. Creyeron, i todavia creen muchos Philosophastros, que el aire es un elemento simple, de que se componen los mixtos. Pero los mas sabios Philosophos con sus quotidianas experiencias, han descubierto, que no tiene el aire simplicidad alguna, sino la ignorancia de aquellos, que la sueñan tal.

I valga la verdad: yo no puedo encontrar en la naturaleza cuerpo mas compuesto, que el aire. Què otra cosa es, sino una mezcla de efluvios, que continuamente transpiran de todos los cuerpos? O si no un seminario, un oceano, un caos de principios, de que se componen todas las generaciones sublunares. Así, pues, haviendo nosotros necessariamente de vivir en este ambiente, de dos maneras nos puede ofender, ò mediando el contacto extrínseco, ò mediando

la respiracion. Por tanto , si habitásemos en lugares pantanosos, i llenos de aguas estancadas, ò donde huviesse muchas concavidades subterraneeas, de las quales se exhalan mui malos esfluvios, mezclandose con estos nuestros humores, por medio de la respiracion continua, haràn, que prevalezca qualquier principio , desconcertandole de aquella buena armonia , i proporcionada mistura , de la qual depende toda nuestra salud.

Con el contacto igualmente puede constipar la cutis, de tal manera , que de la circumferenceia del cuerpo no transpiren los acostumbrados excrementos; los quales, retrocediendo àcia la sangre, suelen producir gravissimas enfermedades, ò bien malarla con los aculeos de pestilenciales exhalaciones, è inficionar à esse modo los demàs humores. De estas varias constituciones del aire procede la mayor parte de aquellos males, cuya causa por lo regular, ignorantemente se atribuye, yà à una cosa, yà à otra, que son del todo innocentes. Por esto Hippocrates, en su libro *de flatibus*, claramente ense-

enseñò, que de la mutacion del aire dependen todas nuestras miserias. *Subjiciam igitur mox, & illud, quod non aliunde unquam verisimile sit, morbos evenire, quàm ab aëre, si is, aut plus, aut minus, aut cumulatior, aut morbidis sordibus inquinatior in corpus se ingerat.*

Como harèmos, pues, para guardarnos de aquellos daños, que puede trahernos el ambiente? I como impedirèmos, que no entren en nuestro cuerpo los malos efluvios, debiendo por necesidad de la mechanica tragarlos con la continua dilatacion del torraz? A la verdad es imposible; de otra fuerte, si estuvièsse en nuestra voluntad guardarnos de esso, como lo podemos hacer de otros males, nosotros gozariamos una larga vida. No obstante, para consolar nuestra debilidad, la prudencia humana puede sugerir varias advertencias; con cuya diligente observacion se puedan remediar, si no todas las causas aereas del mal, à lo menos una buena parte de ellas. Porque procurando nosotros vivir baxo de un clima templadissimo, ò en un lugar, en cuyo dis-

trito no haya sino prados, colinas, i campañas fertiles de plantas saludables; de suerte, que con el continuo comercio de tantos vegetables, i exalaciones balsamicas, se purifique nuestra atmospheraz; en una tal situacion seguramente podremos respirar un aire perfecto, con cuya benigna comunicacion, sazonzandose los humores en sus vasos, i purificandose la sangre cada dia, se gozará igualmente de tranquilidad; de complexion, con una salud entera.

En lo que toca, pues, à las otras mutaciones de este fluido, las quales dependen de las influencias celestiales, de la intemperie de las estaciones, de la dañosa configuracion de los Planetas, de las ventosas correrias de estrangeros efluvios: todos estos males, que de semejantes causas pueden proceder, con un exactissimo gobierno, i dieta, i con aquellos preservativos, que la experiencia ha probado, que ayudan, i que son saludables, se pueden corregir, i hacer menos nocivos. Porque cada una de estas constituciones pesimas del aire, si encuentra cuerpo desordenado, i viciado, le conducirá à la muerte.

Mas

Mas si encuentra en un hombre mui regulado, aunque es verdad, que puede succeder le ocasionen un desconcierto interior, no será difícil poderse restituir à su primer estado.

Esta es la causa, porque en una epidemia, algunos mueren, otros enferman, i muchos continúan en gozar la misma salud, sin sentir en ella quiebra alguna; porque aunque sea comun el contagio aereo, no por esso dexa de obrar, segun las disposiciones particulares, que en cada uno encuentra. Descompone al uno, porque con él coopera el desorden antecedente, i aquella hereditaria mala complexion. Al otro, no hace mal alguno, porque resiste aquel reguladísimo modo de vivir, i el cuerpo bien organizado, i bien alimentado.

La causa mas familiar, porque enferma nuestro individuo, es la inconstancia de este flexible elemento; porque él es tan facil de mudar condicion, que por una poca lluvia, un poquito de viento, un nubladillo, un sereno se cambia, haciendose sentir, ya caliente, ya frio, ya humedo, ya seco; siendo tan indi-

indiferente para qualquiera de estas y i referidas qualidades, que aunque entre si son del todo opuestas, i contrarias, sin embargo, de un instante por otro se altera, i se muda el aire. Asimismo à cada ligera mutacion se dà por sentido el cuerpo humano, siempre que se desconciertan sus humores, ò por el movimiento, ò por perder el equilibrio de la debida expulsion, i consistencia,

I valga la verdad, tanta es la fuerza de las alteraciones del aire, que observando nosotros diligentemente algun termometro, de una hora por otra, se advertirà, que aquel poco fluido, se levanta, i baxa con admiracion de toda la Philosophia antigua; no sabiendo ella encontrar la razon de un fenomeno tal, sin recurrir al acostumbrado asylo de sus ocultas qualidades; pues si aquel licor, bien que hermeticamente encerrado dentro del vidrio, siente tanto el calor, ò frio del exterior ambiente; quanto mas se alterarà nuestra sangre, expuesta abiertamente al aire, que por todas partes se introduce, ya haciendola mas tenue, i rara, ya condensandola mas. Para guardarla de todos

dos estos inconvenientes, que de ello pueden proceder, no hai mejor cautela, que aligerarse, ò cargarse de ropa, segun la necesidad: porque muchas veces havrèmos experimentado, que despues que ha hecho en nosotros alguna impressiõ el calor, ò frio, nos han ofendido; de donde no hai necesidad de dexar el vestido de paño en el Estiõ, si es frio, ni de cargarse de ropa en el Invierno; si es templado.

En suma, es menester regularse, segun los grados del termometro, no segun los nombres de los meses: i sobre todo, no hacerse à ser tan delicado, que luego, que se sienta frio, se haya de correr à la chimenea, i quando calor, à la cantina; porque no pudiendose habitar siempre en el mismo lugar, i siendo preciso salir de quando en quando al sereno, es mucho mejor acomodarse à la condition del tiempo, i padecer un poco de frio en el Invierno, i un poco de calor en el Estiõ, i no passar à menudo de un lugar frio, à otro caliente, ò de un quarto retirado, al frio, proprio de la estacion. A esta tan facil mutacion del aire, atribuia Hipocrates

la ocasion de casi todas las enfermedades; i haciendo èl una exactissima observacion de la qualidad de los tiempos, anticipaba la noticia de la calidad de males, que havian de correr en la estacion venidera, como claramente se infiere de la session 3. de sus aphorismos: *Mutationes temporum maximè pariunt morbos, & in temporibus magna mutationes frigoris, aut caloris, & reliqua juxta rationem hoc modo.*

Despues de haver manifestado el daño, que causa la malignidad del aire al individuo humano, passaremos à investigar el daño, que puede hacer, lo que passa al estomago por la canal de la garganta. Tres son las cosas, que entran por el sofago de nuestro cuerpo, ò las que son alimentos, ò medicinas, ò venenos. Estos son derechamente contrarios à la salud humana, i asì como los primeros son los medios, con los quales se mantiene la vida: del mismo modo se pierde con el uso de estos, porque parando el movimiento de la sangre con repressarla, corroyendo con los aculeos de sus partecillas pequeñas las canales, por donde passa,
son

son causa, de que estragandose los humores, i moviendo uua guerra intestina, echen por tierra el ordenado sistema de la naturaleza, i la hagan incapaz de resistir à las violencias de sus contrarios. Las medicinas son un *medium quid* entre el alimento, i el veneno, participando igualmente del uno, i del otro; ò porque sabiamente subministradas, se convierten en saludables viandas, ò porque ignorantemente prescriptas, vienen à ser un mortal tofigo. Todo medicamento, que se subministra, si no corresponde à la indicacion del mal, es una estocada, que se tira al pobre enfermo, el qual si no muere, es, ò porque el golpe no es mortal, ò porque la naturaleza es superior en fuerza, i cura la llaga, que hizo la ignorancia del Medico.

Ahora vendreis en conocimiento, porque à este discurso, el qual enseña, como nos havemos de mantener sanos, haya anticipado aquel, que exhorta à atinarse bien en eleccion del Medico: porque nada aprovecharia à uno, haver estudiado todos los libros, que tratan *de tuenda valetudine*, i haver observado en todo, i por todo, una rigorosissi-

ma dieta, si estando malo, se fiasse de un Medico, que con una plumada le quitasse la vida. Es menester, pues, advertir, que no se debe tragar cosa alguna, que pueda ser dañosa al proprio individuo. En lo que toca al veneno, no creo, que haya quien sea tan necio, que no sepa guardarse. En quanto à las medicinas, el que menos toma, està mas sano; i asì, si no tenemos mui segura experiencia de su aprovechamiento, ò si no las manda tomar un Medico mui aprobado, è inteligente, lo mejor es no tomarlas.

Acerca del examen de las viandas, de que cada dia nos debemos alimentar, poco tenemos, que quebrarnos la cabeza; i aunque muchísimos Autores se han fatigado en señalar en cada una de las viandas los grados de frio, de calor, de humedad, de sequedad, ventosidad, solidèz, i de otras muchas qualidades; nosotros sin embargo no discurremos en ello, enseñando solo aquellas advertencias, que aprovechan para no acrecentar mayores escrúpulos à ciertos hipochondricos, los quales, quanto comen, lo tragan con miedo, i todo el dia no hacen
otra

otra cosa fino ir preguntando, si tal cosa es buena, ò mala, como si la naturaleza huviese sido, ò madrastra, ò poco provida en haver criado defectuoso aquello, que debe ser puro mantenimiento del cuerpo.

Nosotros, pues, daremos mil gracias à la infinita Providencia del Altissimo, que en copia tan abundante hace nacer tanta variedad de saludables, i exquisitas viandas, las quales en sì no tienen otra malicia, sino aquella, que les dà nuestro mal uso, ò nuestra voracidad. Asimismo, para que se entienda bien, todo lo que debe saberse sobre la eleccion de las viandas, es menester, que ante todas cosas se desengañe de una falsa opinion, con que se han preocupado el entendimiento, i creido ciertos Medicos del tiempo de Mari-castaña, dando à entender con una necia philosophia, que nuestro estomago es una olla, en la qual se cuecen los alimentos, mediante el calor nativo, ò con aquellos grados de calor, que en sì tienen las viandas, que se tragan; la qual sententia està tan lexos de la verdad, que sería mui facil probar, que la digestion se hace por

medio del frio: porque los abstemios, esto es, aquellos, que siempre beben agua, que es muy fria, comen mucho mas, que los que beben vino, que es caliente; i aquellos digieren mas cantidad de comida, que no estos otros: la qual experiencia debiera ser contraria, si fuese el calor el agente de la digestion. Que los abstemios sean mayores comedores, el mismo Hipocrates lo aprueba: *Aqua vorax, vigilia vorax, (de morb. populi)* i al contrario *vini potus famem solvit. (in aphorism.)*

Fuera de esto, el perro, que es un animal friissimo, i assi lo debemos congeturar, viendole temblar à menudo, i buscar el calor, i estàr muchas horas al Sol, ahun en lo mas ardiente del medio dia de Agosto, en poco tiempo digiere durissimos huesos, reduciendolos à perfectissimo chilo; i si esto huviesse de hacerse por el calor, era menester creer, que tendria un gran fuego al contorno del vientre. De aquellos pequenissimos peces, que encerrados viven en algun estanque, en el rigor del Invierno baxo del agua elada, no sería creible, que digiriesen
en

en medio del frio, porque, si mediante el calor cociesen los alimentos, fuera necesario un continuo milagro, que impidiese, que la agua apagasse aquellas centellas de fuego, que se podian soñar en aquellos cuerpecillos, siendo inseparable propiedad del agua el oponerse al calor, i extinguirlo.

Qual, pues, será la causa, sino el frio, de que en el Invierno comemos mas, que en el Estío? Si me responden, que en aquella rigorosa estacion del ambiente frio està concentrado nuestro calor, con el augmento del qual el estomago puede cocer mayor copia de comida, i que en el Estío, dilatandose fuera, por ello se digiere menos, que en aquella estacion; quando fuese así, havrian vencido la contienda, los q̄ sobstienen contra Hipocrates, debe se beber el vino mas generoso en los dias del Estío, i el aguado, ò ligero en los meses de Diciembre, i Enero. Fuera de que faltarian â su oficio los Provisores de la publica sanidad, permitiendo, que se venda agua fria en lo mas fuerte de la canicula, siendo esso perjudicial â la comun salud, porque encontrandose, según lo

presupuesto, desunido, i esparcido el calor del estomago, i debilitado, facilmente se podia sufocar, i extinguir por el uso de los refrescos, i bebidas frias: i quan falsas sean las mencionadas razones, lo manifiesta claramente la misma experiencia, siendo certissimo, que es saludable, i cosa, que ama el estomago el beber fresco.

Ahunque por esto parezca estàr ya establecido, ser la frialdad la causa eficiente de la digestion, i no el calor: sin embargo, ambas opiniones son falsissimas, porque hallandose algunos individuos, los quales mas facilmente digieren la carne de baca, que la de terneras; antes las viandas grueßas, que las que llamamos subtiles, i de facil digestion; otros, que han tenido por meses enteros en su estomago cierto genero de viandas, como legumbres, haviendo digerido con facilidad las otras comidas; si del calor, ò frialdad, dependiesse la digestion, por què aquel no havia de cocer las cosas mas tiernas, i este, no digerirlas indiferentemente todas? Es necesario, pues, que haya en el estomago otra cosa, que concuerde todas estas re-

pugnancias, i sea la causa de tan diversos efectos aparentemente contrarios.

La experiencia, i la razon, dos polos, sobre que se revuelve el sistema de la Philosophia moderna, seràn los que pondràn en claro la verdad de esta tan admirable operacion de la naturaleza. Observan los Anatomicos, que se encuentra en el estomago de los mas perfectos animales un cierto licor, ordinariamente de sabor acido, i por varias experiencias han venido en conocimiento, de que aquel jugo no puede ser otra cosa sino un menstuo dissolvente, del qual se vale la naturaleza para ablandar, macerar, i reducir à buen nutrimento las cosas comidas; porque constando aquel de partecillas agudas, i penetrantes, con pequeños picos se introduce, resuelve, i deshace la comida convirtiendo en chilo.

De la diversidad de estos acidos resolutivos nacen los mas de los efectos tan diferentes; porque fabricandose qualquiera individuo su menstuo particular correspondiente al proprio temperamento, de haì proviene, que uno digiere mejor, que otro; mejor

una cosa, que otra, i de una vianda recibe mas nutrimento, que de otra. De aqui es, que toda comida es en sí saludable, i todo el daño, q̄ por ella se causa, tiene su fundamento en nuestro menſtruo inhabil à macerarla. Ahora, con la luz de esta doctrina, será muy facil explicar qualquiera de las referidas dificultades, i no será maravilla, el ver, como en la variedad de viandas pueda haver una, que dañe, i no se digiera por espacio de muchos dias en el estomago, i tambien, como pueda uno mas facilmente digerir las cosas, que à nosotros nos parecen gruessas, i de mas difficil coccion, que otras delicadas, i mas tiernas.

Pero por hacer mas patente esta verdad, supongamos, que uno en su estomago tuviese agua fuerte por menſtruo: si esse tal tragasse plata, la podria digerir; i si oro, como aquella no es bastante à resolverlo, quedaria siempre por digerir. Al contrario, si tuviese en el estomago agua regia, digeriria el oro, i quedaria la plata en su mismo ser. Todo esto procede de la variedad de las sales, de que se componen essas dos aguas,
las

las partecillas de las quales, unas son aptas para penetrar las porosidades de la plata, i las otras las del oro. Lo mismo succede en las cosas, que comemos: si nuestro fermento es capáz de dissolverlas, en breve tiempo se reducen à perfecto chilo. Al contrario, se detienen en el estomago, hasta que el menstuo mude de naturaleza, ò las dissuelva, ò bien indigestas salgan fuera por una, ò otra via.

Toda nuestra salud depende de la buena qualidad de este fermento: si èl falta, ò se hace defectuoso, se ocasionan de hai molestissimas enfermedades, que no se curan, hasta que la naturaleza nos lo engendra nuevamente. Quan verosimil sea esta congetura, facilmente se puede colegir de un aphorismo del grande Hipocrates; *In longis levitibus intestinorum, si ructus acidus fiat, qui prius non erat, bonum est signum*, siendo indicio aquel regueldo, de que el ventriculo lo convierte en primera substancia de su menstuo, donde puede con facilidad recuperarse junramente la salud perdida. Asi tambien nos enseña à hacer un buen prognos-

tico à aquellos enfermos, que se alimentan con gusto : *In omni morbo, bene se habere ad oblata bonum* : porque es señal evidente, de que el estomago no ha perdido su temperamento, haciendo una buena digestion, de la qual principalmente depende nuestra vida. Fuera de que, sin la ayuda de aquel licor resolutivo, con què otra theorica se podrá explicar, que el Abestrùz digiera los metales, el Cisne la arena, i tantos melancolicos la tierra, piedras, carbones, vidrio, i otras cosas estrañas, como lo atestiguan muchos Physicos ? Entre otros, quenta Senerto de una muger, que en poco tiempo se comió una gran piedra, comiendo cada dia dos libras. Por cierto, que si el calor huviesse de cocer todo esso, sería menester, que la naturaleza en vez de estomago, le huviesse dado una fragua, donde se pudiesse cocer semejante materia.

Vease, pues, como se hace manifestamente inverisimil tal opinion, i queda claramente demonstrado, que este jugo acido es el agente principal de la digestion. El es tambien aquel, que nos causa la hambre, i
segun

segun su qualidad nos hace desear mas una cosa que otra. Así la experiencia nos ha enseñado servirnos de cosas acidas, como del agrio del limon, del vinagre, de la sal, i de otras cosas de semejante naturaleza, no solo para avivar el apetito, sino para poder digerir mayor cantidad de viandas; porque acrecentandose con esto el fermento del estomago, mas facilmente puede ablandar mayor porcion de comida. Por la misma razon, los que solo beben agua son mayores comedores, porque el agua abunda de mas acidos, que el vino, i no se ceban tan presto.

Bien entendido el orden de este tan importante supuesto, podremos observar todas aquellas advertencias, que en orden à la dieta pueden ser provechosas. En lo que toca à la eleccion de la comida, debemos comer sin escrupulo todo aquello, que nos agrada, i abraza el estomago, porque à uno, que està bueno, todas las cosas, que criò la summa, i singular Providencia de Dios, son convenientes: *Omnia sana sanis*, i seguir el parecer de Cornelio Celso: *Nullum cibi genus fugere, quo populus utatur*. La experiencia
ha

ha de governar la eleccion de las viandas; i las que están en uso, de las quales experimentamos provecho, serán las mas saludables, i por mas, que todos los Authores nos prediquen, que son las peores, sin embargo, nos havemos de servir de ellas, como de las mejores: i al contrario, si algunas otras dañan, debemos abstenernos, aunque todos los Medicos del Mundo las celebren por buenas: *Socrates monebat, ut caverent sibi homines à cibis, qui non esurientes, ad edendum, & à potibus, qui non sitientes, ad bibendum alliciunt.* (Stobæus serm. 99. de sanitate.) La tierra, i el Sol no hacen otra cosa, que sazonnarnos varias especies de frutos: despues el acido de nuestro estomago es, el que causa el provecho, i el daño, con una buena, ò mala digestion. Los manjares son como la cera, la diferencia de los menstros es el sello, que los hace parecer, ya de una, ya de otra qualidad.

No puede haver cosa comestible, que no pueda ser util, ò dañosa à algun individuo: si ella se acomoda à tu gusto, i estomago, comela sin reparo; porque: *Quod sapit, nutrit: guar-*

guardate solo de la demasia; en ella ahun lo mejor viene à ser peor, i totalmente contrario à la naturaleza : *Omne nimium natura inimicum*. Por esto debes huir ciertos guisados artificiosos, los quales te pueden tentar el paladar, i la gula, para que el apetito no quede engañado de la dulzura, i sin reparar excedas en tragar mas, de lo que puede sufrir tu menstuo; porque del exceso, no de la calidad de la comida, se engendran las enfermedades. Hipocrates, con dos advertencias mui breves, enseñaba à conservar la salud: comer poco, i no huir el trabajo : *Non satiari à cibus, & impigrum esse ad laborem*.

De aqui nació el proverbio, que si bien à primer vista parece inverosimil, es sin embargo una verdad clarissima: que quien come menos, come mas, que los otros; porque alargandose la vida, con una dieta regular, come mas que el destemplado, que luego muere por la demasia de sus excessos. Si tu observas estos dos preceptos, lograràs perfecta salud. El primero te enseña à comer unicamente, lo que es menester, i à dexar la mesa con algun apetito, que el poco, que

te queda, es indicio, de que el acido de el estomago es ahun superior, i tiene ahun actividad para rōper, i desmenuzar, lo que se huviere comido: pero si quedas saciado hasta rebentar, como dicen, aquella masa de viandas, que has tragado, sobrepujando à la actividad de tu menstuo, es causa, de que el chilo se haga imperfecto, i passe à viciar la sangre, en la qual se introduces; i maleando esta à los intestinos, por donde passa, se desconcierta el cuerpo, i provienen enfermedades.

El segundo precepto enseña à trabajar. Quan grande sea el beneficio, que resulta de la fatiga, es facil de comprehender, atendiendo à los Labradores, à los Artifices, i à todos aquellos, que hacen exercicio, los quales por lo regular se vè estàr sanos, i menos sujetos à aquellas enfermedades, à que estàn expuestos aquellos, que passan una vida ociosa, y perezosa. La razon de todo esto es, porque teniendo siempre en exercicio sus miembros, i por consiguiente en mayor movimiento la sangre, i à los humores, de este modo estos se purifican mas, i el cuerpo se alimenta mejor; i poniendose mas agil
expe-

expele mejor los excrementos. Así, que cumpliendo cada parte del cuerpo con su oficio puntualmente, no podrá dexar de gozarse una perfecta salud.

Ved ya, como haviendo tratado, de lo que entra en el cuerpo humano, es preciso decir algo, de lo que ha de salir. Para que pueda vivir esta hermosa machina del hombre, no solo tiene necesidad de la respiracion, i de la comida, si no que tambien necesita, de que todo aquello, que entra, salga fuera. De otra suerte, llenandose los vasos de jugos, se sufocaria bien aprisa el calor nativo, i se apagaria su llama vital. Por esto maravillosamente provida la naturaleza, conociendo, quan necessaria era la salida de la materia, que entrò, abriò puertas à millares en otros tantos poros. Hizo la cutis à manera de criba, à fin, de que los continuos movimientos de la sangre expeliesen fuera los vapores corrompidos : Fabricò tambien otros muchos conductos en las narices, en las orejas, en la boca, en los ojos, i otras partes, como tambien en los intestinos, por donde pudiesse salir la multitud de inmunicias.

Tal

Tal es la providencia de la naturaleza, en procurar la salida à los excrementos, que si tal vez no se pueden expeler por los acostumbrados conductos, los busca extraordinarios, i muchas veces se vale de las mismas enfermedades para librarles; porque tal vez los recoge, i madura en un tumor, ò si están mezclados con la masa sanguínea, enciende una fiebre para separarlos, i poder mejor expelerlos: i se vale de otros infinitos modos extraños, i maravillosos. De donde si la naturaleza es tan solícita en expeler los humores superfluos, es menester creer, que esto importa à la salud.

Para promover una tan sana intension, no hai medio mas seguro, que el exercicio quotidiano: *Oportet se frequentius exercere, siquidem ignavia corpus hebetat, labor firmat; illa maturam senectutem, hic longam adolescentiam reddit:* (Cornel. Celsus,) mas este no ha de ser, ni mui violento, ni mui penoso; sino moderado, i grato, como es el passeio, el baile, i cosas semejantes. Con el movimiento las articulaciones, i los musculos, las tendillas del cuerpo, los ligamen-

tos, que lo mantienen, se purifican, se hacen mas expeditos; i los vasos capilares no obstruyen. I assi como un relox se conserva mejor, i està mas fino, quando se mueve, que quando està parado; del mismo modo sucede à la machina humana, porque es necesario, que por la transpiracion insensible se evapore cierta cantidad de materia, proporcionada à aquella, que se introduce.

Observò Sanctorio en su estatica, que de ocho libras de comida, que uno puede comer en un dia, insensiblemente se transpiran cinco libras, poco mas, ò menos: de donde yo congeturo, que cada dia se renueva una quarta parte de la sangre; porque teniendo el cuerpo humano cerca de veinte libras con poca diferencia, evaporando cinco, para quedar despues en la misma cantidad, es menester, que del alimento se hagan otras cinco, i assi las otras tres, que quedan, saldràn por las otras canales, ò esguazaderos, como heces inutilles, i partecillas mas gruesas de la comida. Entre tanto, que dura esta proporcionada entrada, i salida de materia, el humano microcosmo goza de una salud perfecta

fecta; pero si come mas de lo que expele, ò expele mas de lo que come, de aqui provienen las indisposiciones particulares. Esta es la causa, por la qual aquellos, que mas se fatigan, comen mas, que los otros, porque consumiendo con el trabajo la mayor cantidad de humores, la provida naturaleza los hace mas hambrientos, pidiendo con el aumento del apetito mayor copia de viandas, para convertirlas en el capital de la sangre consumida. Lo mismo suele succeder à aquellos convalecientes, que en su enfermedad observaron una rigorosissima dieta.

Despues de haver examinado todo aquello, que entra, i sale de nuestro cuerpo, i es material; solo queda, que digamos algo de lo que es espiritalo, i poderoso, à alterar, i hacer perder la salud. El aire, la comida, i los excrementos, no son la unica causa, por la qual enferma nuestro individuo, sino que tambien hai otras, que dependen de la opinion; i estas se llaman passiones del animo, nacidas del amor, ò del odio, de diferentes objectos, ò de varia imaginativa de buena, ò mala fortuna; porque nuestra alma, como
quien

quien tiene por satelites à los espiritus corporeos, que son la parte mas volatil de la sangre, con facilidad recibe qualquier impression de las ideas del placer, ò del disgusto, que ella forma en la phantasia; de donde ellos por la intimidad, ò simpatia, que tienen entre si, se resienten à qualquier movimiento. Si demasadamente se alegra, corren apressurados por la jurisdiccion de sus nervios; i talvez desconciertan el regulado sistema del cuerpo: ò si ella se halla congoxosa, i triste, ellos mui melancolicos, i temerosos se retiran, buscando la soledad, i las tinieblas, con perjuicio de la salud.

Para remediar estas morbosas causas del animo, nada vale la Medicina, i unicamente aprovecha la Philosophia moral, enseñando à tener los afectos regulados baxo la conducta de la razon, i de la prudencia. Los dictámenes de estas son las riendas, con que se doman, i hacen menos sensibles las pasiones: de donde los espiritus hechos magnanimos, è imperturbables à qualquier mundo accidente, se mantienen constantes en su oficio, i asisten à la saludable armonia de su

nobilissimo individuo. Pero porque à mi no me toca hablar de esto, dexaré de tratarlo, conociendo, que valen mas algunos pocos documentos de Seneca, ò de Epitecto, que todos los antidotos, i medicinas de Esculapio: i me contentaré con haver hablado solamente de la materia, que entra, i sale del cuerpo humano, de la qual depende el nutrimento, i nuestra vida, haviendo enseñado aquellas advertencias, que es mas necesario, que sepa, el que desea mantenerse sano; como tambien haviendo hecho ver el engaño, de los que creen, que la digestion se hace mediante el calor.

En este discurso se descubren tambien las causas de las humanas indisposiciones, las quales si todas se pudiesen prevenir, i estuviessen sujetas à la prudencia humana, no sería tan debil, i breve nuestra vida. Mas porque de muchas, que dependen de varias condiciones del aire, el qual necessariamente debemos respirar, no podemos apartarnos, es necesario sujetarnos à todos aquellos desconciertos, que puede ocasionar el contagio aereo. Ya pues, que no podemos
 guar-

guardarnos de todos, procurarèmos à lo menos con la *dieta*, con el *exercicio*, con la *eleccion de un buen clima*, con la *quietud*, i *tranquilidad del animo*, disminuir los peligros, puesto que del todo no los podemos huir.

DISCURSO V.

SI ES MEJOR VALERSE DE MEDICOS modernos, ò Galenicos.

Esto no se disputa en la sabia Academia, i gran Metropoli del Mundo; porque quitada toda duda, luce la verdad por sì misma. Es bien cierto, que en algunas Ciudades, donde ahun reina el engaño, i maliciosamente triumphá la ignorancia, todavia la virtud no se ha podido dar à conocer; de donde nace, que los Galenicos estàn en mayor estimacion. Esto proviene, de que teniendo ellos de su parte la gente mas sabia, i al Pueblo de su natural contumáz, el qual con dificultad se aparta de los antiguos usos; i con mucha mayor mejora de condicion: no se dà lugar, à que los Medicos modernos ad-

quieran el credito, que merecen; ant es bien se aplican los mas subtiles estratagemas, para oprimirlos, i abatirlos.

La mayor ventaja, que llevan, es de tener sus parciales los Medicos mas viejos; porque reconociendo la authoridad, el respecto, i credito, que consigo trahen las canas, con defensado, i libertad pueden pronunciar como sentencia, qualquier desproposito, i por axioma, qualquier paralogismo; estando ciertos, que todo lo recibirá el vulgo como verdad infalible. Ellos como hombres advertidos, saben mui bien, que *Plebi non judicium, non veritas, non discrimen, non ratio, non intellectus*; i que para con el idiota estará en mayor estimacion una necedad, que salga de su boca, que cien verdades, que diga un mozo; porque ellos miden la sabiduria con la vara de los años; i naturalmente creen, que con la barba crece la doctrina, i que aquella tiene dos hijos mellizos, la vejez, i sabiduria.

Yo de ningun modo me maravillo de esto, porque es tan natural semejante engañó, que es dificultoso el repararlo. Pero me cau-

sa espanto, que la experiencia en cosa tan notable no sea bastante, para dar à conocer la verdad, i que la multitud de tantas exequias, i que el dolor de tantos contumaces, i de las cronicas enfermedades, ocasionadas de los abusos de la Medicina, no hayan penetrado los sentimientos de la prudencia humana, ni le hayan hecho advertir el perjuicio de su sencilla, i demasiado credula simplicidad.

No hai duda, que, para llegar à advertirlo, es menester un largo mira, i el conocimiento de una Philosophia solida; de otra suerte el entendimiento, del que està preocupado de falsas ideas, no puede discernir, ni distinguir la inteligencia, de la ignorancia, i tanto menos, quanto mas lleva consigo las buenas apariencias de aquella. Mucho menos puede hacer reflexion sobre los successos, ni es capaz, de que la experiencia le haga conocer el origen de todo el mal; porque puede mas el credito, que dà el enfermo al Medico, que no las heridas de sus mal aplicados remedios. De donde, teniendo ella de su parte toda la imaginacion, hace, que el misera-

ble se duela de la propria naturaleza, i no le dexa conocer el homicidio.

Mas si la experiencia no vale, ni es conocida la razon, como se podrá dar à comprehender la verdad de la controversia? I mas siendo tantos los engaños, en que està el Mundo. Para llegar al fin de esto, no hai camino mas expedito, como examinar el modo, que tienen de curar los unos, i los otros, los quales, ahunque tengan una misma intencion de sanar à los enfermos, sin embargo, por congeturar diversamente las causas del mal, se valen de medios totalmente contrarios para vencerlos.

De aqui es, que muchas veces juzgaràn los unos conveniente el sangrar, quando los otros, si se pudiera, añadirían sangre de buena gana; i así al mismo tiempo, que los primeros recetarían, por su modo de entender, cosas, que refrescassen, al contrario los segundos, propinarían remedios calientes. De esta contrariedad de opiniones, i modos de curar directamente opuestos, nace aquella confusión universal, de que muchos enfermos, además de estàr oprimidos del mal, tie-
nen

nen este otro mas, que dudosos no saben, què partido han de seguir, ni à què secta de Medicos aplicarse. De donde proviene, que irresolutos los abandonan, i dexan obrar à la naturaleza; i por solo el temor de engañarse, figuen innocentemente lo mejor. Sin embargo, lamayor parte del vulgo, en cuyo numero tambien se incluyen aquellos, q̄ aunque hayan tenido nacimiento ilustre, con todo esso no han salido de las tinieblas de la ignorancia, con la misma confianza retrocede, i quiere ser curada à la moda antigua, haciendole fuerza dos razones, que tienen una gran apariencia de verdad.

La primera es aquella de haverse practicado assi por el curso de muchos siglos: La segunda, la de haver algunos sido curados otras veces de esta forma. De donde les parece necesidad, querer fiar la propria vida de la experiencia de los Medicos modernos. Estos dos argumētos, quanto mejor parecen al idiota, tanto menos fuerza hacen à aquellos, q̄ tienen entendimiento perspicaz; porque el uso no canoniza las cosas, ni estas seràn verdaderas, i mejores, porque se usan. Quantas

de ellas se han descubierto yà ser falsísimas, cuyo fundamento depende unicamēte de la opinion, i de la demasiada credulidad de los hombres? Es politica, que se mantengan en buen credito muchas de estas, cuyo abuso redunda en publico beneficio. Pero aquellas, que son perjudiciales à la salud publica, no se pueden defender por ninguna parte; i Cipion Africano apreciaba mas conservar la vida de un solo Ciudadano, que passar à cuchillo muchos enemigos.

Por esto los Romanos, aunque fuesen mui detenidos, i circunspectos antes de admitir en la Ciudad alguna profesion, no obstante, oyendo, que la Arte Madica no tenia otro fin, sino recuperar la salud de los enfermos, engañados de sus promessas, la acogieron con universal aclamacion, i mui aprisa le dieron entrada; pero la misma politica, con que la recibieron, obligò à desterrarla; porque à expensas de la propria sangre, i desgraciada experiencia de sus Ciudadanos, aprendieron, que prudentemente debian tomar alguna providencia. De alli nació, que desterrando los Medicos de la Ciudad, introdu-

dugeron la verdadera Medicina, i por espacio de 600. años, fue el curalo todo aquel destierro, haviendose librado de esse modo de todos los abusos del Arte: *Sicut Populus Romanus ultra sexcentesium annum, nec ipse in accipiendis Artibus lentus Medicina, vero etiam avidus, donec expertam damnavit.* (*Plin. lib. 29.*)

Asi Roma restaurò el credito, que havia perdido, con una tan sabia deliberacion, i le adquiriò la emienda mas alabanza, que desprecio el error. Porque un engaño aparente, es facil de impresionarse en la opinion de los hombres; pero una vez introducido, es otro tanto dificultoso el reconocerle, i emendarle. Esta dificultad, que tienen los abusos de ser desarraigados de la plebe, tiene fuerza de razon; pero para los hombres doctos no sirve sino de argumento, para probar su poca prudencia, i flaqueza de entendimiento.

En quanto al otro argumento de haverse medicinado otras veces à la moda Galenica, i haver curado, ya queda bastantemente demonstrado en el primer discurso la falacia

ed

de esta consecuencia. Quien puede jamás averiguar, que los remedios suministrados hayan sido antes provechosos al enfermo, que contrarios? El haver sido curados no prueba, que hayan sido buenos, porque, aunque fuesen malos, podía succeder lo mismo. Las heridas no son todas mortales, ni toda mala receta es suficiente para matar. Desgraciados los hombres, si à cada medicina, ò sangría mal ordenada huviesen todos de morir. Valgame Dios! i que presto se despoblarían las Ciudades.

Para reparar una tan miserable destrucción, diò fuerzas la providencia à la naturaleza de cada individuo, para resistir, no solo à las proprias indisposiciones, sino muchas veces al daño, que puede ocasionar la ignorancia del Medico. Pues supongamos, que la naturaleza de un individuo tenga por sí mismo las fuerzas, que bastan para vencer doce grados de mal; i supongamos, (como puede succeder) que se halle affaltado de una enfermedad, la qual con todo su natural crecimiento no pueda tener mas, que seis grados, esto es, la mitad de las fuerzas, que hemos

mos supuesto, que tiene la complexion de aquel particular. Llamefe à la cura de este enfermo un Medico, que ignorantemente le recete remedios mui contrarios; de suerte, q̄ despues en la primer medicina, el mal suba un grado mas de fuerzas; otro mas despues de la sangria, i asfi por el orden de los medicamentos mal recetados, vayan siempre de augmento los grados de la enfermedad, hasta poner, además de sus seis grados, otros cinco, que en todo vendrán à ser once grados de mal, por lo qual el pobre enfermo llegaria al ultimo estado; con todo esto no tiene duda, q̄ ahun sanaria, porque le havrian quedado fuerzas ahun superiores à las de la supuesta enfermedad.

Curado este tal, se podria decir, q̄ las medicinas, i la asistencia del Medico havrian sido la causa de que èl recuperasse la salud? A mi me parece, que se debia afirmar lo contrario; i que no solamente le havia procurado el Medico el alivio, si no que antes por su parte no havia dexado de executar todo lo que pudiera servir, para quitarle miserablemente la vida. Vease pues, como pueden ser

ser falsas las razones ya referidas , i à este modo qualquier otra, que pudiesse alegarse en defensa de los Medicos Galenistas. Estas mismas, con otras de mayor fuerza , se prohibaban à la gente mas docta; pero como esta es mas capaz de descubrir la verdad , assi no ha sido dificultoso à los Professores modernos el convencerlos , i obligarlos con la razon à mudar de parecer , i hacerlos de el partido de la nueva doctrina,

Si el idiota à lo menos tuviesse la fortuna de conocer la flaqueza del proprio entendimiento , i que en las cosas , de que no es capaz, se sujetasse al juicio de los hombres mas adelantados en los estudios , lograria el mismo beneficio. Pero no teniendo esta discreccion, su misma ignorancia le hace estàr mucho mas contumaz en su mismo perjuicio. Pero adelantemos mas nuestro assumpto, para que con mayor evidencia se pueda decidir esta question.

Es indubitable, que aquellos Medicos serán los mejores, que entienden mas , i conocen mejor la estructura del cuerpo humano; aquellos , que saben dar razon de su modo
de

de obrar, que mas satisfacen el entendimiento, i mejor, que los demás, advierten las necesidades de los pobres enfermos, sabiendo suministrarles mas à propósito, lo que necesita su mal, para que bien aprisa restauren la deseada salud. Nada de esto puede hacer, quien no es moderno: Luego solo los modernos seràn los Medicos verdaderos, i los mas sabios ministros de la naturaleza; pues para obrar con razon en el Arte Medica, i curar los enfermos, es menester saber muy por menudo, no solo el sitio, i la figura, sino tambien el uso de qualesquiera intestinos del cuerpo animado; como tambien en que consista la armonia de este microcosmo, para conocer de haì los desconciertos, i poder descubrir de los sintomas, i diferentes efectos de las enfermedades las varias causas, que las producen, i despues la actividad de los medicamentos, de que debe valerse, para atajarlas.

Quien puede comprehender todo esto mejor, que el Medico moderno? Puesto que èl tiene noticia de los nuevos descubrimientos anothomicos, de las demonstraciones de

una bien fundada *mechanica*, de tantas luces de la nueva *Philosophia experimental*, de la eficacia de los remedios *chimicos*, del uso de los *microscopios* perfectísimos, con que llega à ver hasta la figura de las mas minimas *partecillas*, de que se componen los mixtos. Sin todas estas tan necessarias noticias, quien no vè, que será curar ciegamente, i que el servirse de tales *Medicos* es poner à riesgo la propria vida, ò buscar mayor mal, quando queremos librarnos de èl? Quede pues sentado, que es mejor, ò menor mal, servirse de los modernos, que de los meramente *Galenistas*.

Yo no quiero estenderme aqui en probar à la larga con razones *Medico-physicas* una verdad tan clara, assi porque la gente mas docta bastantemente està desengañada, como tambien porque hai ya tantos libros, en los quales està rechazadas las *theoricas* antiguas de esta *Arte*. No obstante procurarè desengañar à algunos, que no pueden concebir, que el Mundo haya podido haverse engañado tan neciamente, haviendo hecho tanta estimacion de un *methodo* de curar

mas perjudicial, que saludable á la Republica humana.

Para advertir bien un engaño tan arraigado, es menester averiguar, donde tiene su origen ; porque de otra suerte no se podrá declarar este abuso. El ha nacido de la ignorancia del interès, de la malicia de los mismos Professores. Estos viendo, que para ser Medicos , basta tener el nombre , i la edad, han ideado un modo de curar, que les fuesse el mas facil, el mas util, i mas aparente. Tal es puntualmente el q̄ practican los Galenistas de nuestro tiempo , como lo havemos demostrado en los antecedentes discursos. Para que se creyesse mejor este methodo, acordaron de publicarse sequaces de los antiguos, valiendose de su auctoridad, para cano- nizar qualquiera operacion suya. Se han valido del respecto de la antigüedad, para conciliarse mayor credito, i hacer à los Pueblos mas confidentes.

Se persuaden muchos, que en la fabrica de los hombres de aquellos primeros siglos puso la naturaleza mas cuidado , i mayor solici- tud, que la que pone al presente , i lo que

es una sospecha de su imaginacion, lo juzgan realidad, i no se pueden persuadir, à que los sucesores jamás pudiesen excederles: i à la verdad, cada dia lo vemos sensiblemente en muchas otras ciencias. Es certísimo. que las letras, i la Philosophia, aunque hayan tenido sus veces, i haya havido tiempos, en que hayan florecido mas que en otros, i en que los hombres se hayan fatigado mucho para penetrar las especulaciones naturales; como tambien, que ha havido otros tiempos, en los quales ha triumphado la ignorancia, i aquellas se cultivaron mui poco: mas no por effo ellos nos han mudado la organizacion, ni ha bastardeado su estirpe, haviendo solo variado la voluntad, i la inclinacion, ò por haver sido diversamente educados, ò por otras causas. De donde quieren creer, que, aunque en los siglos antecedentes haya havido sugetos de grande inteligencia, cuya verdadera doctrina, ò se perdió, ò corrompiò; i que el tiempo, como dice el gran Bacon de Berulamio, à manera de un rio las ha arrebatado por el transcurso de los siglos, i ha sumergido las mas solidas, i macizas.

Asi

Asi puntualmente parece , que ha sucedido en nuestros Galenistas , los quales por mas que digan , que siguen al grande Hipocrates, citando cada instante sus aphorismos, si se observa el exito infeliz de sus curaciones, i su diferente modo de curar, estàn ellos tan apartados, i tan opuestos, como las tinieblas, del medio dia, no teniendo de Hipocraticos, sino solo el nombre, i toda la sustancia de verdaderos Hypocrytas: Porque hacerse discipulos de un hombre tan grande, ha sido un puro artificio para grangear el credito, que de otra suerte les fuera dificil poder conseguir.

Al contrario los modernos, de quienes siempre fue *amicus Socrates, Amicus Plato, sed magis amica veritas*, no teniendo otro fin, ni otro adalid, que una razon fortalecida de la experiencia , i que por esso sus doctrinas no pueden en todo conformarse con las antiguas; con todo esso ellos se acercan mucho mas al methodo practico de Hipocrates: porque el curar à lo moderno unicamente consiste, en procurar mantener las fuerzas de la naturaleza, i en socorrerla à su tiempo con

los remedios, quãdo ella por sì sola no es poderosa à vencer las enfermedades , como quiere el ya citado Author.

La curacion de aquellos, que tanto se desvanecen en ser sus sequaces, no consiste, sino en quitar desde el principio las fuerzas con repetidas purgas, i sangrias , i despues de debilitada, socorrerla con cordiales , que no tienen mas virtud , que dar ganancia à los Boticarios. Con el valor de las piedras preciosas , i del oro , dan reputacion à la cura; porque el vulgo cree, que el remedio es tanto mas eficaz, quanto mas costoso. En suma, parece , que estos solo han tenido la idea de buscar la apariencia del Arte, i no la Arte misma; dar à entender, que hacen una grande cosa con la abundancia , i precio de los medicamentos, preocupar con la hypocresia de la mayor sollicitud el entendimiento de los hombres , i hacerse esclava à la comun creencia; empleando todo el estudio en medicar la opinion, i no el mal.

En esto consiste toda la Arte , i todo el mal de los Galenistas; porque, por acreditar-se de diligentissimos destruidores de las en-

fermedades , i para hacer mas sensible su medicina , se valen del hietro , i del fuego ; sabiendo ellos, que el idiota cree , que los mejores Medicos son, los que sin compasion alguna desuellan , i martyrizan à los enfermos; asì, quanto mas les multiplican las heridas, tanto mayor aplauso consiguen, estando seguros , de que, ahunque los infelices mueran, quedará à los parientes el consuelo de haver hecho todo lo possible , i de haver empleado toda la municion de la Facultad Medica para curarlos; ò bien si sanan, redundará todo en alabanza suya , porque aquella salud, que regularmente es obra de la robustez de la naturaleza, se atribuye à las operaciones del Medico, por mas , que muchas de ellas hayan sido mas nocivas, que favorables à los enfermos.

Siendo esto asì, no podia Alonso Lopez, Medico de Carlos V. describir con phrasas mas expressivas semejante modo de medicar de dicha raza de Medicos , que las que aquí repetirè. *Isti enim, vel in levissimis affectibus, suos infirmos suppliciis infinitis injustè puniunt: dieta exquisitissima necant, pharmacis moles-*

*tissimis replent, crudelibus cucurbitis. & urūt,
 & secant, aliaque multa patrant, quæ capere me-
 moria est impossibile: & quod nobis indignatio-
 nem magis movet, ab errore, crimineque merce-
 dem accipiunt, ac punitionis loco præmia non
 exigua capeſcunt: laudantur, quòd auxiliis
 multis adverſus morbos pugnaverint. & ſani-
 tatem attulerint, quàm natura attulit ſola,
 etiam ipsis repugnantibus, nam, quæ fortis eſt,
 non modò affectiones leves ſanat, ſed etiam
 errores inertium Medicorum corrigit. (in prog-
 noſt. Hipocrat.)*

Quereis vèr mas para perſuadiros, final-
 mente, à que el Arte de eſtos conſiſte en en-
 gaños? Haced reflexion en el ordinario me-
 thodo, que practican eſtos falſos ſequaces de
 los antiguos, i obſervad, como al principio
 de la curacion de qualquier enfermo, luego
 le recetan una medicina, que ellos llaman mi-
 norativa, i los Modernos deſtruye eſtoma-
 gos; i eſta con el fin de limpiar la primer re-
 gion. Verdaderamente, ſi ſe mira à ſu buena
 intencion, i ſi ſuccedieſſe aquello, que ellos
 ſueñan, los enfermos podrian eſtår de buen
 aire: porque en breve tiempo recuperarian la
 ſalud

salud perdida. Pero, como no conocen, ni la disposicion del cuerpo humano, ni la fuerza de los medicamentos, acaece, que muchas veces succede lo contrario, de quanto han prometido.

Mas donde han aprendido, que las medicinas hayan tenido jamàs tal propiedad de limpiar? Es facil darlo à entender, à los que no son de esta Arte; porque viendo salir los excrementos, se afirman mucho mas en su dictamen: Afsi, quanto es mayor la operacion, juzgan, que la Medicina es tanto mas favorable, i que ha limpiado mejor el cuerpo. Estos tales no saben, que los purgantes tienen fuerza de convertir los buenos jugos en malos, los humores sanos en materia podrecida, i que todo aquello, que encuentran afsi en el estomago, como en el lugar, de donde se conduce à los intestinos, lo pueden corromper, i hacer de malissima calidad: que si pudiesen llegar à comprehenderlo, me persuado, que no serian tan necios, en vencerse à tomarlos.

Para que vengan, pues, en este conocimiento, quiero, que la misma experiencia

les sea Maestra, i que una razon natural se lo demuestre claramente. Un individuo, para que se conserve sano, es menester, que sus humores se mantengan en tal bondad, i fluidèz, quales se requieren para cōservar aquella armonia, de que depende la salud humana: de otra suerte es imposible, que se halle bien, i que no se llene de jugos malos, i podridos. Ahora con esta advertencia hagase la experiencia siguiente. Tome-se qualquiera purgante medicamento, i aquel mismo en la misma forma, i cantidad administrese à dos individuos, uno de los quales estè perfectamente sano, i el otro enfermo, i se observará, que sale copia de heces de entrambos: de manera, que si acaso succedièssè, que la evacuacion del enfermo fuesse mas copiosa, que la del sano, esto deberia creerse, que succedia, no porque la medicina no huviesse exercitado igualmente su fuerza en el uno, que en el otro; sino porque la naturaleza del sano, hallandose mas vigorosa, que la del malo, para poder resistir à la violencia del purgante, daba menos lugar à la operacion de este en el uno, que en el otro.

Si esto es así, quien no infiere ser cosa tan
 ajena de la verdad, que los medicamentos
 limpian el cuerpo, que antes bien es cierto,
 que lo ensucian; puesto que no admite du-
 da, que si antecedentemente à la purga, se
 huviesſen hallado en el ſano todos aquellos
 excrementos, que despues ſalieron; aquel in-
 dividuo no huviera logrado una ſalud per-
 fecta. Es neceſſario, pues, inferir, que los
 produjo la purga, pues no eſtaban antes. Eſ-
 ta es la cauſa de la debilidad, i deſganas, que
 provienen à aquellos, que eſtando ſanos, por
 hallarſe mejores ſe purgan; porque corrom-
 piendoſe por la malicia del purgante los hu-
 mores buenos, no pueden aquellos indivi-
 duos dexar de reſentirſe, i perder algunas
 fuerzas, contaminandoſe les parte del chilo,
 i aquellos jugos, de que depende el refaci-
 miento de las cotidianas pèrdidas de ſangre,
 i conſumo de los eſpiritus. Conocieron los
 antiguos eſta verdad; eſto es, Aſclepiades, i
 el miſmo Hipocrates, como ſe vè en ſus
 aphoriſmos: *Sana habentes corpora, dum me-
 dicamentis purgantur, citò exſolvuntur: item-
 que, qui pravo utuntur cibo; (Aphoriſ. 36.*

secr. 2.) queriendo interir, q̄ igual daño causan los medicamentos purgantes, que las viandas de mala substancia; siendo lo mismo tener molos jugos en el cuerpo, que hacerlos malos con la Medicina, si son buenos.

Visto, pues, que las medicinas hacen à los buenos malos, solo queda por averiguar, si pueden hacer buenos à los enfermos. Si ellas tuviessen la discrecion de purgar unicamente los malos humores, i dexasen estàr à los buenos, serian siempre provechosas. Pero como no tienen discernimiento para separar lo bueno de lo malo; por esso de ordinario son perniciosas. Por lo qual, si havemos demostrado, que dañan à aquellos, que gozan una perfecta salud, mucho mas dañarán à los debilitados, i enfermos. Sin embargo algunas veces, bien que pocas, pueden los purgantes ser convenientes al principio de las enfermedades. Discretamente lo dice el Grande Hipocrates: *Rarò in principiis medicamentis uti oportet: atque hoc cum magna præmeditatione faciendum.* (*Aphorif. 24. prim. 5.*) Enseñando tambien, q̄ ahun en tal ocasion debe pensar el Medico mui bien, si es

conveniente, ò no, recetar al enfermo alguna medicina.

Diganme, pues, ahora, los que blasonan ser apasionados à la doctrina antigua, què razon tienen para recetar al principio de qualquier enfermedad medicamentos purgantes? Aquella de limpiar la primer region, ya he probado, que es vaníssima, i contraria, no solo à la authoridad de los antiguos, sino tambien à la razon natural, i à la experientia. Tienen otra, que piensan ser incontrastable, i es, que los purgantes, q̄ hoi se usan, no fueron conocidos antiguamente, los quales siendo unos lenitivos suaves, se pueden recetar à qualquier enfermo.

A esto respondo primeramente, que es falsísima la consequencia, que infieren, esto es, que porque no fueron antiguamente conocidos, se deben ordenar ahora; queriendo Hipocrates, i la razon, que no se suministre algun remedio, que tenga fuerza purgante: *Medicamenta purgatoria dare non oportet.* (*Hippocrat. de medic. purgani.*) Les de advertir, que habla en general de todas aquellas cosas, que pueden mover al cuerpo; esto es,

no solo de los medicamentos, sino tambien de las mismas viandas, que pueden obrar lo mismo, con el uso excesivo, como lo avisa en el mismo libro: *Quare fieri non potest, ut quis medicamentis confusus ea temerè exhibeat, nam & cibos nos alentes medicamenta esse putandum est, siquidem, qui modum excedunt, purgantur, velut à sinceris medicamentis.*

Las razones, pues, de no haverse de recetar al principio de las enfermedades los remedios purgantes, son muchísimas. Primeramente, porque la naturaleza no tiene siempre necesidad de purgarse. Segundariamente, porque al principio los humores, como ellos mismos dicen, no están cocidos. Terceramente, porque se confunden, ò se perturban las buenas intenciones de la naturaleza, i por el temor de no desconcertar el estomago, fastidiar el apetito, hacerle perder las fuerzas de manera, que no pueda resistir à la violencia del mal; i por ultimo, por otros muchos daños, que pueden acarrear las medicinas, los quales son bien notorios; i por esso regularmente en vez de disminuir-

se

se las enfermedades, se aumentan, i se ponen de peligro.

Veo, que algunos podrán instar con esta dificultad: Luego los pobres enfermos, que padecen estitiquèz, parte por el calor de la calentura, parte por estàr en la cama, no havrán de tomar algun remedio, que tenga fuerza de aliviarlos de aquellos excrementos, que cotidianamente se engendran en los intestinos? Previendo Hipocrates esto, i la necesidad de la naturaleza, acuerda el uso de los clisteles, no porque estos sean siempre saludables, sino porque pueden causar menos mal, i ser menos peligrosos: *Verrum si alicui opus fuerit, infusum per clysterem adhibere potes, hoc enim minoris periculi est.* (lib. cit.) Pues si Hipocrates tenia reparo de ordenar un pequeño lavativo, quanto mas se huviera guardado de recetar la casia, el jarabe rosado, i todas las otras cosas de esse genero, que los antiguos ignoran? Por esto enseñan las antiguas doctrinas, que al principio de las enfermedades se deben abstener los Medicos de qualquiera medicina purgante, quando la materia morbosa no

sobreabunda; lo qual succede rarissimas veces: *Nisi materia turgeat; plerumque autem non turget.* (*Aphorif. 22. prim. 5.*)

De manera, que solamente entonces pueden ser las medicinas convenientes, quando en el estomago se halla cantidad de materia indigesta, que, no pudiendo digerirla la naturaleza, quiere ser aliviada de aquel peso, de que se halla oprimida. Pero recetar purgantes al principio de qualquier enfermedad, esso no es remediar al mal, sino augmentarlo; ocasionando mayor desorden à la naturaleza, viciandole mas los humores, divirtiendola de su crisis, i confundiendole sus designios.

De no ser bien entendidas semejantes doctrinas proviene, que los Galenistas hacen à los enfermos dos imponderables daños. El primero es, que, quando se ha de purgar alguno al principio, ellos prescriben un genero de minorativas, que no teniendo tanta fuerza, quanta se requiere para aligerar la naturaleza de la copia de los humores pecantes, augmentan la confusion, i el desconcierto, sin lograr algun alivio. El se-

gundo daño es, que purgan quando no hai necesidad de purgar. De estos dos engaños se acordò Cardano, comentando los aphorismos de Hipocrates: *Medici nostri temporis in utroque praecepto aberrarunt: nam & in non turgente materia purgant, & in turgente alvum solum lenientes, etiam purgantes occidunt agros, causa, quòd Medici tam saepe aberrant ab hoc scopo, & quòd, dum sunt juvenes, verentur, si non purgent, ne pro imperitis habeantur.* En estas palabras dà Cardano la razon del origen de este abuso, diciendo, que los Medicos siendo juvenes, parte temiendo ser tenidos por ignorantes en caso de no purgar à los enfermos, por la mayor parte de aquellos, à quien parece estàr mal medicados, los que no andan bien corrientes de cuerpo; parte engañados de quaquier razon aparente, continúan, i se acostumbra al mismo error.

De aqui proviene, que envejeciendo despues, ordenan del mismo modo, que en sus primeros años, i su larga practica, i edad no han obrado en ellos, sino hacerlos mas obstinados en sus errores; pero no les han he-

cho medicar con mas seguridad. De esta fuerte se ciegan de tal manera en semejante abuso, que si lo lleva la ocasion, practican lo mismo consigo propios, i con las personas, que mas aman. *Plures tamen Medici sequentes consuetudinem à juventute contractam, in errore perseverant; adeo ut etiam se, suosque, si casus se offerat, ut frequenter accidisse vidi, perimant: plurimum ergo debemus huic aphorismo, quandoquidem vel cum ipso adhuc adeò male audiant Medici, ut dicere soleant Medicos plures occidere, quàm sanare. Quod si hic obex non esset, haud dubito, quemadmodum Romani fecerunt, Vrbes ejecturas esse Medicos publico decreto. (Ibidem.)*

De todas las referidas razones, i autoridades debemos legitimamente inferir, que qualquier cosa purgante por leve, que sea, si no se dà con todas aquellas cautelas, è indicaciones necessarias, que prescribe Hipocrates, i pide la razon, puede echar à perder al enfermo, i poner la enfermedad en mui mal estado. La misma casia, que esta especie de Medicos tiene por tan benigno remedio, he visto, que muchas vezes ha ocasionado gran-

grandes desconciertos, i precipicios à los enfermos; de modo, que no me causa admiracion aquel lugar de Libario, donde hablando de la casia, afirma, haver descubierto todas las señales de veneno en aquellas personas, que la havian tomado: *Memini non defuisse, qui cassia sumpta, omnia pateretur, quæ illi, qui venenum hauserunt.*

Con todo esto, es tanta la satisfaccion, que tienen los Galenistas en su rancio methodo de medicar, que ni ahun los exitos desgraciados les hacen advertir el engaño: i si los enfermos, despues de haverse purgado, se quejan, de que se les ha augmentado el mal, luego los animan, diciendoles, q̃ aquella es buena señal, siendo indicio, de que el remedio ha batallado con los humores pecantes, que estaban ocultos: i que por esto es preciso, que la naturaleza se altere, i que suceda en ella como un tumulto. Con estas, i otras aparentes semejanzas dãn à entender el mal por bien, i venden el tofigo, como si fuesse balsamo. Ahora sabreis mejor, como pueda ser buena señal, el q̃ despues del efecto de los medicamentos se augmente el mal. Si
 estos

estos tienen propiedad de dañar, porquè al contrario fiais, que luego que los recibe el enfermo, encontrará alivio? I si es verdadero aquel axioma de los Peripateticos: *Contrariorum eadem est ratio, ac disciplina*, se deberá colegir, q̄ si es buena señal, que los remedios hagan mal; al contrario será mala, que hagan bien.

De la falsedad de esta propia, i necessaria consecuencia, infiero este dilemma: ò que es necesario, que tenga una gran fuerza en la phantasia de los hombres semejante engaño, ò que es mui grande su ceguera, puesto que unas experiencias tan visibiles no les hacen advertidos. Lo cierto es, que pide la razon, i muchos aphorismos de Hipocrates, que las enfermedades se deben minorar luego, que obra el medicamento; porque, ò es verdad, que el remedio ha expelido el humor pecante; ò que ha corrompido, i revuelto los humores, trocándolos de buenos en malos. Si lo primero es verdad; esto es, si se ha disminuido la causa del mal, deberá el enfermo sentirse aliviado. Mas si es lo segundo, es preciso, que la enfermedad, se haya puesto peor,

peor, i que la medicina se haya aplicado malísimamente. *Si qualia purgentur, qualia purgari oportet, confert, & agri leviter ferunt; sin minus, è contra; ò bien, como dice en el libro de Arte: Quæ profuerunt, ob rectum usum profuerunt. Quæ verò nocuerūt, ob id, quòd non rectè usurpata sunt, nocuerunt. (Aphor. ult. p. 5.)*

Con otro engaño procuran estos desgraciados Medicos consolar à los miserables enfermos; i es, que, quanto mayor es el daño, que se les ha hecho, tanto mayor beneficio pretenden haver ocasionado, dandoles à entender, que, quanto mas copiosa haya sido la evacuacion, tanto mejor ha sido la medicina: i asì con un bien puramente phantastico se libran de las censuras, i desvanecen las quejas. De aqui es, que los miserables enfermos, por lo regular sencillos, ò poco advertidos, se ven obligados à llevar el mal en paciencia, i à recibir un daño presente, por la esperanza de un bien venidero imaginario. Un Author moderno se rie mucho, de que Hipocrates nos venga à vender por oráculos ciertos aphorismos, como es el referido, que no hai mugercilla, que no lo sepa.

Quien no sabe (dice el tal Author) que si el Medico hace evacuar los humores, que se havian de purgar, redundará en beneficio del enfermo; i que esto es lo mismo, que decir: *Remota causa, removeri debet effectus?* No hai duda, que à primer vista parece ridiculo, i superfluo el referido aphorismo; pero si se carga la consideracion, vendremos en conocimiento de su importancia: i yo no me persuado, q̄ Hipocrates lo hizo sin acuerdo; i no solo lo puso entre los primeros, sino que lo repetia varias veces para confusion de los Medicos, que podremos llamar Purgadores, los quales con una leve apariencia de bien, ahun con visible perjuicio de los enfermos, los purgan, i vuelven à purgar: de manera, que no hai error mas frecuente.

Entienda, pues, el enfermo, que se le ha recetado la medicina malamente, siempre que, haviendola tomado, no percibe algun sensible beneficio; i guardese tambien de fiar su salud de semejantes Medicos. Tambien advierte el dicho Medico moderno, que no debe medirse la bondad de los purgantes
con

con la copia de los excrementos, que salen; si no de la qualidad, è immediata conveniencia: *Dejectiones non multitudine sunt estimande, sed si talia dejiciantur, qualia conveniunt, & agri facile ferant.* (Aphor. 23. p. 5.)

Tres advertencias quiere Hipocrates, que haga el buen Medico, para que la medicina se aplique oportunamente, tales son, que observe el tiempo, la calidad de los humores, i lugar, por donde se deban purgar. I como al principio de las enfermedades (segun havemos dicho) raras veces convienen los purgantes, por estàr entonces todos los humores en confusion, por esso debe esperarse, que la naturaleza haga sus separaciones, i despues atender bien al lugar, por donde ella se inclina à descargarlos. Esta doctrina se contiene en estos dos aphorismos: *Concocta medicari oportet, & quo natura vergit, eo ducere.* (5. Aphorif. 21. & 22. p. 5.)

En estas pocas palabras consiste toda la Arte de la Medicina; i ninguna Secta de Medicos obra por lo regular mas opuesta à ella, que la de aquellos, q̃ se precian de ser Hipocraticos. Porque muchos de ellos, presu-

miendo ser los ministros de la sabia naturaleza, i que ella es, la que solamente cura las enfermedades, al tiempo, que hace sudar à los enfermos, estos, ò con catarticos, ò con remedios contrarios, derechamente se oponen à sus designios. De donde proviene, que las enfermedades se hacen contumaces, ò à lo menos se enfurecen contra el oprimido individuo: *Natura enim repugnante, irrita omnia fiunt.* (Hipocrates.)

Si es, pues, el Medico (como quiere su Escuela) un puro ministro de la naturaleza, porquè ha de hacer èl siempre del Doctor, i obligarla mal de su grado, yà à hacer un movimiento, yà otro, i perturbarle ignorantemente sus saludables designios? Ella no tiene despues en todos los males ayuda alguna. Muchos hai, que por sì sola puede suportar; porque si el mal, como le define bien un Moderno, no es otra cosa, que un esfuerzo de la naturaleza contra la salud, procurando amontonar contra ella los humores pécantes: *Morbus est natura conamen, materia morbifica exterminatione in agri salutem omni ope molientis.* Porquè ha de querer el Medi-

Medico con sus falsísimas congeturas, i dudósísimos remedios, salir al opuesto, quando ella tiene tantas fuerzas, que lo pueda hacer?

Si la Arte Medica fuesse segura en sus operaciones, i se pudiesse prometer con sus recetas un buen exito, en tal caso sería siempre provechosa, i en toda enfermedad, aunque ligera, pudiera emplearse. Pero si no contiene cosa alguna cierta, siendo el entendimiento humano incapáz de comprehender las infinitas circunstancias, que deben concurrir para coadyuvar las impenetrables operaciones de la naturaleza, no es así, que será una ignorante temeridad de los Medicos querer prescribir cada dia, ya esto, ya lo otro? Si los remedios tuviessen compasión, i no dañassen, quando no causan bien, en tal caso se podria aventurar, ordenandolos, para que hiciessen bien. Pero siendo ellos, ò convenientes, ò perjudiciales, es preciso, que hagan sus naturales efectos.

Siendo esto así, si la salud no es otra cosa, que una consonancia de humores; tambien la eficacia de los remedios, lo que no

añadirà de armonia, lo aumentará de confusion. Ni aqui tiene lugar aquel axioma de Cornelio Celso, que es mejor subministrar algun remedio incierto, que ninguno: *Melius est anceps experiri remedium, quàm nullum*; porque esto debe entenderse, como quiere el Author, unicamente en aquellas enfermedades, las quales, no haciendose alguna diligencia, son ciertamente mortales; mas no en aquellas, que naturalmente pueden inclinarse àcia la salud del individuo: i si en aquellas es prudencia tentar un remedio dudoso, no yendo à perderse nada, al contrario en estas es necesidad, exponiendose la vida, que es el todo.

Hasta ahora havemos observado, que Hippocrates iba con grande tiento al principio de las enfermedades, antes de llegar à ordenar algun remedio; i al contrario la facilidad de aquellos, que tanto se precian de ser sus sequaces. Queda solo, que nos adelantemos en la cura de las enfermedades, hasta descubrir la diferencia, que hai entre el methodo, que hoi practican nuestros purgadores, i aquel, que practicaban los antiguos. Estos
en

en el augmento, i vigor de las enfermedades se abstenian de qualquier medicamento, i dexaban toda la contienda à la naturaleza, no atendiendo sino à solas las reglas de la dieta. *Cùm morbi consistunt, ac vigent, melius est quietem habere.* (*Aphorif. 29. 2. sect.*) Nuestros Purgadores, ordenada la minorativa, pasan al uso de ciertos brevages, que llaman jaraves, i estos los dãn con la intencion de preparar los humores, q̄ por esso los subministrã mui por la mañana, à fin de que, haciendo reseña de los pecantes, puedan evacuarlos con nuevas medicinas.

Asi lo sueñan, i lo discurren, i todo esto, por hacer alguna cosa, ò dar à entender, que la hacen, no siendo politica de su Arte visitar un enfermo, i no dexarle cada vez su *Recipe*. No hago aqui mencion de toda la serie de medicamentos, que suelen recetar los Galenistas; porque al pagar al Boticario bastantemente se conoce, que por lo regular, es mayor el dolor del gasto, que el de la enfermedad. La causa de abstenerse Hipocrates de los purgantes, i de qualquier otra suerte de medicinas en el augmento, i estado de

las enfermedades , era por el temor de no perturbar à la naturaleza, para que tuviese lugar de perficionar sus crisis, porque saliendo estas perfectas, venia à ahorrar el suministrar medicamentos, ahun en la misma declinacion, como se colige de el aphorismo 20. *Qua judicantur, & judicata sunt integrè, neque movere, neque novare aliquid, sive medicamentis, sive aliter imitando, sed sinere oportet.* O bien, sino veia algun movimiento critico, ni declinar el mal, dexaba passar el decimoquarto, ordinario termino de las enfermedades agudas, i despues tentaba con algun catartico mover la naturaleza, para que se descargasse de aquellos malos humores, que la tenian oprimida. *Medicamenta purgatoria dare non oportet, donec remiserit febris, sin minus saltèm non intra quatuordecim dies.* (*De medicam. purg.*)

De manera, que aqui puede alguno añadir, que si Hipocrates al principio de las enfermedades pocas veces ordenaba; nunca recetaba en su vigor, i augmento. Lo mismo practicaba en la declinacion, siempre que terminaban con buenas crisis. Segun esto, en la

mayor parte de las enfermedades, i especialmente en las calenturas, era un mero observador de la naturaleza, i ella, la que curaba; mas no èl à ella. Quien hai, que dude esto? El mismo lo confiesa en muchísimos lugares: *Naturam morborum esse medicatricem*; puesto que, quando ella hace bien su oficio, i tiene fuerzas superiores à las del mal, en tal caso no tiene necesidad alguna de ayuda extrínseca; i es saludable medicina (como èl mismo lo enseña en el libro de Articulis) no recetar cosa alguna: *Bonum medicamentum aliquando est nullum adhibere medicamentum.*

Quando el mal, pues, es superior, de dos maneras puede el Medico socorrer à la naturaleza; ò manteniendole las fuerzas, suministrandole alimento, ò tales medicamentos, con que las pueda adquirir, ò à lo menos no perder; ò bien disminuyendo las fuerzas del mal, ahora sea expeliendo la superfluidad de los humores, ahora corrigiendo su mala calidad: que por esso Hipocrates con dos palabras describe toda la Arte Medica: *Medicina enim nihil aliud est nisi appositio, & ablatio.* Pero porque es mas facil,
faber

haber mantener las fuerzas de la naturaleza, que disminuir las del mal, por esso los mas excelentes Medicos, que ha tenido el Mundo, han sido aquellos, que con meros elixirios, i panaceas han procurado confortarla. I la razon es, porque siempre, que aquella tenga mas fuerza, que la que tuvieren los males, podrá sin duda superarlos, i hacer todas aquellas operaciones, que con incertidumbre pudiera hacer el Arte. De aqui es, que, quando conviene, hace sudar, orinar, purgar, i otros muchos movimientos, que los Medicos llaman criticos.

Pero no lo entienden assi los Galenistas, porque quieren ellos purgar, i volver à purgar, i no dexar al enfermo, aunque la naturaleza haya hecho una buena crisis, i èl se halle bien, si primero no le prescriben la ultima medicina, i esta con la intencion, como ellos dicen, de hacer una limpiadura, como si haviessen hecho colada de su estomago, è intestinos, que por esso necessiten de alimnodarse.

Con estas doctrinas, i aparentes semejanzas, han logrado de los hombres una total
green:

creencia; de manera, que les parece ser curados al revés, quando los curan de otra forma: i no advierten la consiguiente debilidad, i larga convalecencia, i las nuevas recaídas en el mal, las quales causa este modo de curar à lo antiguo. Los Modernos al contrario, como quienes fían mas de la naturaleza, que de la Medicina, se abstienen mas de tan nocivo abuso de purgar siempre; i sin muí conocida necesidad nunca llegan à subministrar dichos medicamentos. De donde nace, que ellos, sin vanagloriarse sequaces de Hipocrates, amaestrados de sola la razon, i la experiencia, se acercan mas à la norma antigua de curar.

Los mismos abusos, que tienen los Galenistas en purgar, practican tambien en el sangrar; siendo igualmente sanguinarios, que purgadores. En su methodo, que no es otra cosa, que un abecedario de recetas; esto es un abecedario, que prescribe hoy una cosa, mañana otra, i esto en todas las enfermedades, se cuentan tambien las sangrias, empezando por ellas, prosiguiendo con las sanguijuelas, i acabando en las ventosas. Es

verdad, que ellos todo esto lo aplican con varios fines; pero si despues el exito es contrario, como las mas veces lo es, nunca tiene la culpa la crueldad del remedio; sino la contumacia del mal, ò el desorden del enfermo; i como dice Plinio: *Quinimò transit in convitium, & intemperantia culpatur, ultroque qui perire arguuntur.* (lib. 29.)

Los verdaderos modernos, al contrario, raras veces se sirven de esta barbara medicina; antes bien juzgan, que la sangria es una especie de homicidio; i por esso se abstienen de ella, quanto les es posible, ordenando otros remedios mas conducentes, mediando los quales, presto, i con mayor seguridad sanan las mismas enfermedades. Muchas son las razones, que estos alegan contra las sangrias, como se pueden ver largamente en Leonardo de Capua, en Lucas Porcio Romano, en Jacobo Silvio Olandès, à quienes no traslado, porque quiero dexar aparte todas las congeturas medicas, i valerme de sola una razon, que si no me engaño, me parece, que no tiene respuesta, por ser dependiente de la misma experiencia.

Es certissimo, segun las historias, q̄ Crisipo, Erasistrato, Elmoncio, i otros muchissimos, asì antiguos, como modernos, Medicos de gloriosissima fama, por todo el curso de su vida exercitaron la Medicina, i curaron enfermedades de toda especie, sin que jamás sacasen una gota de sangre: Luego el sacar sangre no es necessario para curar las enfermedades: no es necesario? Luego es superfluo, i fuera de esso peligroso; porque con la sangre siempre sale porcion de aquellos espíritus, que son los conservadores de la vida humana. Este daño es cierto, el bien, que puede causar, ò es imaginario, ò casual.

Sin embargo los Galenistas tienen un fortissimo argumento en contrario, que es su Achiles; i es, que la naturaleza por si misma muchas veces hace salir la sangre à los enfermos, i sanan; i asì el Medico, que debe imitar à la naturaleza, debe tambien sacar la sangre. En verdad, que esta razon, à primer vista parece, que tiene mucha fuerza; mas pensando bien, està tan lexos de la verdad, que la sangria sea favorable, que antes bien es manifesto lo contrario. Porque qual es
el

el Galenista, que sepa imitar bien à la naturaleza; esto es, q̄ conozca, què males, quando, en què lugar, en què cantidad, i otras muchas circunstancias, que la naturaleza atiende, i convenga, que la sangre se saque à los pobres enfermos? Si no hai, pues, alguno, que pueda saber estas cosas, es imposible, que sepa imitar à la naturaleza.

Fuera de esto, para inferir, que debe imitarse à la naturaleza en el sangrar, por vèr, que ella se sirve de tal remedio, era menester tambien, que todas las veces, que ella lo practica, se experimentasse quedar sanos los enfermos: pero si esto no obstante se observa, que muchos de ellos mueren, como se ha de imitar à la naturaleza en una cosa, en que no puede haver seguridad, de que es provechosa? Claramente vemos, que ella raras veces practica este remedio, i que ahun en estas suele ser poco favorable. Pues como los señores Galenistas tienen tanta confianza en sangrar? No es manifestó, que esto no es imitar à la naturaleza, sino querer medicar segun su capricho? Sin embargo ellos dicen, que facan sangre para refrescar. Mas
yo

yo quisiera saber, con que Philosophia infieren, que se refresque la sangre, sacandola, i fuera de esto, como saben, que sea conveniente el refrescarla? Porque si esto fuese, mas valdria, que aquellos, à quienes pretenden curar de esse genero, se echassen en una artesa llena de agua fresca, que assi con mayor facilidad conseguirian su fria intencion.

Muchissimas otras razones hai contrarias à la sangria; pero como estas se pùeden ver en los referidos Authores, las omito aqui, contentandome con haver demonstrado, que la naturaleza raras veces se vale de esse remedio, i que por esto Hipocrates lo practicaba poco. Siendo esto assi, aunque los modernos nunca sangrassen, se havia de juzgar, que ellos imitan mejor à la naturaleza, i medican mas à lo Hipocratico, que los mismos Galenistas; puesto que observamos, que de las cien veces, que estos sangran, Hipocrates, como se colige de sus escriptos, no sangraria, ni ahun diez. Segun esto se ve, que los Galenicos, assi en el purgar, como en el sacar sangre, estàn mui lejos de la enseñanza de los antiguos, i que no por otra cau-

la se desvanecen de ser sus sequaces, sino por conciliarse de este modo mas credito para con el vulgo. Si esto es assi, ò enfermos ! estad bien lejos de esta raza de sanguijuelas, i siempre, que se os acerquen à la cama, despedidlos con aquellas palabras del Psalmista: *Viri sanguinum declinate à me; (Psalm. 138. 19.)* que haciendolo assi, presto recobrareis la salud.

Me alargaria yo demasiado en este discurso, si quisiessse examinar por menudo todas las cosas, que estos Medicos Dogmaticos irracionalmente prescriben por curar una sola enfermedad; las quales, como no son tan perniciosas, como la sangria, i las medicinas purgantes, las passarè en silencio; i mas, quando cada qual con facilidad puede advertir el abuso de cada una de ellas. Mas hai una, que por su gran impertinencia no se puede passar en silencio. Esta es la cruel invencion de las ventosas, con las quales cada dia martyrizan à los pobres enfermos; i si el mal no basta à atormentarlos, lo hacen estas. Sin duda, que sería loable su uso, si se advirtiesse, que de ellas procedia algun visible beneficio; mas al

con:

contrario es sensible el daño, que hacen. Verdaderamente el remedio no puede tener mejor apariencia de ser provechoso, porque se observa salir por medio dèl tanta podre, que no se puede dexar de creer, que esso redunde en alivio de la naturaleza oprimida. Pero esse es un engaño de la vista; porque aquella materia corrompida, i gastada, que se halla sobre la plaga, que han hecho las ventosas, dentro no es tal, qual aparece por fuera, siendo una porcion de aquellos buenos humores, que la provida naturaleza filtra por tantos intestinos, à fin de alimentar el humano individuo.

Ahora, quien no vè, que si estos humores circulan por todo el cuerpo, en qualquier parte dèl, que se quite la cutis, que lo cubre, de necesidad deberàn saltar de todas aquellas bocas, i pequeñas canales, que estàn abiertas. Tal puntualissimamente es la operacion de las ventosas, las quales aplicadas à qualquier parte del cuerpo, à manera de fuego, hacen levantar una vegiga, levantando la piel dolorosamente: la qual quitada, quedan descubiertos muchos pequeños agugeros,

geros, por donde es preciso, que salga porcion de aquellos humores, que son el comun alimento de todos los miembros. Mas como (dirà alguno) puede aquella materia ser alimento, si se descubre corrompida, i hecha una podre ?

Digo, que esse es un engaño de la vista, porque aquella materia, que se descubre gata, antes de salir de sus vasos, no estaba así; sino que se pone tal, luego que se expone al aire, siendo de un temple tan delicado, que no puede mantenerse en su primer ser; ò porque se evapora de ella la substancia mas espirituosa; ò porque, mezclandose con muchas sales del exterior ambiente, se contamina de essa suerte. I si se observàra bien con un microscopio, se advertiria bien la referida diferencia. I para què mas razones? No se vè claramente, que succede lo mismo, quando al que està bueno le aplican ventosas?

Pues quien no advierte, que los Galenistas han introducido estos, i semejantes remedios, à fin de que parezca, que no dexan cosa alguna, por dolorosa que sea, que no la

empleen à favor de los enfermos; no confitiendo su methodo en otra cosa, que en ordenar, quanto tenga apariencia de remedio, engañando con esso à la gente sencilla, que les dà credito. De aqui es, que, para curar à un solo enfermo, revuelven toda una Botica, no haviendo parte del cuerpo, à la qual no apliquen, ò sea emplastro, cerote, unguento, ò epitema, los quales, como dice Plinio, no tienen otra virtud, sino la de enriquecer à los Boticarios: *Non fecit ceruta, malagmata, emplastra, collyria parens illa, ac Divina rerum Artifex. Officinarum hac, imò verius avaritie commenta sunt.*

Raras veces los modernos se sirven de estas cosas, porque apenas pueden ser convenientes. I si alguna vez ordenan las referidas ventosas, es en un letargo, ò dormitorio, para despertar à los enfermos con el dolor, que ellas causan; no porque creen, que la naturaleza pueda por medio de aquellas llagas, aligerarse de materias morbosas, que ella por tantos agugeros suyos puede expeler, siempre que se hayan cocido, como suele decirse. Por ultimo, el medicar de estos,

es obrar segun las congeturas de una buena Philosophia, i el medicar de los Galenistas no es otro, como haveis observado, sino un ocuparse en tapar los ojos al vulgo; esto es, una hypocresia, i mera apariencia. Afsi, que à la Arte de estos no puede describirla mejor el yà citado Angel Sala, Doctor, i Professor en la celebre Universidad de Padua: *Arts illudendi Mundum, & à qua totus Mundus illusus est.*

No debe, pues, causar maravilla, que los Galenistas tengan mayor aplauso, que los otros; porque què methodo mas engañador se puede inventar, que el que ellos practican? Fuera de que es interès de muchos, que se mantenga la Medicina Galenica: de manera, que sería menester toda la cautela de los antiguos Romanos, para descubrir todas las fraudes, de que se valen sus parciales, por sostener la possession de una tan grande reputacion. Què havian de hacer tantos Boticarios? Tantos Cirujanos? Tantos Curanderos? I tantos otros, que viven al abrigo de este engaño, si ella no estuviese en estima?

Por lo qual os tengo, i llamo dichosos, à

vosotros habitantes de los campos, i solitudes, que estando enfermos, por necesidad, i falta de Medicos, dexais vuestra curacion à la providencia de la naturaleza. Dad gracias à Dios por la desgracia de haver nacido en las selvas, ya que por esso gozais de un beneficio tan grande. Vuestra pobreza ha puesto en seguro à vuestra vida, librandola de la ignorancia, ò malicia de esta Arte. No teneis por esso ocasion alguna de estàr engañados, ni de comprar los tormentos à precio de oro, ni de acrecentar el proprio mal con el abuso de la Medicina.

En quanto à vosotros, ò Ciudadanos, habeis visto ya, quales Medicos se tengan por tales? Quien lo puede saber? Yo sè muy bien, que el methodo, que practican los verdaderos modernos, nunca puede ser tan dañoso, como aquel de los Galenistas; porque assi lo demuestra la razon, i hace ver la experiencia. Acerca, pues, de lo que debeis hacer, estando enfermos, me parece haver hallado todo, lo que convenia en los discursos precedentes: esto es, que el *Recipe* mas seguro, i los antidotos mas favorables en qual-

qualquier curable enfermedad, son la *dieta*, la *quietud*, el *tiempo*, i la *tolerancia*. De estos quatro ingredientes se compone la Panacea universal, ò por hablar mas claro el Curalo todo: i el que supiere servirse de ello, recobrará la salud con poco gasto, i se curará con menor peligro.

Piense, pues, cada qual los varios acontecimientos, que pueden succeder, originados de ponerse en manos del Medico; porque, el que se engañará en la eleccion de este, se engañará en un todo. I así vuelvo à reperir: *Noli stultus esse, nè moriaris in tempore non tuo.*

Ecclesiast. cap. 7.

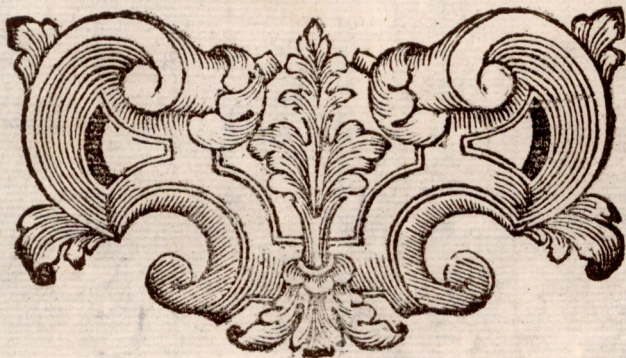
LAUS DEO.



IN-

INDICE DE LOS DISCURSOS.

- I. **M**as vale estår sin Medicos; que no tenerle bueno. pag. 1.
- II. La Medicina sirve; pero cada uno puede ser Medico de si mismo. pag. 50.
- III. De la dificultad de la Medicina, i del engaño de las mas famosas Sectas de Medicos; i particularmente de los Dogmaticos, i sequaces de los antiguos. pag. 79.
- IV. Advertencias para vivir, i conservar la salud mucho tiempo. pag. 116.
- V. Si es mejor valerse de Medicos Modernos; ò Galenicos. pag. 155.



INDICE DE LOS DISCURSOS.

M



itos.

	2	20	
	2	28	
re	29	6	
	1	24	
	14		
re	28	8	113. 8
	1	16	
re	29	6	
	2		
	2	2	
Alc. ^a			22

25 dias

S. Im d

89 Im d

Alcanze

Desquintos

7
Inhabidos. ---
Jura. y Barbers. ---
30. vocos. en Abril. ---
De la manta. ---
Labadurav. ---
26. vocos. en Mayo. ---
Cabzones de Lienzo. ---
En Dinero. ---
Labadurav. ---
30. Vocos. en Junio. ---
Labadurav. ---

leagua	2	32
Hospital	4	6
Lerra	3	10
interior	23	23
	3	131
		3.

	2	16	
	2	24	
	28	8	
	4		
	2	2	99
	24	16	18
	6		
	2		
		32	
	28	8	
	1	11	

Alcan^o . 31 . 19.

Ordo

